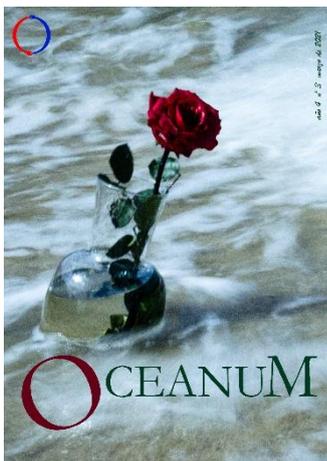


año 4 a 3 marzo de 2021



CEANUM



OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 4, nº 3,
Marzo de 2021

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Miguel Quintana Viejo

Corrección de textos:

Andrea Melamud
correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

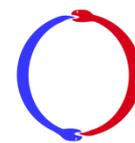
www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

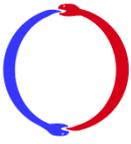


En el artículo que dedicaba a Jeff Bezos en el número anterior de *Oceanum* recordaba la imagen que tenía de la librería Cervantes de Oviedo en mi época oficial de estudiante —digo “oficial” porque nunca dejamos de serlo *de facto*— cuando el local se convertía casi en un lugar de culto para la ciencia, al que accedías en busca de las fuentes que resolviesen los problemas tecnológicos y permitiese avanzar en el tortuoso camino de la tesis doctoral. Entre ese artículo y este número apenas ha transcurrido un mes, pero ha sido tiempo suficiente para que se nos haya ido Conchita Quirós (Castrillón, 1935), quien llevaba las riendas de esa librería desde hacía décadas.

La librería, fundada por su progenitor en 1921, va a cumplir su primer centenario. Hace no mucho, en una entrevista al periódico *La Nueva España* confesaba que su padre había elegido ese lugar porque era el más barato de la ciudad. El caso es que desde la calle Doctor Casal la Cervantes terminó trascendiendo el estricto terreno comercial del libro —esa vertiente que nunca se debe olvidar, pues permite pagar nóminas y facturas a final de mes y comer todos los días— para convertirse en un referente cultural en la ciudad y en Asturias, un punto de reunión para todo aquello en que el libro es protagonista. La forma de hacer de Conchita Quirós ha sido decisiva a la hora de conseguir que su librería alcanzase el estatus que posee hoy en día y que, además, mantuviese ese ambiente capaz de proporcionar un espacio agradable y acogedor para el lector y para el autor. De uno y otro papel tengo excelentes recuerdos, impregnados siempre por la figura inquieta, carismática e inmensa de Conchita, una mujer que se formó en París en los tiempos de la España oscura y que, a su regreso, fue capaz de imponerse a los roles asignados en la época para el sexo femenino.

Los anaqueles repletos de libros de la Cervantes siguen y esperamos que así siga siendo por muchos años. Entre las hojas de los ejemplares será difícil no recordar la imagen de Conchita Quirós. Que la tierra te sea leve.

Miguel A. Pérez



5 Dentro de una botella

Yan Lianke: recomendado, pero ¿recomendable?

Pravia Arango, 5

8 La galera

Golpes de Estado buenos y malos.

A propósito de *Tiempos recios*, de Mario Vargas Llosa

Isaías Covarrubias Marquina, 8

11 Boga de Ariete

María Casal: *Ballenas asesinas*

Miguel A. Pérez, 11

21 Cuaderno de bitácora

A quinientos años de la sublevación del común.

La continuidad y persistencia de un simposio sobre la Revolución comunera

Javier Dámaso e István Szászdi, 21

27 Otros mares

A masa e o muiño: Diana Varela Puñal

Manuel López Rodríguez, 27

Canción 6 (del poemario *Cancións*)

Manuel López Rodríguez, 37

39 Espuma de mar

Premios y concursos literarios, 40

Con un toque literario

Goyo, 47

La primera vuelta al mundo: cuando el océano une, 49

Obituario, 50

51 Nuevos horizontes

Zahorismos, ecos del pensamiento

Pedro S. Sanz, 52

Maldito gato

Manuel Monterrey, 56

10 minutos en el infierno

Gabriela Quintana, 67

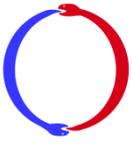
Tictac

Miguel Quintana, 74

96 Créditos de fotografía



Yan Lianke: recomendado,
pero ¿recomendable?



Pravia Arango

El lector piensa. Como es culto, el lector piensa con signos de puntuación.

¡Anda, coño!, después de lo que ha pasado y está pasando, viene Pravia con un chino. Si todos los occidentales boicoteamos lo chino. Si hasta la limpiadora del portal dice pestes de los mochos chinos. Además, seguro que el tal Yan Lianke es un copión, ¡cualquiera lo averigua! Porque... ¿quién sabe mandarín? Bueno; sí, los chinos saben mandarín. Mandarín, mandarina. ¿Habrá alguna relación? Voy a mirarlo. No, mejor lo dejo. ¡Oh, dispersión, dispersión; el mal de nuestro tiempo! Esta gente de Oceanum es la leche. ¡Hala!, a leer a un chino, a un tal Yan, Chan o Wang..., todos son iguales. Que lo lea la Pravia. Anda muy suelta la Pravia últimamente; va a haber que ponerle una faja. Me va a decir a mí lo que yo tengo que leer... ¡Venga ya, a freír espárragos!

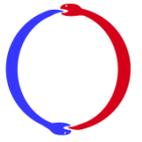
Pravia escribe.

La muerte del sol, de Yan Lianke, es recomendable porque ofrece juego mental y ejercicio de imaginación, ya que el autor está

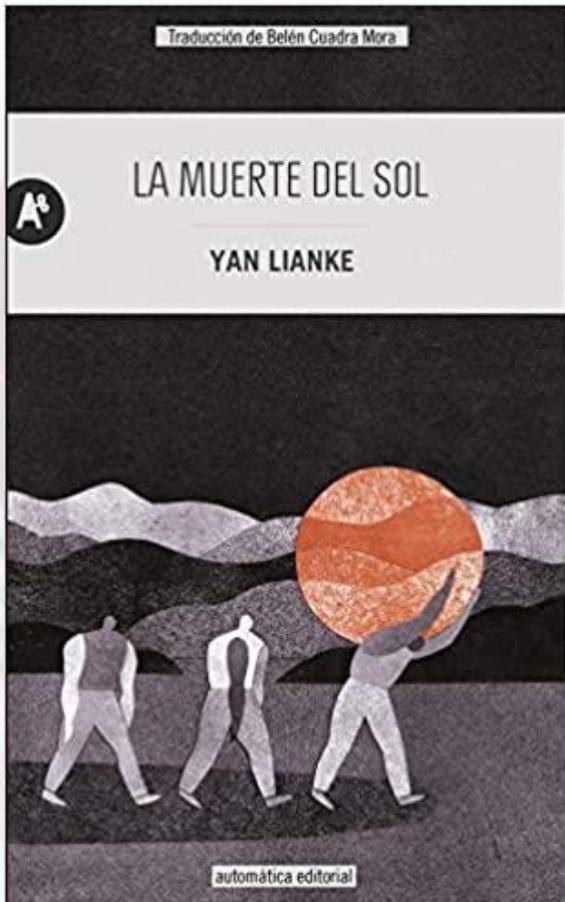
convencido de la obsolescencia de la técnica del realismo decimonónico. ¡Ojo!, se trata de alejarse de la técnica, no de alejarse de la realidad a la que habrá que aplicar otra perspectiva. Voy con un ejemplillo pictórico. Lo que cambia en Picasso de las primeras etapas al periodo cubista es la técnica para mostrar la realidad, que es la misma. Cambia, pues, la mirada del artista (para eso lo es), porque la realidad siempre está ahí y es el alma nutricia de la persona creadora.

Y ¿cómo aborda Yan Lianke ese mundo exterior e interior que constituye la realidad? Pues se sirve de la técnica del realismo mágico hispanoamericano y explora en ese campo. Desdibuja fronteras: estado de sueño y sonambulismo / vigilia, día /noche/, vivo /muerto, teatro / realidad, autor /personaje, ficción literaria /realidad vital; en fin, binomios que llevan mal la gradación intermedia. Es el caso del embarazo: o se está embarazada o no; no se puede estar solo un poco embarazada, como decía un dramaturgo español. *La muerte del sol* fulmina esta oposición de conceptos. Llegados aquí, la vida del humano sobre el planeta deviene un laberinto donde el hombre convierte en pura incertidumbre el ser y estar sobre el mundo. Incertidumbre que solo aboca al caos.

Más. La idea del hombre condenado a repetir la misma historia en esos ciclos tan borgianos, inquietantes y fatales; esa película rota que se pasa una y otra vez, y que puede que sea el quid de la existencia humana también están presentes. Yan Lianke detiene el tiempo. Veamos. Si la estructura externa de la novela viene marcada por capítulos de tiempo cronológico, por ejemplo, de 21:00 a 21:20, en un momento dado de la historia, el tiempo se detiene; para ser precisos lo hace de 6:00 a 6:00. La arena se congela en la ampollita y sobreviene la guerra. Guerra que no se disfraza de ideologías religiosas, étnicas o políticas. No. Es más directa y brutal: yo quiero lo que tú tienes y te lo arranco por las



buenas o por las malas, mejor por las malas; es más eficaz. Si eres un campesino que apenas sobrevive, mata y serás un importante funcionario a la sombra protectora del sistema; si ya eres un funcionario, mata a muchos campesinos y te convertirás en un poderoso terrateniente; he aquí es la esencia de la guerra.



Puede pensar el lector que nos encontramos ante una novela filosófica plagada de reflexiones metafísicas y que tal vez todo se quede en *un coro de grillos que canta a la luna*. Qué va, para nada.

El juego mental y el placer que proporcionan al autor y al lector ese rompecabezas no se queda ahí. Es literatura de denuncia, comprometida. Gaotian, lugar de la acción, se convierte en símbolo de cualquier ciudad china. Mejor, simboliza cualquier ciudad del mundo que llamamos civilizado. *La muerte del sol* no es una novela de pura especulación teórica que desarrolla una teoría poética. No. Yan Lianke en *La muerte del sol* considera

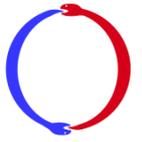
que nuestra realidad solo se puede mostrar con la técnica del realismo mágico; la única aportación de la literatura occidental del XX, según el autor. Solo la locura colectiva en la que estamos viviendo se puede visibilizar con la clarificadora paradoja de que cuando estamos despiertos somos sonámbulos y en el sonambulismo despertamos. La vieja idea calderoniana de que toda la vida es sueño, pero con vuelta de tuerca, pues los sueños no lo son.

Pocas veces me manifiesto sobre el estilo de los escritores. Ahí va la excepción. No tengo ni idea de chino; por tanto, he leído la novela en la versión española de la traductora Belén Cuadra Mora. Lo que diga, pues, puede resultar espurio, bastardo, pura especulación, alejada del verdadero estilo de Yan Lianke. Me arriesgo. Yan Lianke escribe limpio, puro, claro; pero no por ello, fácil. Hace uso de la dificultad técnica del cribado, de la decantación, y le queda una prosa plagada de metáforas novedosas, acertadas y sorprendentes. Se nota que Yan Lianke se toma con calma y mimo el recorrido de la cabeza a la mano; usa la técnica del descarte, del tachado; más que la del añadido. Para el autor de *La muerte del sol* resulta imprescindible lo sugerido, lo que queda por decir, lo que se levanta en la imaginación del lector. Un arte exquisito y delicado como el cultivo del bonsái. Para eso es chino, ¿no? Pero no es un chino chino. Es chino pero poco; sus novelas no son de recibo en el gigante asiático.

Si después de leer hasta aquí, se decide por *La muerte del sol* y aún se queda con gana, le sugiero *El sueño de la aldea Ding*.

Golpes de Estado buenos y malos
A propósito de *Tiempos recios*,
de Mario Vargas Llosa)





Isaías Covarrubias Marquina

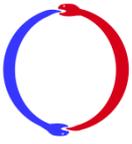
He terminado de leer *Tiempos recios* (Alfaguara, 2019), de Mario Vargas Llosa, una novela de ficción histórica (o histórica de ficción, como quieran) que gira en torno a la política y la sociedad guatemalteca de la década de 1950, incluyendo como aspecto central el golpe de Estado sufrido por el presidente Jacobo Arbenz. Vargas Llosa vuelve a pintarnos un cuadro bastante interesante de las sociedades y de la política latinoamericana, alrededor de ese acto de barbarie y violencia tan idiosincrático nuestro a lo largo del siglo XX que fue el golpe de Estado, como ya lo hizo también de cierta manera en *La fiesta del chivo* (Alfaguara, 2000). Más allá de las virtudes literarias de la novela, desde un punto de vista estrictamente analítico me ha servido para confirmar dos aspectos relacionados con los golpes de Estado que paso a discutir muy brevemente.

1. No hay golpes de Estado buenos y malos. En efecto, todos los golpes de Estado son malos, ninguno es bueno y algunos traen más desgracias sociales y dejan secuelas en la sociedad y la política de un país que las que

existían y se sufren por años, a veces por décadas. Decir que los golpes de Estado contra Arbenz (1954) en Guatemala o contra Allende (1973) en Chile fueron malos, mientras que el intento de golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez (1992) en Venezuela, liderado por Hugo Chávez, fue bueno, solo se puede sostener desde posiciones políticas, económicas o ideológicas desinformadas, arbitrarias o interesadas (a veces desde las tres posturas juntas).

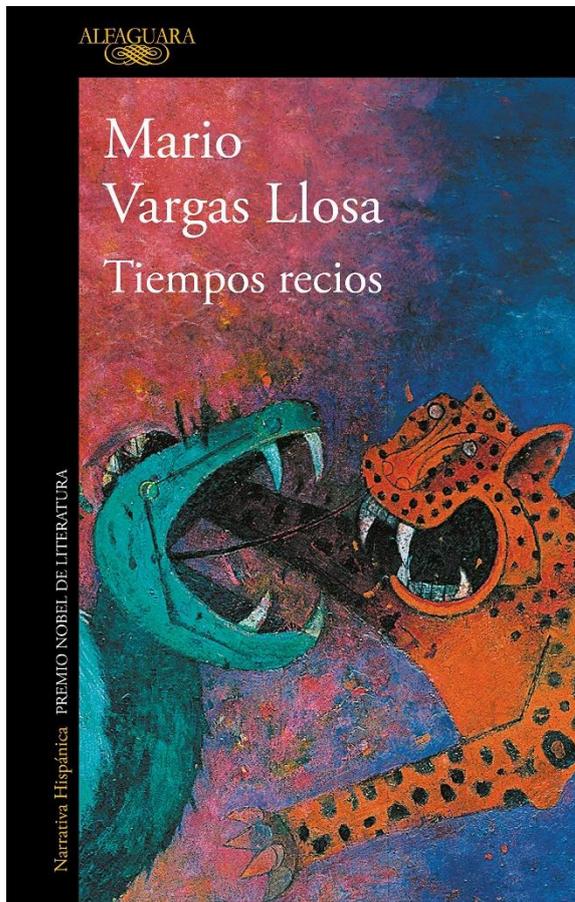
2. Ningún golpe de Estado tiene justificación. Un golpe de Estado, como lo señalé, es un acto de barbarie y de violencia que no tiene ninguna justificación plausible en ninguna sociedad democrática, donde el régimen en el poder haya sido electo con votos. Cualquier justificación por la vía de la existencia de una situación social o económica muy precaria o crítica se cae por su propio peso al considerar la naturaleza de un golpe de Estado. Comencemos por aclarar un punto importante en la discusión haciendo una pregunta: ¿por qué las fuerzas armadas de un país, los militares, tienen la custodia de las armas de la nación? La respuesta breve es que la seguridad nacional es un bien público, es decir, un bien que brinda el Estado y que todos, a diferencia de los bienes privados, disfrutamos al mismo tiempo sin distinción, lo hayamos pagado (con nuestros impuestos) o no. La institución encargada de custodiar y administrar este bien público (materializado en infraestructuras, telecomunicaciones, armas, soldados) son las fuerzas armadas.

Como generalmente los golpes de Estado los da una parte de la fuerza militar, un grupo, sector o división, que tiene la custodia o una parte de la custodia y administración de esas infraestructuras, telecomunicaciones, armas y soldados, en el momento que deciden ejecutar una acción de golpe de Estado y usar esos recursos en su beneficio político particular, están “privatizando” un bien público



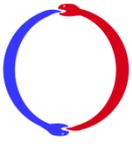
que no tienen derecho constitucional a hacerlo. De manera que un golpe de Estado también es un golpe contra las instituciones legales, formales, de una nación, no solo contra un gobierno.

Y es por esto que existe una vinculación entre la posibilidad de que se dé un golpe de Estado y la calidad de las instituciones de un país. Allí donde la calidad de las instituciones es precaria, limitada, la probabilidad de que se produzca un golpe de Estado son mayores que donde existe calidad institucional, sin que esto necesariamente sea un axioma. Por ello, en democracia, la prioridad es mejorar la calidad de las instituciones, porque esto, además, conduce generalmente a instrumentar políticas públicas de calidad. En democracia, las instituciones deben formar ciudadanos que, si son militares, deben comprender perfectamente los alcances y limitaciones que tienen al custodiar y administrar un bien público tan delicado.





María Casal: *Ballenas asesinas*



Miguel A. Pérez

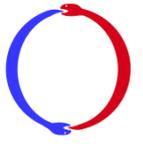


María Casal disfruta con su nueva propuesta: “Todo son alegrías con esta obra, estoy encantada”, nos dice cuando hablamos de *Ballenas asesinas*, que circula en los teatros españoles desde 2019 y que ahora se publica en papel por la editorial Torre de Lis, acompañada por un extenso y jugoso prólogo del dramaturgo Roberto Lumbreras, de quien hablaremos en el próximo número de *Oceanum*. Con la espada desenvainada y bien afilada, Lumbreras reivindica el humor con mandobles precisos e inmisericordes, sin dejar títere con cabeza —ni el Premio Nobel de Literatura se salva— y que proporcionan un terreno bien abonado para la lectura de *Ballenas asesinas*.

Cuatro ambientes sobre los que evolucionan tres personajes reales, tres mujeres que, como nos dice la autora, “sienten que es el momento de cambiar algo en su vida”. Allí

están los nombres de Mirenchu, Regla y Consuelito sobre las páginas escritas y, en vivo, materializados mediante las actrices María Casal, Marisol Rolandi y María José del Valle sobre las tablas de los escenarios, bajo la dirección de la propia María Casal. Con mucho humor, a veces, despiadado, siempre ocurrente, la situación va girando en torno a las tres mujeres, a su pasado, a su presente y a su futuro. El momento vital de las tres mujeres se sugiere con gracia e inteligencia en los diálogos: “Debe de ser la menopausia. Sí, todavía me acuerdo de ella”, un aspecto que juega un papel importante en el título pues, según nos recuerda la autora, las ballenas asesinas son una de las escasas excepciones del reino animal que manifiestan la menopausia: la importancia de esa situación la destaca el personaje de Regla: “Y cuando llegan a esa etapa de la vida se convierten en las líderes de la manada”. ¿Personajes masculinos? Solo uno, elidido, sin materializar con un actor, pero resuelto con mucho ingenio.

Con la autora y directora de *Ballenas asesinas*, donde también da vida a Mirenchu, hablamos en una entrevista telefónica que, por momentos, se transforma en un diálogo en el que van surgiendo los temas al margen de cualquier guion y entre los que no faltan las referencias a la situación actual y cómo condiciona los espectáculos teatrales. “Nos arriesgamos a ir a taquilla, pero con esto de la pandemia, no podemos”, nos confiesa María Casal. Es cercana, de diálogo fácil —se le notan las tablas—, siempre con un tono de humor que no impide la sinceridad a la hora de ir tocando los diversos temas, desde la recomendación de una obra de teatro para leer, de humor, por supuesto: “No sé si has leído *El Vicario de Wakefield*, de Oliverio Goldsmith... Te vas a reír mucho”, hasta un repaso por el teatro en España. Sí, no nos olvidamos de hablar de *Ballenas asesinas*, una obra que también se puede leer.



María Casal ha trabajado mucho en el teatro, pero también ha sido una escritora de guiones de cine y de obras de teatro: *Dum-dum*, *Campos de luz*, *Tre-mendas*, *Lobas*, *Te he dejado un pollo en el horno* y ahora, *Ballenas asesinas*, que se estrenó en 2019...

Sí, en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

¿Cómo fue el estreno?

Fue precioso. Nunca en la vida me hubiera imaginado todo lo que está pasando con *Ballenas*, desde el estreno hasta ahora, con la publicación de la obra. Siempre he ido modestamente como autora y, sobre todo, como productora, aunque hayamos trabajado con *El pollo* en teatros de España muy grandes y vistosos. Como había gustado, nos llamaban de para un sitio o para otro, pero nunca había pensado que me saliera un estreno de esta magnitud. Fenomenal, precioso, maravilloso... Y, además, con la ventaja de que, como yo no soy de Valladolid, sino de Madrid —ni mis compañeras—, pues allí está-

bamos solitas ante el peligro. Y es muchísimo mejor. Hacer un estreno sin familia y sin amigos es estupendo. Estás a lo tuyo y no te tienes que preocupar de qué les parece.

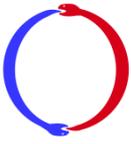
Como datos, el teatro es de Enrique Cornejo, la publicidad la llevó Mamen Comunicación y fuimos a todos los medios... Un estrenazo tuvimos.

¿Cómo surgió la idea de *Ballenas asesinas*?

Te voy a decir la verdad: al principio era otra obra.

Empecé a escribir una obra para dos parejas de hombre y mujer (una pareja joven de veintitantos años y una pareja madura). No se parecía en nada, aunque el comienzo era el mismo: unas personas que iban a un sitio; la pareja madura, a un hotel, a conocer gente..., a ligar. Lo de la otra pareja era más surrealista; era romántica, ensoñadora, unos personajes muy poéticos.

Tenía ahí este principio y fue como el que se va a hacer un jersey y le sale un pantalón. No



hice la bufanda, que es más fácil, sino que me fui a algo más difícil; tres mujeres que llegan a un momento de su vida en que algo tiene que cambiar y deciden que ese es el momento. El principio era ese, pero luego empezó a tomar forma y, como creo que los personajes tienen vida propia, fueron escribiéndose ellos solos. A veces me sorprenden, porque estás empeñada en hacer un tipo de personaje o un personaje concreto y sale, pero... no sale; mientras, otros empiezan a tener su vida y a pasarles cosas, a tener sentimientos, emociones, aspiraciones, sueños, a tener de todo. Te dices: "Pero, ¿cómo puede ser?". Esto es lo maravilloso de escribir. No es que se haya escrito solo, es un esfuerzo, pero casi. Es algo un poco mágico.



Los personajes empujaron a la autora. Hablando de los personajes, no existe ningún personaje masculino como tal (sí la referencia al "suricato").

Lo que no existe es el actor como tal, pero el hombre está presente desde el principio hasta

el final. Él está siempre ahí, lo que pasa es que no tenemos un actor. Es casi el *leitmotiv* de la obra, el otro, el contrario, el compañero.

Sí que se hacen muchas referencias a él con el nombre de "el suricato", que hace mucha gracia por recordar al animalito este que parece estar siempre oteando el horizonte...

Muy particular el bichito [risas]...

La salida del personaje como tal, ¿ha sido también fruto de la evolución de la obra o estaba planteado desde el principio?

Ellas tenían que tener un conflicto y ¿qué conflicto más conflicto que el conflicto *per se*, el hombre para las mujeres, igual que la mujer para los hombres? Entonces, él apareció. En la versión primigenia aparecía, tenía sus escenas estupendas y sus monólogos, pero estaba visto desde la óptica de otros personajes, no desde la de estas tres ballenas asesinas. Estaba visto desde sí mismo, también desde lo que el público podía ver y desde los otros personajes. En este caso fue cambiando y él es distinto con cada una de nosotras. El suricato es muchos suricatos.

La representación es el objetivo de la obra de teatro, pero la lectura en papel no es muy frecuente, aunque en tiempos pasados sí se leyer mucho teatro. Me he reído mucho durante la lectura porque se sigue muy bien.

Pues si la ves te vas a reír más, cuando nos veas a nosotras.

¿Hay algo que se eche en falta en el papel, aparte de lo que significa lo único de cada representación?

Creo que leer teatro es bonito, pero no es fácil. Cuando lees una comedia dramática es distinto, pero cuando es comedia, cuando es humor, hay que ser muy preciso, tanto a la hora escribirlo como a la hora de interpretarlo, porque es como un reloj suizo. Nosotras sí podemos jugar con una pausa en el escenario, con una reacción, con un gesto..., todo eso que un día podemos exagerarlo más



y otro contenerlo, todo eso no lo tiene la persona que lo lee. En este caso, como yo soy “muy pesada” con el texto, hacemos lo que está escrito.

En directo doy muy pocas notas, porque, aunque lo dirijo yo, sé con quién cuento. No es que los personajes estén inspirados en las actrices, en Marisol y en María José, las que lo hemos estrenado y las que lo hacemos. Lo pueden hacer otras actrices, por supuesto. Pero yo las conocí, sabía cómo era su mirada, cómo era su voz, cómo era su físico. Si yo escribo una cosa para ti, es porque te digo cómo tiene que ser y, en ese aspecto, soy muy pesada con el texto: ni una coma, ni una pausa, ni ahora me lo alargas, ni ahora me lo estiras... Y ellas lo saben, o sea que, ¡avisadas estaban! Soy precisa porque sí creo que el humor es un minué, un encaje de bolillos; en cuanto hagas lo que no es, el gag se pierde. A la hora de escribirlo pasa lo mismo. Conozco la mente lectora y a la gente que le gusta leer (yo soy muy lectora). Sé el efecto que quiero causar. No es que siempre acierte, que tampoco soy Benavente, pero, más o menos, sé lo que quiero escribir, cómo lo van a recibir y cómo lo tenemos que interpretar.

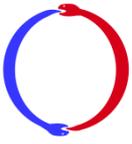
El humor es algo congénito. O tienes esa facilidad o no la tienes; igual les pasa a los actores: puede ser un gran actor dramático y no tener ninguna vis cómica. Y no es un pro-

blema, puede ser maravilloso. Pero los actores cómicos en papeles dramáticos suelen estar bien. El humor es otro tipo de inteligencia; no es que sea mayor, es otro tipo, como la que posee la persona que tiene facilidad para cantar o para dibujar. Luego te formas, pero si no tienes ese trazo, es más difícil. Es un mérito relativo; uno escribe como piensa. No puedes escribir por otro. Es imposible.

Es una obra de humor y el prólogo no da lugar a dudas [se ríe]. Reivindica muchos aspectos, pero, sobre todo, reivindica algo que no está tan bien visto en la literatura. En el teatro, puede que sí, que el humor esté bien representado desde hace mucho tiempo, pero en literatura parece como si el humor estuviese mal visto.

Sí, y en el cine también. Es muy raro que le den un Oscar a alguien por una comedia, pero lo que sí sabemos todos, incluido el público, es que el humor es lo más difícil que hay. ¿Por qué es así? No lo sé. Siempre aparece como un arte menor y, ahora mismo, escribir humor tiene muchísimo mérito porque ya no tenemos esas compañías de catorce actores que tenían Jardiel Poncela o Arniches. Hay que escribir para tres o para cuatro como mucho, porque no se pueden llevar esas compañías. Si ni siquiera puedo poner decorados... Nosotras tenemos cuatro ambientes en la obra... ¡Imposible! Hay que hacerlo con luces. La nómina..., los que se puedan llevar.

A mí me gusta tener límites a la hora de escribir porque cuando te dejan escribir lo que te da la gana te puede salir un bodrio horroso, como cuando vas a hacer un edificio. Los límites ayudan, la verdad. Yo creo que una de las que se ha cargado el teatro ha sido eso de que hay un teléfono que hace un personaje..., ese tipo de cosas no se pueden hacer. Si lo vas a hacer modestamente, porque no se puede hacer de otra manera, estrújate el coco y hazlo. No me des excusas. Ahí se ha echado a mucha gente del teatro, quitando personajes o haciendo una obra que había



sido escrita de una manera... “No, este lo quitamos, este dobla personajes, este va a hacer tres personajes”. La verdad..., no. Mejor hacerlo honestamente, con lo que tenga.

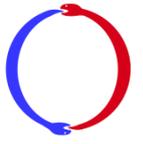
La sociedad, en su conjunto, parece con el gesto afectado, es muy dramática. Todo es siempre oscuro, con la risa mal vista, aunque sea una salvaguarda. Me estoy acordando ahora mismo de un actor que también era dramaturgo, inglés, del siglo XVIII, David Garrick, que era recomendado por los médicos como remedio [se ríe]. El Tricicle hizo un trabajo que se titulaba *Garrick*... ¿Cómo ves el humor en el teatro en España? ¿Tiene buena salud?

Creo que sí. Lo cierto es que a la hora de que te cojan en las redes de teatro... Ese es otro capítulo, las redes autonómicas... Si quieres, otro día hablamos de ello, porque a Cataluña no puedes ir, en el País Vasco hay dos plazas, en Galicia se están poniendo solo con lo suyo. Bueno, yo viajo por España y la conozco. No es lo que vemos en Twitter ni en las televisiones, es un poco distinta; da igual

que sea Valladolid, Albacete, Melide o Asturias. Hay un humor. Humoristas como Tip o como Faemino y Cansado, incluso como Chiquito de la Calzada, no se pueden entender sin esa “mente de España”. No es que hables español mejor o peor, es que si no eres español, no te hacen gracia, porque es algo surrealista y te estás riendo de algo que no entiende nadie más. Lo entendemos nosotros. Esto no es Benny Hill ni Groucho Marx, lo nuestro es de surrealismo llevado al extremo. Y la gente se ríe igual en todas partes.

Esta obra está probada, es un tiro, vamos muy seguras, aunque un día puedes estar no tan bien. Hacemos pocos bolos, pero al lado de otras compañías somos la locura. Venimos haciendo uno cada quince días, aunque con la pandemia hemos estado muchos meses sin trabajar. Para nosotras es siempre un estreno: llegas a un teatro nuevo y hace un mes (o veinte días, o diez, u ocho) que no lo hacemos. Algo que probaste en el bolo anterior — una pausa, un silencio, una forma de decirlo — puede que no lo recuerdes. No es como antes, que hacías dos funciones diarias





y vas descartando lo que ves que no funciona y cogiendo lo que ves que sí lo hace.

Pero la gente aquí tiene muchas ganas de pasárselo bien, porque es nuestra forma de ser. Los españoles tenemos muchos defectos, pero sí tenemos sentido del humor, precisamente, porque tenemos unos defectos muy gordos como pueblo: somos muy envidiosos, un poco resentidos..., pero ¡tenemos sentido del humor! Fíjate en los chistes que se hacen cuando hay una tragedia. Te dices, ¿cómo pueden...? Y algunos tienen gracia. Nos reímos de todo.

Es muy sano reírse de todo y de todos, aunque haya muchos ofendidos...

Lo de ahora... ¡Es que ya da igual lo que digas! El caso es tirarse a la yugular de la gente. Tengo una teoría, sobre todo, con las redes sociales: si la gente pusiera su cara y su nombre, se acababa la mitad de la bilis que hay. La cobardía y la impunidad...

Todo el mundo conoce a María Casal por todo el trabajo en diversos formatos, cine, televisión, teatro... Quizá, en especial, se la recuerde por *Hospital Central* o por su paso por *La que se acerca*, pero detrás hay un largo etcétera. ¿Con qué se queda María Casal? ¿Con el cine? ¿Con el teatro? ¿Con la televisión?

Donde mejor me lo paso es en la tele. Sí..., a mí me va mucho trabajar con equipos muy grandes. Es cierto que esto que hacemos nosotras es precioso porque, además, lo que el público te da, no te lo da ninguna cámara, ese hilo invisible que hay entre el espectador de teatro y el actor... Lo que pasa es que yo soy una persona a la que le gusta trabajar con equipos grandes, bajo presión, con prisas —no con gritos—, pero con inquietud. Siempre me viene bien; cuando voy muy tranquila, muy sobrada, sé lo que estoy haciendo y me conozco a todos —que somos cuatro— y que todo va fenomenal, ahí me voy un poco abajo. Cine he hecho poco; pillé una época

muy absurda —no sé cuál ha sido la época buena del cine español, todavía estoy por descifrarla—, la época del destape; yo nunca lo hice, no me dio por ahí. “Sí, yo haría esto, pero luego... tú fíjate, luego esto está dando vueltas para siempre”. No le veía la gracia. A mí me gusta mucho el teatro y escribir, pero donde más contenta estoy, porque además está muy repartida la responsabilidad, es cuando estás en un equipo grande. Eso te relaja un poco, aparte de los gritos y las prisas. Igual le echan la bronca a otro...

¿Ves *Ballenas asesinas* en el cine?

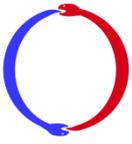
No. *Lobas*, por ejemplo, sí. Porque sí pueden estar todos los que son e, incluso, salir los que no están, pero esto no lo veo en el cine. Se lo había mandado a otra actriz, que no sé si lo ha recibido, pero sí lo veo para que lo hagan en otros países. Sí se puede representar en Francia, por ejemplo, o en Estados Unidos. Estos personajes son internacionales; pero en imagen, en el cine... no lo veo. Se quitaría el misterio del suricato o haría falta mucho truco.

Sí, el lenguaje del cine es distinto. Estaba recordando algunos duelos de interpretación, como en *La huella* o en *Infierno en el Pacífico*, con solo dos actores durante toda la película; se sugería que había más personajes, pero nunca aparecían.

Eran otros tiempos.

No sé si el espectador sería capaz ahora de entender una obra así.

Los tiempos han cambiado hasta el punto de que no puedes hacer una obra de teatro de dos horas, porque el público está acostumbrado a estar con el dedo puesto en el teléfono: “Me gusta”, “Me gusta”. El otro día leí un artículo de los teatros del West End de Londres. La gente paga cincuenta libras para ver una obra de teatro y quieren estar dos horas, pero va en detrimento del autor, porque no hay nada que tengamos que decir que se pueda estirar hasta las dos horas.



¿Es fácil compatibilizar el escenario con la escritura? Es una situación que se hace desde hace tiempo. Shakespeare era actor y dramaturgo...

Tengo la ilusión de que, si escribo algo que se pueda estrenar, lo voy a hacer. Eso motiva mucho. Hay gente que escribe teatro como, por ejemplo, Roberto [Lumbreras], que hace su obra y luego..., puede que sí o puede que no. En mi caso, seguro que sí, y eso te estimula muchísimo. Además, yo me he dado cuenta de que no tengo ninguna disciplina. Escribo de una forma febril y luego estoy seis meses sin tocarlo. Lo que no me gusta nada es corregir. Por eso me extraña tanto que *Ballenas* saliera de otra obra, porque cuando escribo una obra no me gusta remirla y corregir..., esto por aquí, esto por allá. Quizá es porque se trata de humor y, muchas veces, la mejor idea es la primera. Si le tengo que dar muchas vueltas, igual se convierte en algo demasiado dramático, con muchas caras. Quizá es porque yo soy así.

El resultado de *Ballenas asesinas* ha sido bueno...

Creo que tanto *Ballenas* como *Lobas* son obras que uno puede leer. Lo otro que he escrito eran montajes, monólogos, *sketches*, obras cortas puestas juntas. Sí me gustaría publicarlo para actrices. Me cuesta escribir desde el punto de vista de un hombre. Hice en *Lobas* un personaje que era hombre, pero me costó muchísimo. Era un hombre joven, y ponerme en su piel... Por eso entiendo que cuando las actrices llegamos a una edad no haya papeles para nosotras, porque es muy difícil que un guionista varón, de treinta años, me escriba algo a mí. Ni se le ocurre. Escribirá lo de siempre: una señora cornuda, fracasada, que salga poco rato y a quien sus hijos no le hablan. No me va a escribir un personaje con carne. Si hubiera guionistas señoras de todas las edades, sería otra cosa, pero como no las hay...

¿Es *Ballenas asesinas* una obra feminista?

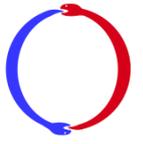
Claro. Yo soy mujer feminista, sin ser panfletaria; eso me pone enferma. La obra tiene sus píldoras, igual que todas las que hacemos. Para mí el feminismo es natural, como si me dice “es usted negra y es activista”. Imposible que no lo sea; no hay otra forma. Lo que pasa es que si te quieres meter con algo y lo haces con humor, es mucho mejor. Igual que cuando te ríes de algo profundo, de algo que duele, la risa es mucho mejor.

Sin embargo, dentro de los cánones feministas, la obra no encajaría. Ahí, quizá la risa no guste tanto. En los años veinte y treinta del siglo pasado había un grupo, la Generación del 27, con unos poetas muy exquisitos, junto a otro grupo donde estaban Mihura, Neville o Jardiel Poncela, que hacían teatro de humor. Quizá era el reflejo de aquella situación política. No sé si ahora hay dos posturas enfrentadas entre quien prefiere el humor y quien se decanta por el drama y la reivindicación.

Lo que voy a decir es muy fuerte, pero casi todo lo que es comedia —un ejemplo son las películas de Woody Allen— es un ambiente de lujo, aunque sea relativo. Quitando a Dario Fo, que se reía del hambre que pasaba, el humor no es un decorado apetecible cuando la gente padece un problema social o está en una lucha de clases. No se puede hacer humor ahí. No estoy diciendo que toda la gente que escriba humor sea de derechas, ni mucho menos. Por ejemplo, no sé si Woody Allen es de derechas o de izquierdas... Lo de las derechas y las izquierdas ya me tiene un poco frita. ¡A ver quién me llama facha esta vez! Ya estoy muy perdida con la perversión del lenguaje.

Si lo analizas fríamente, ocurre también en la novela, ves que el humor se hace en un ambiente en donde la gente tiene para comer. Si no es así, no te apetece contar nada. Siempre salen mujeres guapas y hombres encantadores. Claro que siempre ocurre algo triste porque en todas las comedias tiene que haber





una parte dramática o trágica. Todo espectáculo se basa en la tragedia, desde el trapezio a los toros. Pero tiene que estar en un ambiente un poco más jocoso; si no es, es casi imposible escribir comedia.

Ya salió antes el tema de la pandemia, pero ¿cómo afecta al teatro a largo plazo? Parece ser que leemos más —eso dicen los números— y vamos menos al teatro porque nos lo han cerrado o porque han puesto unos límites que impiden casi ir. ¿Qué va a ocurrir después de la pandemia?

No quiero decir nada extraño, pero como las decisiones que se toman son tan arbitrarias... No entiendo que puedas estar en un tren cuatro horas y no en el teatro. Hago lo que me mandan. “¡Póngase la mascarilla!”; y me la pongo. “¡No salga!”; y no salgo. “¡Lávese las manos!”; y me las lavo. “¡No hable con nadie!”; pues, vale... Pero las medidas arbitrarias te llevan a ser desconfiado e indómito, porque no entiendes nada.

Está afectando muchísimo, claro. El teatro, en mi caso, no es solo el hecho teatral; cuando vamos a Boecillo, por ejemplo, el restaurante de al lado se llena después de la representación, y la peluquería se llena por la mañana. Es todo el pueblo. El teatro influye ese día en ese sitio. Vamos a pueblos grandes, a capitales de provincias, e influye en todo lo demás. Estamos todos muertos, no pasa nada. No sé cuál es el futuro... Sé cómo se llama el Ministro de Cultura por casualidad, pero desconozco si ha dicho algo en todo este tiempo. No se le escucha, no se le ve. Luego te dicen que “no, no tiene que saber de cultura, tiene que ser un buen gestor”. Es que ni lo uno ni lo otro.

La gente ve a los líderes como personas a las que seguir. Y hay una situación un poco caótica en todos los lugares, con la sensación de que cada norma parece algo provisional, casi una ocurrencia. Igual es que hay un desconocimiento general.

Y, sobre todo, obedecer. Porque si no te dejan coger un tren porque no llevas un salvoconducto... No te queda otra que obedecer. A mí no me importa obedecer. Soy muy legal, pero me gusta entender las cosas, y en este caso nadie sabe nada.

¿El teatro entrará en algún tipo de cambio sustancial?

Tengo mis teorías. Como con la pandemia paso mucho tiempo sola, estoy todo el día esgrimiendo teorías. Lo que ha sido el cine se ha acabado, te pongas como te pongas. Se seguirán haciendo películas, pero la gente las verá en su casa, pagando más. Pero el teatro y la música en vivo, la danza...; todos los espectáculos en vivo. Creo que nunca van a desaparecer. Son el eterno enfermo que nunca muere. A poco que te dejen, eso te cambia. Vas a ver un ballet y, aunque no seas aficionado, si te ha gustado, te modifica el cerebro y las emociones. El teatro no corre tanto peligro.

El cine estaba tocado del ala antes de la pandemia.

Sí, el cine mundial.

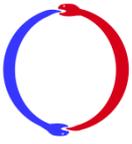
Para ir concluyendo, que no queremos robarle más tiempo... Parece que *Ballenas asesinas* va bien, pero en algún momento te pondrás a pensar en algo nuevo...

Pues tengo varias opciones. Puedo hacer la segunda parte [risas]...

Me he quedado intrigado con algún asunto...

Igual les da por hacer otra cosa... Quiero seguir escribiendo, pero tengo que ser muy sincera: desde que ha empezado la pandemia, no escrito ni una palabra.

Me he esforzado en otros aspectos; en hacer un poco de gimnasia, en comer más o menos bien, en que no se me caiga mucho el ánimo, en seguir leyendo. Pero a la hora de escribir..., no.



También te voy a contar un secreto; cuando empiezo escribir algo me suelo ir a un sitio donde haya gente para que me surjan ideas y luego, cuando tengo la idea, no me importa quedarme a solas con el ordenador. Pero muchas veces, sobre todo, en las otras obras en que había muchas ideas, muchos *sketches*, mucho monólogo..., viendo y escuchando a la gente, es cuando me surgen las ideas. No descartes que haga algún personaje con algo de lo que me has dicho hoy... Soy como un vampiro.

Desde *Oceanum* queremos agradecer a María Casal habernos atendido en esta entrevista con tanta amabilidad y le deseamos que *Balenas asesinas* continúe cosechando éxitos. Si nuestros lectores tienen la ocasión de acceder a una representación en directo, a buen seguro que se lo pasarán bien, pues disfrutarán del hecho único e irrepetible que constituye cada pase; si no tienen esa posibilidad, pueden leer el libro. La diversión está asegurada.

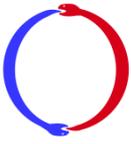
A María Casal escenarios y platós le debieron venir en el ADN, ya que es hija de los actores Antonio Casal y Carmen Mínguez. Lo confirmó con su debut, en 1976, en uno de los programas más exitosos de Televisión Española, el concurso *Un, dos, tres... responde otra vez* y siguió en televisión con la presentación de otro programa icónico de la pequeña pantalla, el programa musical *Aplauso*, entre 1981 y 1983. En la entrevista nos confiesa que, si tiene que elegir entre cine, teatro y televisión, se queda con esta última, un medio que no ha abandonado y que le ha proporcionado importantes éxitos en muchas series. Entre ellas, podemos destacar *Menudo es mi padre* (1996) y, sobre todo, *Hospital Central*, donde encabezaba el reparto en las primeras temporadas (2000 a 2004) dando vida a la jefa de enfermería Elisa Sánchez.

Sobre los escenarios teatrales combina la interpretación con la escritura y la dirección. Ha formado parte del elenco en obras como *El hombre del atardecer* (1981), de Santiago Moncada; *Don Juan Tenorio* (1984), de José Zorrilla (1984), *Por la calle de Alcalá* (1987); *El aperitivo* (1991), de Gérard Lauzier; *Solo cuando me río* (2004), de Neill Simon; *Celebración* (2010), de Harold Pinter o *El hotelito* (2013), de Antonio Gala. En las siguientes obras ya trasciende a la interpretación para entrar de lleno en la escritura y en la dirección; suyas son *Tre-Mendas* (2014), *Lobas* (2014), *Te he dejado un pollo en el horno* (2017) y *Balenas asesinas*. En el cine su trabajo ha sido menos extenso, aunque ha participado en un buen número de películas; en este género tampoco se ha limitado a la interpretación ya que, del mismo que en las últimas obras de teatro, asume los roles de directora y guionista de los cortos *Dum dum* (2003) y *Campos de luz* (2004).



A quinientos años de la sublevación del común

La continuidad y persistencia de
un simposio sobre la Revolución comunera



Javier Dámaso



István Szászdi

El presente texto recoge el prólogo a la edición del libro *Cuando el mal gobierno sublevó a un pueblo. 1521-2021: 500 años de la Revolución Comunera*, coordinado por sus autores y de próxima publicación por la Editorial Páramo, de Valladolid, con motivo de la celebración de los 500 años de la revolución de las Comunidades de Castilla y donde fundamentalmente se ha hecho una selección de trabajos de los siete Simposios de Historia Comunera desarrollados hasta el presente.

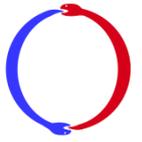
Javier Dámaso



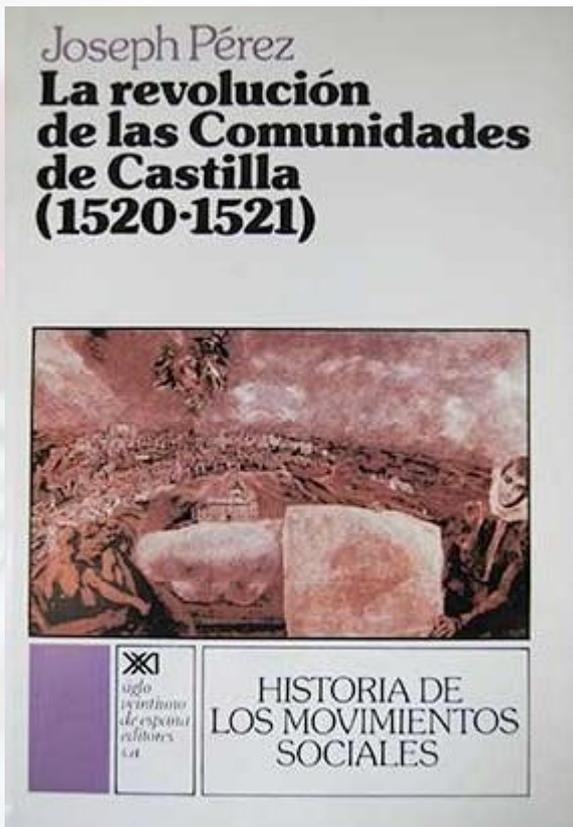
La Revolución comunera, como la calificó su gran representante, el historiador e hispanista Joseph Pérez, constituye un hito fundamental, no solo en la historia de España, sino también en la historia europea y occidental, como el primer gran cuestionamiento político al que después sería el emperador Carlos de Habsburgo.

Desde la perspectiva de su relevancia en el tiempo, resulta significativo que, hasta su reivindicación por los liberales del siglo XIX, la memoria de los comuneros no fuera otra que la de unos revoltosos que se habían levantado contra su señor natural, el rey, y en el imaginario religioso contrarreformista fueran literalmente demonizados, como hizo, por ejemplo, Francisco de Quevedo, cuando calificaba de ángel comunero o serafín comunero al ángel caído. Que el pensamiento liberal español del siglo XIX viera en la Revolución comunera un paradigma político,

como hizo muy claramente el Empecinado y llevó a levantar en su homenaje, por ejemplo, el monolito de Villalar, da cuenta del profundo significado político que tuvo el acontecimiento reivindicativo de los intereses colectivos frente al egoísmo y el despotismo monárquicos. También debe resaltarse la elección de su memoria en santo y seña republicano para las dos repúblicas españolas, al recoger, como expresión liberal, el color morado, que se creía de los pendones comuneros, en la enseña tricolor. Y, sin duda, la reclamación de su recuerdo por la oposición a la dictadura franquista en la transición, frente a la ausencia de libertades, tuvo un indudable doble valor. Por un lado, por la propia reclamación de las libertades y del sentido del poder público como instrumento de servicio colectivo, de servicio al común, y no del interés ciego del monarca, o del autócrata. En segundo lugar, la construcción de una identidad territorial, en las tierras de Castilla y León, sobre la base de la reivindicación de un tiempo en el que estaba presente una suerte



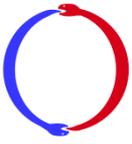
de protonacionalismo castellano, y gentes de todo tipo y condición se unieron para defender el común, el interés colectivo, y, aunque hoy pueda sonar un poco antiguo decirlo así, lo defendieron con su sangre. La revolución comunera operó en nuestra historia como una luz, como un faro en momentos críticos en los que la defensa de la libertad y del interés común, de la democracia, del autogobierno aparecían como un objetivo político prioritario.



Se ha dicho que la Revolución comunera fue la primera revolución moderna, así lo sostuvo José Antonio Maravall, adelantándose a las grandes revoluciones burguesas, como la Revolución inglesa (1642-1688), la Revolución estadounidense (1765-1783) o la Revolución francesa (1789-1799). Y que, en consecuencia, se diferenciaba de un modo fundamental de las rebeliones medievales y las revueltas campesinas que con anterioridad se suscitaban periódicamente por toda Europa. La Revolución comunera tuvo caracteres que la aproximan a lo que después sería la Revolución francesa. Primero, porque fue una revolución interestamental, donde burguesía y

pueblo llano, junto a un sector de la nobleza, se unieron y rebelaron para defender el interés común frente al monarca. Segundo, porque la llamada *Ley Perpetua* implicaba, de un modo hasta entonces bastante insólito, al menos uno de los elementos esenciales de lo que más de dos siglos y medio después sería la tríada revolucionaria gala (Libertad. Igualdad. Fraternidad), la igualdad. El principio de igualdad ante la ley estaba presente en la *Ley Perpetua* de modo incipiente, puesto que, frente a la disparidad de las soluciones de los Fueros, entendidos como privilegios de concesión real, de aplicación territorial o personal, la *Ley Perpetua* significaba un prototexto constitucional escrito que perseguía establecer un pacto del pueblo con el rey, poniendo límites jurídicos al monarca, de forma que las normas no eran ya concesiones reales, sino, siguiendo postulados filosófico-jurídicos de la Escuela de Salamanca, como expresión del interés común al que el rey se debía y que justificaba su corona, de modo que no podía sino estar al servicio de ese común interés.

Frente a las asambleas estamentales de vasallaje al monarca, de estructura vertical, el movimiento comunero reclamaba una horizontalidad y una lógica funcional a la monarquía para poder justificarla. El pueblo, el común, a la par del rey y no debajo; y si la monarquía no servía al común, entonces no servía, definitivamente, y habría que buscar fórmulas alternativas, como las de las ciudades-Estado italianas, las pequeñas ciudades-república, una fórmula centrada en la vecindad-ciudadanía, frente al vasallaje al monarca y a la servidumbre medieval. Una misma lógica revolucionaria que con sus propias singularidades, se mantendría en las diferentes revoluciones burguesas ya mencionadas, la inglesa, la estadounidense o la francesa, como paradigmas. Esa es la gran importancia de la Revolución comunera “castellana” (porque se produce en el llamado Reino de Castilla),



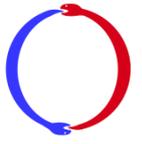
su anticipo de la Modernidad, estableciéndose en un momento en el que se constituye el inicio de la Modernidad, entre 1518 y 1522. Casi treinta años después de la llegada de Colón a América, en pleno momento de expansión transoceánica de la monarquía hispánica y cuando se están empezando a formar los que se establecerían en Estados nacionales.

Se dice, a veces despectivamente, que se trata de una derrota, de la conmemoración y la celebración de un fracaso. Una derrota que llevaba en su seno la reivindicación de la libertad y que se convirtió con el tiempo, precisamente, en un símbolo de libertad, como hemos visto, para el pensamiento liberal frente a la tiranía absolutista y oprobiosa de Fernando VII, para la simbología republicana y también para la reclamación de democracia frente a la dictadura franquista. Siempre que se han reclamado libertad y participación popular, el faro comunero ha iluminado el camino. Este es su significado, y no es pequeño. No comprendido o despreciado, en ocasiones, por ignorancia o por ceguera. Paradigmático al respecto es el caso del leonesismo, cuando el movimiento comunero tuvo un arraigo inequívoco en el Reino de León,

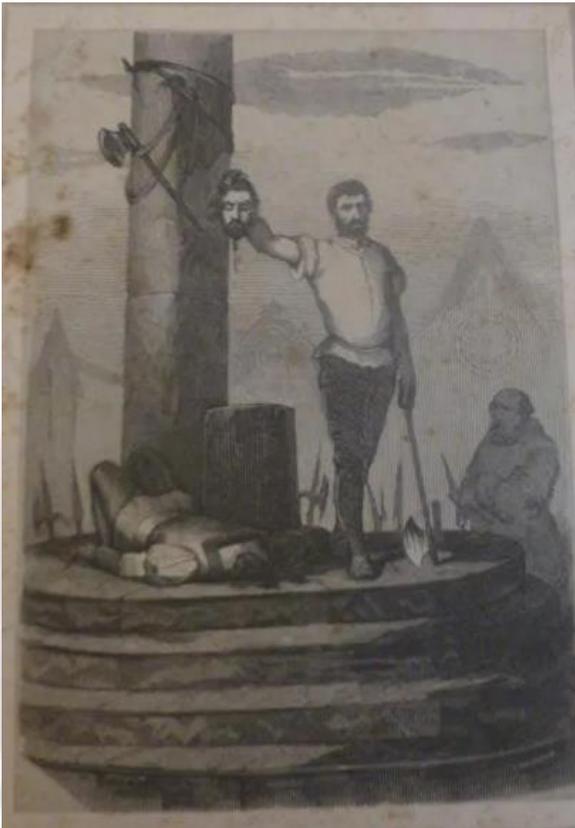
no solo en Zamora y Salamanca, con sus caudillos comuneros, el obispo Acuña, obispo de Zamora, y Francisco Maldonado, sino también con los comuneros leoneses, sobre lo que hay bibliografía suficientemente divulgada, como el libro de Eloy Díez-Jiménez y Molleda, de 1916, reiteradamente editado. Amén de que el centro neurálgico de la Guerra de las Comunidades se estableciera durante no pocos meses en Tierra de Campos, la comarca compartida entre León y Castilla.

También cabe decir que, frente a la tan manida referencia al imperialismo castellano, en realidad, ninguna de las dos Castillas, ni la Vieja ni la Nueva, se han beneficiado en modo alguno de la instrumentalización imperial de lo castellano hecha por el nacionalismo español y que, antes que nada, hoy forman parte de la llamada “España vaciada”, mientras los centros neurálgicos del poder económico en España se encuentran desde hace décadas en otras zonas del país, como Madrid y, paradójicamente, Cataluña y el País Vasco. Castilla y León se halla en la actualidad en un proceso preocupante de despoblación territorial y decadencia económica que viene de los años ochenta e incluso antes,





pero frente al que no se han adoptado medidas eficaces.

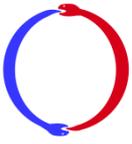


Dicho todo esto, y reiterando la convicción de la gran importancia del movimiento comunero en la historia de España y de Europa, así como en la experiencia colectiva de lo que hoy es Castilla y León, diremos que los trabajos que aquí se recogen como muestra son la expresión y resultado de doce años de Simposios de Historia Comunera, en un esfuerzo continuado en el tiempo, contra viento y marea, pero con el apoyo y el afecto del ya mencionado Joseph Pérez, al que en 2014 se rindió un justo y necesario homenaje, en forma de libro. Los Simposios de Historia Comunera han constituido un medio de pensamiento y reflexión con una comunidad científica internacional enormemente especializada e interesada en la materia, con una pasión y un ánimo incontestables y la convicción de que era imprescindible comprender, primero, la singularidad y el puesto de la Revolución comunera en la historia, y divulgar, después, la verdadera relevancia histórica de

un movimiento que puso en jaque nada menos que a la monarquía de los Austrias en sus inicios en lo que luego sería España. En su realización hay que destacar el soporte permanente del Ayuntamiento de Villalar, con sus alcaldes a la cabeza, Pablo Villar Conde, primero, en los inicios, y Luis Alonso Laguna, después, con verdadera fidelidad y convicción. También debe mencionarse el papel de María Jesús Galende, verdadero puntal en la organización.

Los Simposios han contado con siete ediciones, dedicadas cada una de ellas a un eje temático. Monarquía y revolución, en el primero de los Simposios, en 2009. Imperio y tiranía, con la dimensión europea, en el segundo Simposio de 2010. El papel y la relación de los conversos con el movimiento comunero, en el tercer Simposio, homenaje a Joseph Pérez, en 2012. Para resaltar el papel de las mujeres en la Revolución comunera, el cuarto Simposio se dedicó especialmente a las “Mujeres en armas”, sobre María de Pachecho y las mujeres en el movimiento comunero, en 2014. La Iglesia y los eclesiásticos en las Comunidades, en el quinto Simposio, en 2016. Don Carlos en Castilla, en el sexto Simposio, como celebración del quinto centenario de su llegada, en 2017. Y, finalmente, el último celebrado hasta el presente, sobre los intereses económicos en el movimiento comunero, en el séptimo Simposio, en 2019.

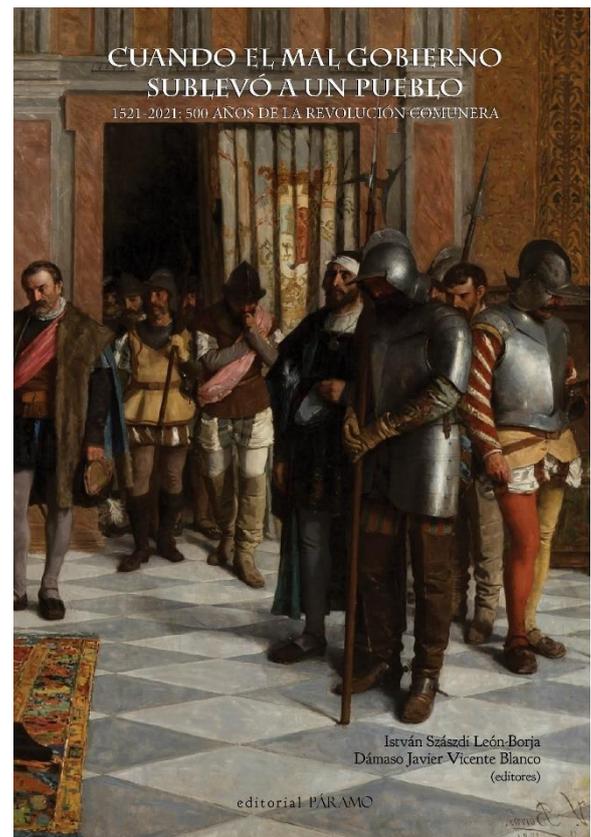
La presente publicación recoge trece estudios surgidos de los simposios, como una muestra elocuente del trabajo de estos doce años. El primero de los trabajos, “Conversos y comuneros”, corresponde al ya mencionado historiador e hispanista Joseph Pérez, donde desarrolla la relación de los conversos con el movimiento comunero, y procede del tercer Simposio en el que se le rendía homenaje, en 2012. El segundo trabajo es del historiador del Derecho, José Manuel Pérez-Prendes, “Marañón y las Comunidades de Castilla. Trazos para una nota”, abordando, como se



desprende del título, la visión de Gregorio Marañón sobre las Comunidades, y también surge del mencionado simposio de homenaje. El tercero de los textos corresponde a Fray José García Oro O.F.M., “Cisneros y la Castilla precomunera”, sobre el papel del Cardenal Cisneros en el momento anterior a la explosión comunera, viene del primer Simposio, de 2009. El cuarto de los trabajos, de Dámaso Javier Blanco Vicente, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valladolid, “Nacionalidad y extranjería en las Comunidades de Castilla”, muestra las cuestiones de nacionalidad y extranjería en el momento histórico concreto, cuando se coloca a flamencos y borgoñones en el gobierno de la Corona. El quinto trabajo corresponde a la historiadora portuguesa Manuela Mendonça, “Uma Muller no exílio: María de Padilla e Portugal”, sobre el exilio de María de Padilla en Portugal; y procede del cuarto Simposio, en 2014. El sexto capítulo, de Álvaro Fernández de Cordova y Miralles, surge del sexto Simposio de 2016 sobre la Iglesia y los eclesiásticos, y se titula “Antonio de Acuña antes de las Comunidades, su embajada en Roma”. El séptimo capítulo, del romanista de la Universidad de Valladolid Francisco J. Andrés Santos, “Monarquía y republicanismo en el pensamiento humanista”, viene del primer Simposio, de 2009. El octavo trabajo, de István Szászdi, de la Universidad de Valladolid, sobre “Doña María Pacheco y don Antonio de Acuña, el nacimiento del republicanismo español”. El noveno trabajo es de la historiadora del Derecho Remedios Morán, sobre “Mercaderes burgaleses en la Guerra de las Comunidades”, procede del tercer Simposio, de homenaje a Joseph Pérez. El capítulo décimo, de Miguel F. Gómez Vozmediano, de la Universidad Carlos III de Madrid, se titula “*Porque como pecado de adivinación es la rebelión. Augurios, Vaticinios y Mesianismos durante las Comunidades de Castilla*” y surge del quinto Simposio, de 2016. El décimo primer trabajo es de Gillian Beatrice

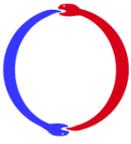
Fleming, lleva por título “A blacklisted bishop of the Comunero uprising: the case of Diego Ramírez de Villaescusa”, sobre el obispo de Cuenca y Presidente de la Real Chancillería de Valladolid. El penúltimo trabajo corresponde a Antonio Suárez Varela, versa sobre “La mala sedición. Una aproximación al discurso anticomunero” y viene del segundo Simposio, de 2010. Finalmente, el libro se cierra con el trabajo de Ramón Sánchez, “El estado eclesiástico de Toledo y las Comunidades de Castilla”, procedente del quinto Simposio.

Con el agradecimiento a todos los que han hecho posible estos doce años de simposios, en sus distintas ediciones y el presente volumen, invitamos a su lectura, en la memoria de un movimiento, el comunero, que sigue por múltiples razones de plena actualidad.





**A masa e o muíño:
Diana Varela Puñal**



**A masa e o muiño
es una sección coordinada por
Manuel López Rodríguez**

Nació en Corme, Costa da Morte (Galicia). Se trasladó a los catorce años a la ciudad de A Coruña. Colaboró en el diario *Galicia Hoxe* con la sección semanal “Cartas boca arriba”. Después de haber ganado el Premio Díaz Xácome de Mondoñedo, obtuvo el Premio Uxío Novoneyra das Pontes de García Rodríguez en el año 2006 por el poemario *Fíos*. En diciembre de 2012 ganó el Premio de teatro Estornela con el libro *Arlequino Viceversa*.

Su obra se extiende en los géneros de poesía, teatro y narrativa:

Poesía

- Fíos* (Edit. Espiral Maior, 2008)
- Animal Abismo* (Edit. Espiral Maior, 2010)
- As trovas de Midas* (Edit. Galebook, 2011)
- Ouvre la lucarne* (Medulia Editorial, 2017)
- Non, amor* (Medulia Editorial 2017)

Teatro

- Lúa de Mel* (Edit. Laiomento)
- La muerte será tu voz ausente* (Edit. Pigmalión)

Arlequino Viceversa (Edit. Embora)

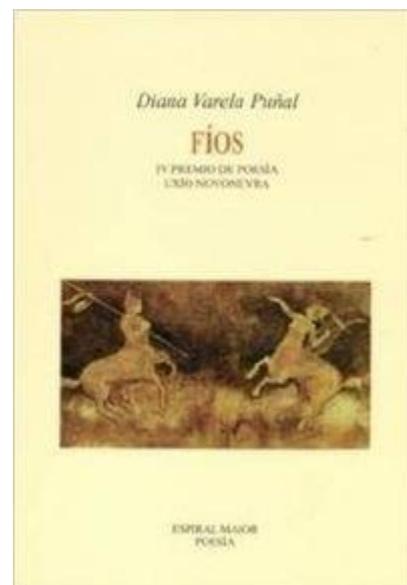
Midas, Leo e o paraugas (Medulia editorial, 2016)

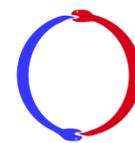
Narrativa

Fin de Festa (Edit. Laiomento, 2015)

Diario sen datas dunha aborixe galega (Edit. Laiomento, 2019).

(Biografía ofrecida por la propia autora)

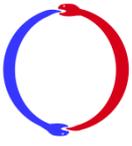




A patria

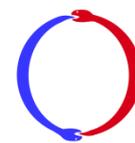
Enchido de fervor como estou,
así te reclamo, non como a pedra
que morre e se destensa senon como
a lava ou o espírito que permanece,
ven agora que te reclamo, non na renuncia
senón no horizonte, non na incertidume
senón no principio, qué estraña é a morte,
arder ou pecharse nun cadaleito.
Enchido de lava e de horizonte, non como o día
despois da festa, senón a véspera,
como na véspera ven agora
que sei pronunciar o teu nome,
o teu nome, ti na soidade da miña perdición
que viñeches buscarme e chamátesme
enchendo de verde a túa imaxe
o día despois da túa morte.

Díme nai, cal é a túa patria?,
agora que o teu corpo mingua,
díme, pai, cal é a túa patria?,
o destino atrápanos no derradeiro
alento da fe, desfai ti o conxuro,
a ti che reclamo o último reduto de min mesmo.
Volve ás andadas a incerteza,
dime nai, cal é a túa patria?,
farei nela a miña casa, o último reduto
de min mesmo, non como os feirantes que recollen
a alma das cousas, tintineo de metais,
de carpas, esqueletes a remexerse,
papeis no nicho enrúganse nun ritual
macabro, exorcizan de sentido o lugar
que ficará insoportablemente baleiro,
non como os magos da feira que despatrián
o pobo no último pase, nin como os músicos
recollendo os instrumentos converten
escearios en patíbulos, guitarras en cadavres,
bailes en recordos, mozos en vellos,
palcos de vida en pelouros.



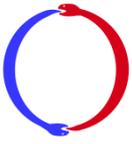
Non, non veñas con euforia nin con
perigosas afeccións, tan só díme, pai,
cal é a túa patria para facer alí a miña casa,
como un feirante, un labrego, ofrecerei
novamente todo aquilo no que creo,
pero dímo con urxencia, pois volven ás andadas
a incerteza e o destino, o metálico tintineo,
carpas enroscadas ou serpes, tropezan os osos,
cordóns de zapatos voltan ás súas caixas,
e a sombría ollada dos feirantes abduce
a alma, vestixio fluorescente e calcáreo
dos obxectos animais por onde pasan.

Cómo entrar nas casas sen a presenza
tan cercana dos seres que faltan?
Se vos sentimos presentes, onde estades,
ficou a vosa alma na alma das cousas vosas,
nos cabelos vosos que aínda atopamos
na roupa, no aroma que garda pechado
as prendas agora inmóveis en tumbas
como almarios que nos golpean ó abrirse
á vida que non vos pertence?
Que será de nós cando ese último
remorso, proba a penas da vosa
existencia, tamén nos falte?
Foi a morte vosa o intre de pronunciar
por primeira e definitiva vez que morrerades,
comprender que vós non existe,
que nós mudou nun esquexe impedido?



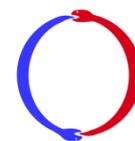
Que distancia se interpón ante a cercanía do pensamento?
É o espellismo do recordo ou o engano da separación
infranqueable entre a visión propia e a do alleo?,
zozobra, treboada de tebras, morto meu, ausente.
Neuroses existenciais cando falta a conciencia do ti,
animae rerum, morto meu, ausente,
se a palabra palabra é a palabra menos real,
máis afectada, repugnante, renego dela!,
dáme unha patria onde me lembre desta, desmitifica,
oh miña nai!, desmitifica por fin a vida e a morte,
o ben e o mal, sé indulxente co non
horizonte, o non suceso, indeterminación.

Imaxinaria, inspiración de imaxinarias,
gardas ou teimas ridículas, inúteis
se o amor nada ten que ver co amor,
nin a poesía nada ten que ver coa poesía,
fantástica pantomima, oh ausente!,
podredume miña que en todos estás,
até nos máis fermosos e soberbios,
tecido herdado de arreguizos e suores
só polo temor á morte, os vencidos sábena,
algúns confiábase na razón dos nenos mais alguén
se decatou de que tampouco eles vos aman,
necesítanos co mesmo patetismo dos vellos.
Hoxe vin a súa mirada de asombro,
unha criatura de dous meses asustada,
a nai borracha e tamén asustada,
matareite en seco, como a unha
galiña retorcereiche o pescozo,
dicía ela, a nai, e os ollos pasmados
do bebé ollábana, interrogaban a única
pregunta que merece a pena,
a que hora morreches, en qué
instante exacto o desamparo universal?
Se nos fan imaxinalos quizais existan,
confirmao ti, agora que non é deus o cadavre
senón a poesía, a poesía non existe,
nin o desexo, nin o odio, só o medo existe,
tamén en min exasperado no pánico
da criatura recién nacida e dos meus moribundos.



Aquí, onde o único tremor é o das flores no vento,
acepto a sobriedade da vida con indolencia,
oh perfumes que en ocasións desconcertades as rúas
grises da cidade!, de onde vindes para volvernos
abafar coa fe malia todas as evidencias?

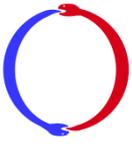
Dicídeme pais, agora que o voso corpo mingua
e o meu espírito enfraquece, antes de que
en nada crea, dicídeme cal é a vosa patria,
non como o día despóis da festa, cando os músicos
baleiran de ánimas o campo da festa
ou cando as queixeiras liscan
coa palabra leite no mulido das cabezas,
ovos, tomates!, traemos a verbena da feiral,
non ariadnas históricas que enfraquecen a paz
até fiar arañeiras de desacougo, tolemia.
Dicídeme, pais, cal é a vosa patria,
creerei nela como na véspera
e alí farei con nupcial ledicia, a miña casa
labrega, mariñeira, de aborixe galega.



La patria

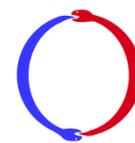
Colmado de fervor vengo
y así te reclamo, no como piedra
que perece y se destensa sino como
lava o espíritu que permanece,
ven ahora que te canto, no en la renuncia
sino en el horizonte, no en la incertidumbre
sino en el principio, qué extraña es la muerte,
arder o encerrarse siempre en el mismo féretro.
Repleto de lava y de horizonte, no como el día
después del festejo, sino la víspera,
en la víspera ven
ahora que sé pronunciar tu nombre,
tu nombre, tú en la soledad de mi perdición
que has venido a buscarme y me has invocado
reverdeciendo tu imagen
el día después de tu muerte.

Dime, madre, cuál es tu patria
ahora que tu cuerpo mengua,
dime, padre, cuál es tu patria,
el destino nos atrapa en el último
aliento de fe, vence tú el conjuro,
a ti te reclamo el último reducto de mi ser.
Vuelve a las andadas la incerteza,
dime, madre, cuál es tu patria,
construiré en ella mi casa,
no como los feriantes que atrapan
el alma de las cosas, tintineo de metales,
de carpas, esqueletos se retuercen,
papeles en su tumba se arrugan en un ritual
macabro, exorcizan de sentido el lugar
que tornará insoportablemente desierto,
no como los magos de la feria que despatrian
el pueblo en el último pase, ni como los músicos
guardando los instrumentos convierten
escenarios en patíbulos, guitarras en cadáveres,
bailes en recuerdos, muchachos en viejos,
palcos de vida en humilladeros.



No, no aparezcas con euforia ni con
peligrosos afectos, tan solo dime, padre,
cuál es tu patria para construir allí mi casa,
como un feriante, un labriego, ofreceré
de nuevo todo en lo que creo,
pero dímelo con urgencia, regresan
la incerteza y el destino, el metálico tintineo,
carpas enroscadas o sierpes, tropiezan huesos,
cordones de zapatos retornan a sus cajas,
y la sombría mirada de las gentes abduce
el alma, vestigio fluorescente y calcáreo
de los objetos animales por donde pasan.

Cómo habitar estancias sin la figura
cercana de los seres que faltan.
Si os sentimos presentes, dónde estáis,
permanece vuestra alma en el alma
de las cosas vuestras,
en los cabellos vuestros que encontramos,
en el aroma que guarda cerrado
prendas ahora estáticas en criptas
como almaríos que nos golpean al abrirse
a la vida que no os pertenece.
Qué será de nosotros cuanto ese último
rescoldo, prueba a penas de vuestra
existencia, también nos falte.
La muerte ha sido pronunciar
que habíais muerto,
comprender que vosotros no existe,
nosotros ha tornado en esqueje.



¿Qué distancia se interpone ante la cercanía del pensamiento?

¿Es el espejismo del recuerdo o el engaño de la separación infranqueable entre la visión propia y de lo ajeno?

Zozobra, tormenta de tinieblas, muerto mío, ausente.

Neurosis existenciales cuando falta la conciencia del otro,

animae rerum, muerto mío, ausente,

si la palabra palabra es la palabra menos real,

más afectada, repugnante, de ella reniego,

dadme una patria donde recordar esta,

desmitifica, madre, la vida y la muerte,

el bien y el mal, se indulgente con el no

horizonte, el no suceso, indeterminación.

Imaginaria, inspiración de imaginarias,

obsesiones ridículas, inútiles

si el amor nada tiene que ver con el amor,

ni la poesía nada tiene que ver con la poesía,

fantástica pantomima, ¡oh ausente!

Podredumbre mía que en todos estás,

hasta en los más hermosos y soberbios,

mortaja heredada tejida con escalofríos y sudores

solo por el temor a la muerte, los vencidos lo saben,

algunos confiábamos en la razón de los niños pero alguien

ha advertido que tampoco ellos os aman,

os necesitan con el mismo patetismo de los viejos.

Hoy he visto su mirada de asombro,

una criatura de dos meses asustada,

la madre borracha y también asustada,

te mataré en seco, como a una gallina

te retorceré el pescuezo,

decía la madre y los ojos pasmados

de la niña la miraban, interrogaban la única

pregunta que merece la pena,

¿a qué hora has muerto, en qué instante

exacto el desamparo universal?

Si nos fuerzan a imaginarlos quizás existan,

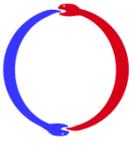
confírmalo ahora que no es dios el cadáver

sino la poesía, la poesía no existe,

ni el deseo, ni el odio, sólo el miedo existe,

también en mí exasperado en el pánico

de la recién nacida y de mis moribundos.



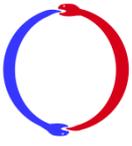
Aquí, donde el único temblor es el de las flores en el viento,
acepto la sobriedad de la vida con indolencia,
¡oh perfumes que en ocasiones desconcertáis las calles
grises de la ciudad! De dónde llegáis para abrumarnos
con la fe a pesar de todas las evidencias.

Padres, ahora que vuestro cuerpo mengua
y enflaquece mi espíritu, antes de que
en nada crea, decidme cuál es vuestra patria,
no como el día después de la zambra, cuando los músicos
vacían de ánimas el campo de baile
o cuando las queseras huyen
con la palabra leche en la rosca de su cabeza,
¡huevos, tomates, traemos la verbena de la feria!
No ariadnas histéricas que enflaquecen la paz
hasta hilar sábanas de inquietud, demencia.
Decidme, padres, cuál es vuestra patria,
crearé en ella como en la víspera
y allí construiré, con dicha nupcial, mi hogar
labriego, marinero, de aborigen poeta.



Canción 6

(del poemario *Cancións*)



Manuel López Rodríguez

Entullo na beira da estrada. A pouca distancia
o río. Entón
a lama lambe o limo;
o óxido no ferro, a estrutura esquecida,
e a medio derruir,
dunha fábrica abandonada.

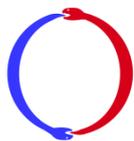
A sombra da hedra
na pedra
aínda non intervida.

Escombros en la orilla de la carretera. A poca distancia
el río. Entón
ces el barro lambe el limo:
el óxido en el hierro, la estructura olvidada,
y medio en ruinas,
de una fábrica abandonada.

La sombra de la hiedra
en la piedra
aún no intervenida.

Espuma de mar



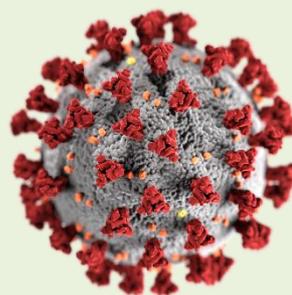


Premios y concursos literarios

Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo.

Para conocer en detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

La pandemia originada por el coronavirus afecta a todas las actividades. Como consecuencia, algunos de los concursos literarios han introducido o introducirán cambios en sus bases o en sus plazos; en algunos casos, ya hemos introducido los cambios de fecha disponibles en el listado de convocatorias, pero algunas otras aún pueden variar en función de cómo evolucione la situación sanitaria. En cualquier caso, consulte las bases originales en las páginas *web* de cada concurso para conocer esos posibles cambios.

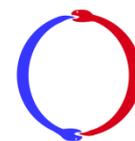


Novela

El Premio Primavera de novela está concedido anualmente por la editorial Espasa del Grupo Planeta y es uno de los que tiene una dotación más sustanciosa —100 000 euros— a pesar de que se ha reducido desde el año 2012, cuando el monto para el ganador era el doble y, además, tenía un accésit de 30 000 euros. Este premio, que fue otorgado por primera vez en 1997 a Rosa Montero por su obra *La hija del caníbal*, ha ido a parar en la edición fallada este año al periodista español **Pedro Simón** (Madrid, 1971) por *Los ingratos*, una novela que se desarrolla en el ámbito rural de la España de los años setenta, cuando el campo empezaba a vaciarse por falta de estímulos para retener a la población. A la vez, se falló el Premio 25 Primaveras de novela que está dedicado a los jóvenes escritores; el ganador fue el novelista **Dimas Prychyslyy** (Elisavetgrado, 1992) por su obra *No hay gacelas en Finlandia*. Dimas Prychyslyy tiene una trayectoria ya reconocida a pesar de su juventud, pues resultó ganador del V Premio Logroño de Narrativa para Jóvenes Escritores por su libro de relatos titulado *Tres en raya* y recibió una beca en la Fundación Antonio Gala durante el curso 2016-2017.

Convocatorias de novela en castellano que se cierran en abril de 2021

Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía [€]
Tusquets editores de novela	≥ 150	2	Tusquets Editores (España)	18 000
Nacional de novela gráfica joven ^{1,2}	40 a 75	2	Secretaría de Cultura del Gobierno de la República y la Secretaría de Cultura del Poder Ejecutivo del Gobierno de Querétaro (México)	3 900 ³



Convocatorias de novela en castellano que se cierran en abril de 2021 (continuación)				
Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía [€]
Nacional de novela joven José Revueltas ^{1,2}	80 a 150	2	Secretaría de Cultura del Gobierno de la República y el Municipio de Durango (México)	1 950 ³
Nacional "Calamonte joven 2021". Novela corta ^{1,2}	10 a 40	5	Ayuntamiento de Calamonte (España)	630, 360
Cáceres de novela corta	100 a 130	15	Diputación Provincial de Cáceres (España)	9 000
Novela corta "Julio Ramón Ribeyro" ²	130 a 150	16	Banco Central de Reserva del Perú (BCRP)	4 600 ³
Novela "Ateneo-Ciudad de Valladolid"	150 a 300	17	Ayuntamiento de Valladolid y el Ateneo de Valladolid (España)	20 000
Kutxa Ciudad de Irún	≥ 150	18	Kutxa Fundazioa (España)	25 000
Fundación Medifé FILBA 2021 ²	obra publicada	19	Fundación Medifé y Fundación FILBA (Argentina)	4 600 ³
Novela breve Juan March Cencillo	75 a 110	30	Fundación Bartolomé March (España)	12 000
Sor Juana Inés de la Cruz	obra publicada	30	Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México)	8 400 ³

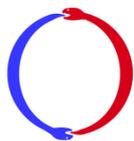
¹Los participantes tienen restricciones por edad.

²Los participantes tienen restricciones por nacionalidad o país de residencia.

³Los importes indicados corresponden a la transformación a euros desde otra moneda y están sujetos a cambio.

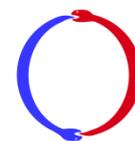
Relato y cuento

Convocatorias de relato y cuento que se cierran en abril de 2021				
Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía [€]
Relatos breves Villa de Alcorisa	≤ 500 palabras	1	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Alcorisa (España)	400, 200
Microrrelatos "Revista Aguanaj"	150 a 800 palabras	1	Asociación Cultural Aguanaj (España)	200, 150, 100
Cuento de las mil palabras ²	≤ 1.000 palabras	2	Revista CARETAS (Perú)	2100, 1250, 400 ³
Mi Semana Santa	≤ 10	2	Cofradía del Santo Entierro de Cristo, Nuestra Señora de los Dolores en su Soledad, Santísima Virgen de las Angustias y Santa Vera Cruz (España)	1000
Internacional de cuentos "Lenteja de oro de la Armuña"	≤ 10	6	Ayuntamiento de Parada de Rubiales (España)	1500
Escritura exprés Ayto. S. Fernando de Henares		6	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de San Fernando de Henares (España)	200



Convocatorias de relato y cuento que se cierran en abril de 2021 (continuación)

Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía [€]
Narrativa corta Real Villa de Guardamar	5 a 10	9	Ayuntamiento de Guardamar del Segura (España)	500
Chimeneas vigías	3 a 6	9	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Alguazas (España)	400, 200
Relato corto Fundación BCA	≤ 10	12	Fundación Biblioteca de Ciencia y Artillería (España)	650, 350
Cuentos Ciudad de Coria	80 a 100	15	Diputación Provincial de Cáceres (España)	3000
Sant Jordi en Instagram	≤ 5	15	Grupo Humanista Aficción (España)	300
Nacional de literatura. Cuento ²	obra publicada	16	Ministerio de Cultura (Perú)	2300 ³
Jóvenes escritores Rotary Club Almoradí ¹	≤ 2000 palabras	16	Rotary Club Almoradí (España)	700, 300, 150
UNED-Cartagena ²	≤ 10	16	UNED - Cartagena (España)	400, 200
Microrrelato ilustrado de la UJA	150 a 180	16	Universidad de Jaén (España)	300
Relatos cortos Kimetz	5 a 10	17	Asociación Kimetz de Ordizia (España)	600
Microrrelatos "Círculo creativo"	≤ 200 palabras	18	Fundación Caja Círculo (España)	600, 200
Sanmarquero ²	5 a 10	18	Asociación Cultural Papel y Tinta de Beas de Segura (España)	300, 150
Relatos científicos infantiles "Ciencia-me un cuento"	170 a 1000 palabras	18	Sociedad de Científicos Españoles en Reino Unido	230 ³
Puente de encuentro	5 a 10	19	Foro Cultural Puente de Encuentro (España)	300
Relatos para leer en tres minutos "Luis del Val"	≤ 2	23	Ayuntamiento de Sallent de Gállego y el Área de Cultura de la Comarca "Alto Gállego" (España)	700
Relato corto Irmandade Galega de Rubí	1 a 3	23	Irmandade Galega de Rubí (España)	600
Internacional Dulcinea	≤ 4	23	Acción Cultural Miguel de Cervantes (España)	500
"Rectora Rosario Valpuesta" ^{1,2}	≤ 2500 palabras	23	Ayuntamiento de Dos Hermanas (España)	500
Cuento corto Casa Regional de Castilla-La Mancha de Parla	1 o 2	23	Casa Regional de Castilla-La Mancha de Parla (España)	350
"Matria, por la igualdad de género"	≤ 500 palabras	23	Asociación contra la violencia de género Matria (España)	100, 100
Relatos cortos Asociación Cultural "El Carpio"	≤ 10	23	Asociación Cultural El Carpio de Grandas de Salime (España)	150, 90, 60
Relato corto "Una imagen y mil palabras" ²	≤ 3	23	Centro de Interpretación del Folklore del Ayuntamiento de San Pedro de Gaiños (España)	100



Convocatorias de relato y cuento que se cierran en abril de 2021 (continuación)

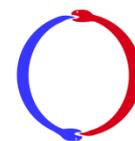
Premio	Premio	Premio	Premio	Premio
Nacional de cuento Juan José Arreola ²	80 a 120	30	Universidad de Guadalajara y Editorial Universitaria (México)	5900 ³
Cuentos breves "Santiago en 100 palabras" ²	≤ 100 palabras	30	Fundación Plagio (Chile)	2 300, 1 150, 570,
Internacional brindis literario	40 a 80 palabras	30	Asociación IGUAL A TI y Bodega Carlos Moro (España)	1 000, 500, 200
Internacional de cuentos "Valentín Andrés"	≤ 5	30	Asociación Cultural "Valentín Andrés" de Grado/Grau (España)	1 000, 400
Relato corto "Ateneo Mercantil de Valencia" ²	5 a 10	30	Ateneo Mercantil de Valencia (España)	1 000
Relato corto "Cultura del despertar"	5 a 10	30	Grupos de investigación «Ciencia, Conciencia y Desarrollo» y «Pareto» de la Universidad de Almería (España)	1 000
Relatos Severa Galán	7 a 15	30	Asociación Cultural Severa Galán (España)	400
El laurel	≤ 5	30	La Mordida Literaria (España)	400
Relato corto Verano de Cuento	≤ 2	30	Festival de narración Verano de Cuento (España)	200, 50
Microrrelatos "Javier Tomeo" de temática social	≤ 200 palabras	30	Asociación Literaria Poiesis y la publicación Compromiso y Cultura (España)	150
Microcuentos eólicos Eolo 2021	≤ 100 palabras	30	Asociación Empresarial Eólica (España)	100

¹Los participantes tienen restricciones por edad.

²Los participantes tienen restricciones por nacionalidad, país de residencia.

³Los importes indicados corresponden a la transformación a euros desde otra moneda y están sujetos a cambio.

Convocatorias de poesía que se cierran en abril de 2021				
Premio	Versos	Día	Convoca	Cuantía [€]
Nacional de poesía joven Elías Nandino ^{1,2}	50 a 80 páginas	2	Secretaría de Cultura del Gobierno de la República, la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, y el Ayuntamiento Constitucional de Cocula (México)	3 900 ³
Internacional de poesía "Andrés García Madrid"	14 a 70	4	Fundación Sindical Ateneo 1º de Mayo (España)	450, 300, 100
Nacional "Calamonte joven 2021". Poesía ^{1,2}	≤ 100	5	Ayuntamiento de Calamonte (España)	430, 335
Iberoamericano de poesía Juan Ramón Jiménez	≥ 500	8	Diputación Provincial de Huelva (España)	12 000
Flor de Jara de poesía	≥ 500	15	Diputación Provincial de Cáceres (España)	6 000
Nacional de poesía Maxi Bagnas Pinoso		15	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Pinoso (España)	1 100, 500
Poesía José Chacón	14 a 100	15	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	600
Nacional de literatura. Poesía ²	obra publicada	16	Ministerio de Cultura (Perú)	2300 ³
UNED-Cartagena ²	≤ 150	16	UNED - Cartagena (España)	400, 250
Piropos a la Virgen del Romeral	≤ 14	16	Revista "El Romeral" (España)	300, 150
Kutxa Ciudad de Irún	≥ 800	18	Kutxa Fundazioa (España)	25 000
Sanmarquero ²	5 a 10	18	Asociación Cultural Papel y Tinta de Beas de Segura (España)	200, 100
Storni de poesía ²		19	Centro Cultural Kirchner (Argentina)	1 400, 460, 460 ³
Puente de Encuentro	50 a 200	19	Foro Cultural Puente de Encuentro (España)	300
Poesía Antonio Gala ¹	≥ 500	22	Ayuntamiento de Alhaurín el Grande (España)	6 000
Poesía Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria	500 a 1000	23	Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria (España)	5 000
Casa de América de poesía americana ²	≥ 300	23	Casa de América (España)	5 000
Rectora Rosario Valpuesta ^{1,2}	5 a 100	23	Ayuntamiento de Dos Hermanas (España)	500
Internacional Dulcinea	≤ 42	23	Acción Cultural Miguel de Cervantes (España)	500
Poesía "Nicolás del Hierro"	500 a 800	30	Ayuntamiento de Piedrabuena (España)	1 800
Poesía "Ateneo Mercantil de Valencia" ²	400 a 1000	30	Ateneo Mercantil de Valencia (España)	1 000



Convocatorias de poesía que se cierran en abril de 2021 (continuación)

Premio	Premio	Pre-mio	Premio	Premio
Poesía "Gabriel y Galán"	≤ 150	30	Casa-Museo Gabriel y Galán de Guijo de Granadilla (España)	600
Internacional de piropos a María	≤ 6	30	Real Cofradía y Hermandad franciscana de nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de los Dolores (España)	50

¹Los participantes tienen restricciones por edad.

²Los participantes tienen restricciones por nacionalidad, país de residencia.

³Los importes indicados corresponden a la transformación a euros desde otra moneda y están sujetos a cambio.

Ensayo, crónica e investigación

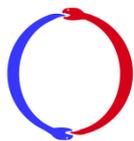
Convocatorias de ensayo, crónica e investigación que se cierran en abril de 2021

Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía (€)
Nacional de crónica joven Ricardo Garibay ^{1,2}	80 a 200	2	Secretaría de Cultura del Gobierno de la República y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Hidalgo (México)	3 900 ³
Nacional de ensayo joven José Luis Martínez ^{1,2}	60 a 120	2	Secretaría de Cultura del Gobierno de la República y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco (México)	2 750 ³
Razón abierta 2020-2021	3000 a 8000 palabras	12	Universidad Francisco de Vitoria (España)	25 000, 25 000
"Virgen del Carmen". Libros		22	Armada española	4 500
Ensayo Miguel de Unamuno	≥ 100	30	Ayuntamiento de Bilbao (España)	6 000

¹Los participantes tienen restricciones por edad.

²Los participantes tienen restricciones por nacionalidad, país de residencia.

³Los importes indicados corresponden a la transformación a euros desde otra moneda y están sujetos a cambio.



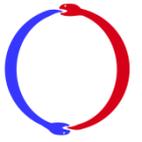
Otras convocatorias

Otras convocatorias que se cierran en abril de 2021				
Premio	Páginas	Día	Convoca	Cuantía [€]
Teatro y guion				
Nacional "Calamonte joven 2021". Textos teatrales ^{1,2}		5	Ayuntamiento de Calamonte (España)	630, 360
"Jorge Cuadrelli" a la dramaturgia teatral	≤ 80	14	Viento Sur Teatro (España)	200
Iberoamericano de dramaturgia Atizar	1h a 1h40 m	20	Atizar, Asociación para el fomento de la práctica teatral en niños, adolescentes y adultos (España)	1 500, 1 000
Microteatro "Itinerantes" Ciudad de Cabra ²	10 a 17 minutos	30	Compañía "La intriga teatro" (España)	700
Cómic e ilustración				
Nacional de novela gráfica joven ^{1,2}	40 a 75	2	Secretaría de Cultura del Gob. de la República y Secretaría de Cultura del Poder Ejecutivo del Gob. de Querétaro (México)	3 900 ³
Nacional "Calamonte joven 2021". Cómic ^{1,2}	≤ 6	5	Ayuntamiento de Calamonte	450, 336
Género epistolar				
Cartas de amor "Ciudad de Torrelavega"	≤ 700 palabras	9	Ayuntamiento de Torrelavega (España)	1 000
LIJ				
Nacional "Calamonte joven 2021". Cuento infantil ^{1,2}	6 a 15	5	Ayuntamiento de Calamonte (España)	430, 335
Nacional de literatura. Infantil y juvenil ²	obra publicada	16	Ministerio de Cultura (Perú)	2 300 ³
Relatos científicos infantiles "Ciencia-me un cuento"	400 a 1700 palabras	18	Sociedad de Científicos Españoles en Reino Unido	230 ³
Avelino Hernández de literatura juvenil	80 a 120	30	Ayuntamiento de Soria (España)	6 000
Periodismo				
Nacional de periodismo gastronómico "Álvaro Cunqueiro"	obra publicada	12	Ayuntamiento de Lalín (España)	3 000
Periodismo Dionisio Acedo	obra publicada	15	Diputación Provincial de Cáceres (España)	3 000
Ortega y Gasset de periodismo	obra publicada	30	Ediciones El País (España)	15 000
Traducción				
Beca de traducción IDARTES ²		30	Instituto Distrital de las Artes (Colombia)	2 100, 2 100 ³

¹Los participantes tienen restricciones por edad.

²Los participantes tienen restricciones por nacionalidad, país de residencia.

³Los importes indicados corresponden a la transformación a euros desde otra moneda y están sujetos a cambio.



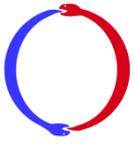
Crucigrama

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2				■				■			
3			■						■		
4		■									
5						■					
6	■				■						■
7							■				
8						■				■	
9			■						■		
10				■				■			
11						■					

Solución

Horizontales. **1** Benjamín, seudónimo de John Banville. Víctor....., director de *El Sur*. **2** Unidad eléctrica. Función que devuelve la parte entera de un número. Bóvido de Asia. **3** Consonante repetida. Dispositivo codificador-descodificador. Letra griega. **4** *El*, novela de Giuseppe Tomasi. **5** Al revés, expresiones artísticas. En cierto sentido, uno de los estados naturales del agua. **6** Al revés, ácido de la aspirina. Obedece una orden. **7** Joseph, autor de *El corazón de las tinieblas*. Materia. **8** Organismos, instituciones. Supercomputador de 2001, *una odisea del espacio*. **9** Símbolo químico. Isla de Indonesia. Unidad de capacidad. **10** Antiguo nombre de Tokio. Abreviatura matemática. Los tres iguales en una pieza de puente o dique colocada a contracorriente. **11** Composición poética de tipo religioso. Welles, director de *Sed de mal*.

Verticales. **1** Pasternak, Nobel ruso de literatura. Planeta enano del cinturón de asteroides. **2** Código IATA del mayor aeropuerto de Londres. Protesta ruidosa de una manifestación. **3** Franja horaria. General de la Guerra de Secesión y después presidente de EE. UU. Sufijo químico. **4** Película musical con Liza Minnelli. **5** Ciudad japonesa, la del protocolo. Amparo, protección. **6** Centro de la mitológica griega, de famosa caja. Prefijo de origen latino. Nota musical. **7** Al revés, un tipo de mechón de pelo. Prefijo de origen griego para designar igual, idéntico. **8** Un cefalópodo. **9** Una latina, la otra griega. Sobra de un corte. Naipe de la baraja. **10** Orificio intestinal próximo al estómago. Gran dirigente comunista chino. **11** Al revés, científico que descubrió la Ley de la Elasticidad. Edgar Poe, autor de *El cuervo*.



Damero

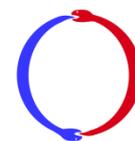
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

<u>51</u>	<u>47</u>	<u>15</u>	<u>38</u>	<u>29</u>						Pánico, terror
<u>26</u>	<u>6</u>	<u>50</u>	<u>56</u>	<u>28</u>	<u>32</u>	<u>13</u>	<u>11</u>	<u>54</u>		Copiante, escribiente
<u>7</u>	<u>25</u>	<u>45</u>	<u>44</u>	<u>4</u>	<u>36</u>	<u>21</u>				Cepillo con asta para blanquear paredes
<u>9</u>	<u>46</u>	<u>24</u>	<u>12</u>	<u>19</u>	<u>8</u>	<u>55</u>				Ejecutor de órdenes con uso de la fuerza
<u>53</u>	<u>37</u>	<u>40</u>	<u>27</u>	<u>22</u>	<u>42</u>					Un meteoro
<u>17</u>	<u>1</u>	<u>41</u>	<u>30</u>	<u>33</u>						Satélites
<u>18</u>	<u>35</u>	<u>16</u>								Una constelación
<u>49</u>	<u>52</u>	<u>2</u>	<u>5</u>							Noveno

Texto: pensamiento y su autor.

Clave, primera columna de definiciones: edificio anexo a otro para diversos usos.



La primera vuelta al mundo: cuando el océano une

Este mes de marzo concluye una excelente exposición que conmemora el quinto centenario de la primera vuelta al mundo que inició Magallanes en 1519 y concluyó Elcano tres años después, en una de los viajes más épicos de la historia de la humanidad, no solo por lo que significaba, la constatación de la forma y la extensión del mundo que habitamos, sino por las circunstancias que rodearon la travesía y la época en que se desarrolló.

Es obvio que la importancia de todo lo anglosajón, que ha actuado como una losa para tratar de minimizar, despreciar y desprestigiar todo cuanto ocurrió antes de que ellos se dedicasen a la exploración del mundo, ha tenido como consecuencia la reducción de un proyecto incomparable hasta ese momento a casi el olvido.

El Instituto Geográfico Nacional ha venido presentando una importante muestra en su sede central que termina ahora y en la que hace un recorrido por los pormenores del viaje, una exposición que merece la pena visitar —aún hay algo de tiempo—, pero que, de no ser posible por las limitaciones en los desplazamientos impuestas por la situación de pandemia, puede recorrerse en parte desde casa e, incluso, descargar material muy interesante como mapas, dípticos, catálogo, etc.

Descargas de material (pulse en cada enlace para acceder a la descarga):

[Catálogo de la exposición](#)

[Díptico](#)

[Calendario 2020](#)

[Calendario 2021](#)

[Panel con el itinerario de la expedición](#)

Localización

Instituto Geográfico Nacional (Acceso por la Casa del Mapa)
C/ General Ibáñez de Ibero, 3. 28003. Madrid
Metro Guzmán el Bueno

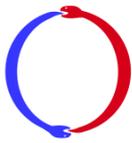
Visitas (entrada gratuita)

- Libre: de lunes a viernes, de 9 a 14 h.
- Guiada: previa solicitud al correo de reservas.

Es obligatorio el uso de mascarillas dentro de la sala

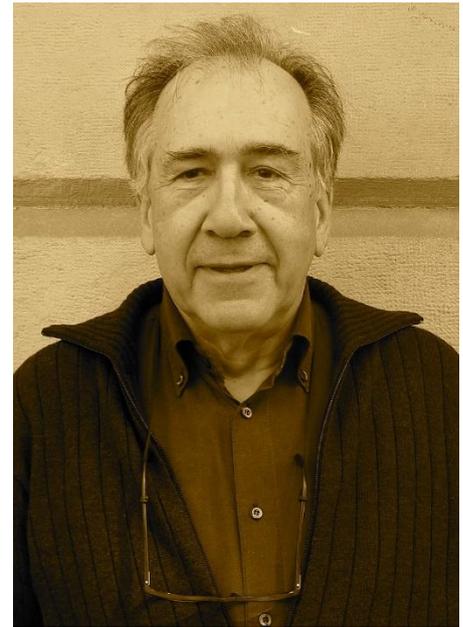
Fechas: de abril 2019 a 26 marzo 2021

Reservas e información: documentacionign@fomento.es



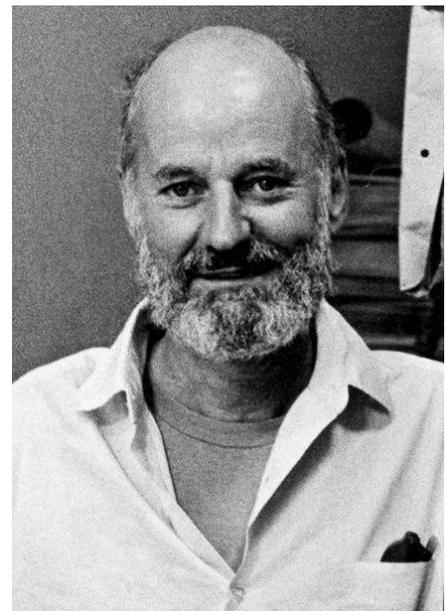
Obituario

Como ocurre en algunas ocasiones con el Premio Nobel de Literatura, el Premio Cervantes parece un broche de oro que reconoce toda una vida dedicada a las letras. No hay nada de malo en ello, salvo que, en ocasiones, llega al filo de la conclusión de esa trayectoria y, en otras, muy tarde. Ha fallecido el poeta ilderdense **Joan Margarit** (11/05/1938-16/02/2021) quien fue reconocido con el Cervantes de 2019, un galardón que le fue entregado en una ceremonia reducida casi a la clandestinidad por la pandemia. A este reconocimiento se suman una gran cantidad de premios a lo largo de su vida literaria, entre los que destacan el Nacional de Literatura de la Generalidad de Cataluña, el Rosalía de Castro y el Nacional de Poesía por *Casa de Misericordia* —estos en 2008—, el Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana de 2019.



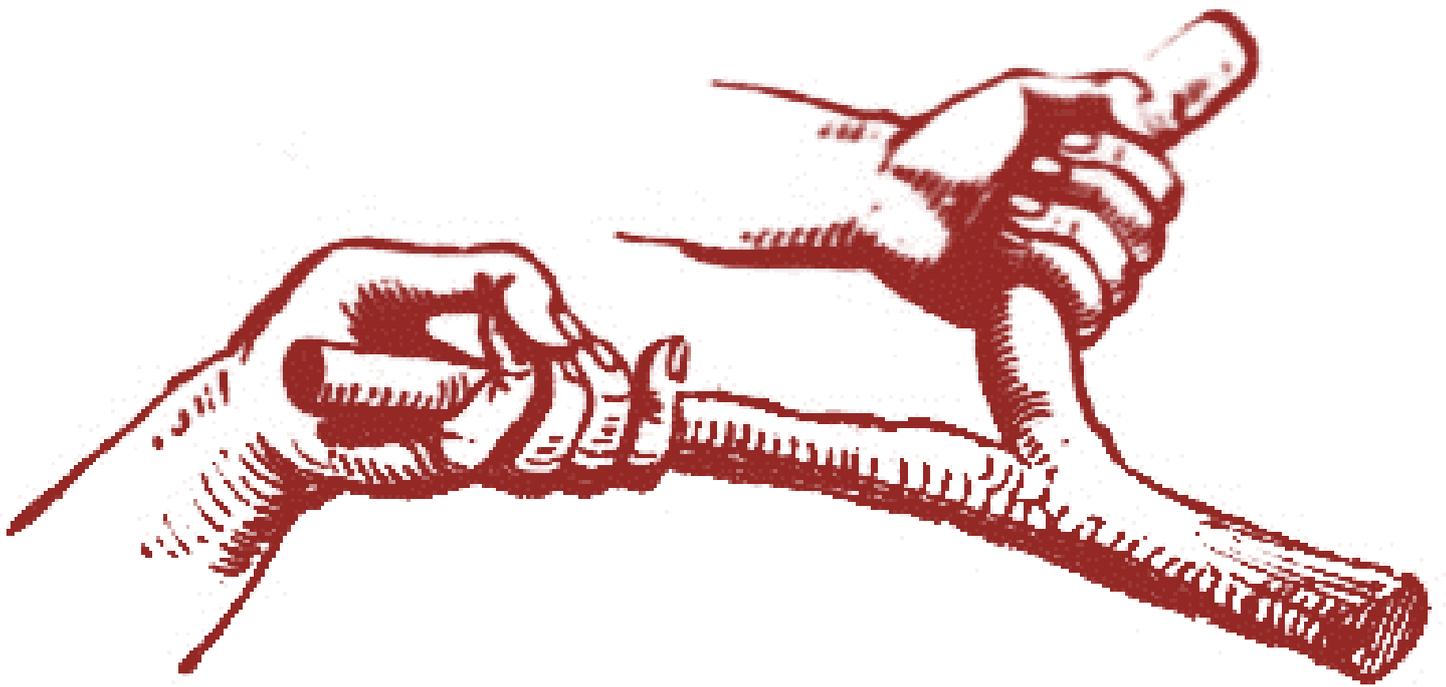
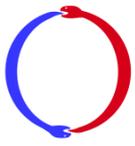
Ha fallecido el guionista coruñés **Juan Antonio Porto** (10/01/1937-16/02/2021) que era asiduo colaborador de cineastas como Pedro Olea o Pilar Miró. Fue autor, entre otros muchos, de los guiones de películas tan destacadas como *El crimen de Cuenca* o *Beltenebros* y también realizó diversos guiones adaptados como en el caso de la serie de televisión *La forja de un rebelde*, de Mario Camus o en el caso de la obra de Clarín *La regenta*, dirigida por Gonzalo Suárez. También es autor de diversos ensayos y textos sobre cinematografía, en buena parte, como fruto de su tarea docente en la universidad y en la Escuela de Cine de Madrid. Fue reconocido por el Consejo de Ministros de España con la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes en 2009.

Tras más de un siglo de vida, nos ha dejado **Lawrence Ferlinghetti** (24/03/1919-22/02/2021), neoyorkino, poeta, traductor, periodista y, sobre todo, editor de la *beat generation*, un movimiento de escritores estadounidenses forjado en la década de los cincuenta del siglo pasado, que cuestionaba los valores tradicionales de la cultura de Estados Unidos. En 1952 creó en San Francisco la librería y editorial City Lights, donde publicó sus propias obras y las de otros autores de la *beat generation* como Allen Ginsberg (03/06/1926-05/04/1997) o Jack Kerouac (12/03/1922-21/10/1969). Recordando su paso por la Sorbona, como muchos de los bohemios de la posguerra que veían París como el lugar anhelado, dijo en 2006 en una entrevista en *The Guardian*: “Si acaso, fui más el último de los bohemios que el primero de los *beat*”.

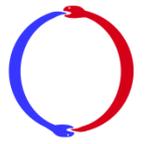




Nuevos horizontes



Zahorismos, ecos del pensamiento



Pedro Sánchez Sanz

En los últimos instantes de la vida, ante el umbral de la muerte, sólo nos acompaña lo inefable.

En un futuro, quizá no muy lejano, habrá una primera lápida en el planeta rojo que diga:

Fulanito de tal

Nacido en la Tierra

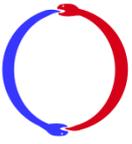
Muerto en Marte

Uno viaja para ser horizonte. Regresa para ser huella.

Un tipo se mira al espejo y comprende que su metro noventa de esqueleto y sus cien kilos de carne, una vez muerto e incinerado, cabrán en una caja de galletas.

En el poema, a veces, una palabra tiene forma de piedra en el zapato.

Si no caminas alguna vez al filo del acantilado o sobre hielo quebradizo, si no te asaltan a menudo pensamientos negros en tu pulcra rutina, no eres persona de mi interés, ni personaje literario apetecible.



Uno lleva la muerte dentro y cuando llega el momento, ella elige el lugar donde abandonar el cuerpo.

A pesar de las apariencias, la existencia no es una ciencia exacta.

La vida es un rumor en la niebla.

Un pájaro pasa raudo ante la ventana. Corta el pensamiento. El tiempo se hace sordo y mudo. Recomenzar es abrir esa ventana.

La palabra entra en mi boca como hostia de la misa diaria. De mi lengua gotean sólo versos llenos de pecado.

La esencia de cualquier perturbadora ausencia es que deja un vacío de sólida presencia.

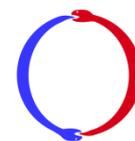
Hay paisajes ante los que sentimos el poder de su fuerza telúrica. De allí fuimos arrancados y nos conmina a volver, como animal domesticado que reconoce los aromas y perfiles de su hogar primigenio.

Las cartas en el fondo del cajón; testigos incómodos de que una vez fuimos repudiados o admirados, odiados o amados.

El heroísmo occidental está basado, a grandes rasgos, en la fuerza, el golpe de efecto y el orgullo viril. En definitiva, es un heroísmo épico. Sin embargo, el heroísmo oriental está cimentado en la destreza, el pensamiento constructivo y el honor. Es un heroísmo ético.

Aristóteles decía que en la mano reside el alma. Con un apretón de manos sellamos una unión de almas, en las caricias derramamos el alma por el cuerpo deseado, en la confrontación un puñetazo es la descarga del alma que nos hace desalmados. ¿Destilan mis manos gotas del alma al escribir estas palabras?

Sabrás que estás vivo, y de ese mismo asombro vivirás, cuando aún veas latir tu carne en el espejo.



Los objetos perdidos. Libros que han dejado un vacío en los estantes, poemas y cartas ocultos en cajones atascados, juguetes de infancia en laberintos de cajas en desvanes. Quizá algún día afloren, salgan a la luz, sin más, como algunas personas que van y vienen, entran y salen de nuestra vida, con la naturalidad del oleaje.

El amor es segunda piel que nace callando.

Mirando un pétalo de rosa ahogado en el barro. La pureza en la corrupción. La máxima aspiración posible.

La niebla oculta el mundo conocido, cotidiano, manido, inamovible, tedioso. Ese velo intangible nos obliga a movernos por intuición, a vislumbrar otra verdad menos definida pero más intensa, como las ramas de los árboles de invierno contra la niebla, nervaduras, delicados encajes en un traje de gasa.

La luz de primavera instauro su ley cruel. Nos paraliza su golpe fecundo que todo lo alcanza. En el cielo las golondrinas revolotean arrojadas en sus gritos de miedo.

¡Qué desesperanza de río desbordado! ¡Qué desesperanza de aguas estancadas!

La página en blanco se presenta como un campo por abonar. Aventamos las palabras como semillas muertas, una tras otra, atropelladas. Decir es una aventura imposible.

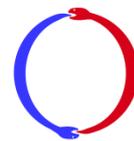
Es el placer disfraz de carnaval sobre el cuerpo herido de la memoria.

La moral es una señora muy gruesa que patina sobre una capa de hielo muy fina.

Con la urgencia de un zahorí buscamos sin descanso el manantial primero. Quizás muramos ahogados en él sin saberlo. Sólo importarán entonces los pequeños hallazgos de la búsqueda.

Maldito gato

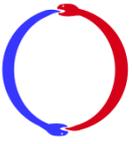




Manuel Monterrey
Ilustraciones de Teresa Toscano

Para los de la generación de la EGB, California representa Eldorado y somos muy pocos los que hemos llegado a estar allí. Soy profesor universitario e iba a moderar un Congreso de Inteligencia Artificial en Las Vegas. Pensé que sería buena idea viajar unos días antes y aprovechar para conocer California, que estaba a unas pocas horas en coche. Aterricé en Los Ángeles con un día de retraso por amenaza de bomba en mi vuelo, por lo que cuando fui a recoger el coche de alquiler descubrí que se había evaporado. Me saldría al doble de precio, pero acepté con deportividad. Metí las cosas en el maletero y arranqué hacia Eldorado. Empleé una hora en llegar a mi motel en el 6344 de Eastern Avenue. En el *office*, el recepcionista —que era gótico— me indicó que también había perdido la habitación que tenía reservada y ya no tenía ninguna libre hasta el mes siguiente. Tomé una decisión drástica: conduciría por la carretera costera buscando cualquier lugar para dormir que me llamara la atención.

Por la interestatal 101, fui recorriendo diferentes lugares míticos como Santa Mónica, Malibú, Santa Bárbara... Por el camino fui picando unos arándonos que había comprado en la carretera y que me sirvieron para reponerme un poco, ya que no había probado bocado en las últimas cinco horas. Finalmente, hacia las diez de la noche, llegué a un lugar llamado San Luis Obispo, donde decidí parar en un motel a la entrada del pueblo. Tras una ducha reparadora, me dirigí al McCarthy's a tomar



algo. Era sábado y estaba hasta los topes. Ocho pantallas de televisión emitían partidos de fútbol americano, boxeo y béisbol, aunque nadie miraba para ellas. Con el pastoso *Call me maybe* como música de fondo, fui hacia la barra y pedí una Guinness. Tras un par de horas de amable conversación con el camarero croata, me di cuenta de que estaba muy cansado. Salí hacia el *parking* situado frente al *pub* y, al abrir la puerta del coche, del interior brotó un fuerte olor proveniente de los arándanos, que estaban fermentando por las altas temperaturas de todo el día. Arranqué, di la vuelta a la manzana, y a mi espalda vi un coche de policía que me hacía señales con las luces. Me detuve. Dos agentes de la oficina del *sheriff*, con su estrella y todo, se bajaron y se dirigieron hacia mí parsimoniosamente. Tras saludarme educadamente, me pidieron que saliera del coche.

—*Do you feel this smell?* —Los arándanos buscándome la ruina.

Intenté explicarles que no llevaba bebidas alcohólicas en el coche y que el olor era debido a unos arándanos que había comprado a las afueras de Santa Bárbara, etc., etc., etc.

—Vale, majo —me vinieron a decir—. Sopla aquí.

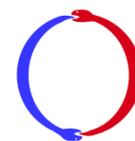
Continué con mi empeño de convencerles de que todo aquello era un error.

—Cállate y sopla.

Segunda parte del test. Me obligaron a poner las manos en la nariz como cuando hacías burla de pequeño a tus amigos, a subir una rodilla, a caminar en línea recta con los brazos en cruz y otros variados ejercicios gimnásticos. Poniendo un enorme interés en hacer los complejos movimientos de una manera correcta, me crucé de brazos cuando terminé esperando el veredicto de mis examinadores.

—*Turn round and put your hands on your back.* —Me esposaron y me metieron de cabeza en el asiento de atrás del coche policial.

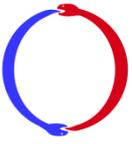
Apenas diez minutos más tarde llegamos al *parking* subterráneo de la *San Luis Obispo County Jail*. Me llevaron a una sala donde me hicieron una fotografía frontal y dos de perfil sosteniendo un cartel con mis iniciales y mi apellido. Me quitaron casi todo lo que llevaba encima y solo me dejaron la camisa, los calzoncillos y unas bermudas que me quedaban flojas y que tenía que agarrar para que no se me cayeran. La sala principal del edificio tenía forma circular y en el centro se situaba un puesto de control con ocho o diez calabozos a su alrededor. Al fondo, una pizarra ya mostraba mi apellido y la celda asignada, la número cinco. En ese momento, un agente con acento escocés y pinta de buena persona me condujo hacia mi celda. Eran unos cuatro metros cuadrados con aspecto de quirófano y un banco para sentarse, una taza de váter y un teléfono. El silencio era absoluto porque la celda estaba insonorizada. La puerta tenía un cristal desde donde solo se podía ver el puesto



de control. Allí, una funcionaria embarazada miraba hacia una pantalla de ordenador con gesto aburrido y sin levantar la vista. La cabina estaba hecha de paneles prefabricados de color gris, pero una nota de color llamó mi atención. Era un gato dorado de esos que venden en los bazares chinos, que movía incansablemente su brazo izquierdo arriba y abajo, arriba y abajo. Parecía que aquel gato me estaba diciendo hola desde su posición privilegiada sobre el cogote de la funcionaria.

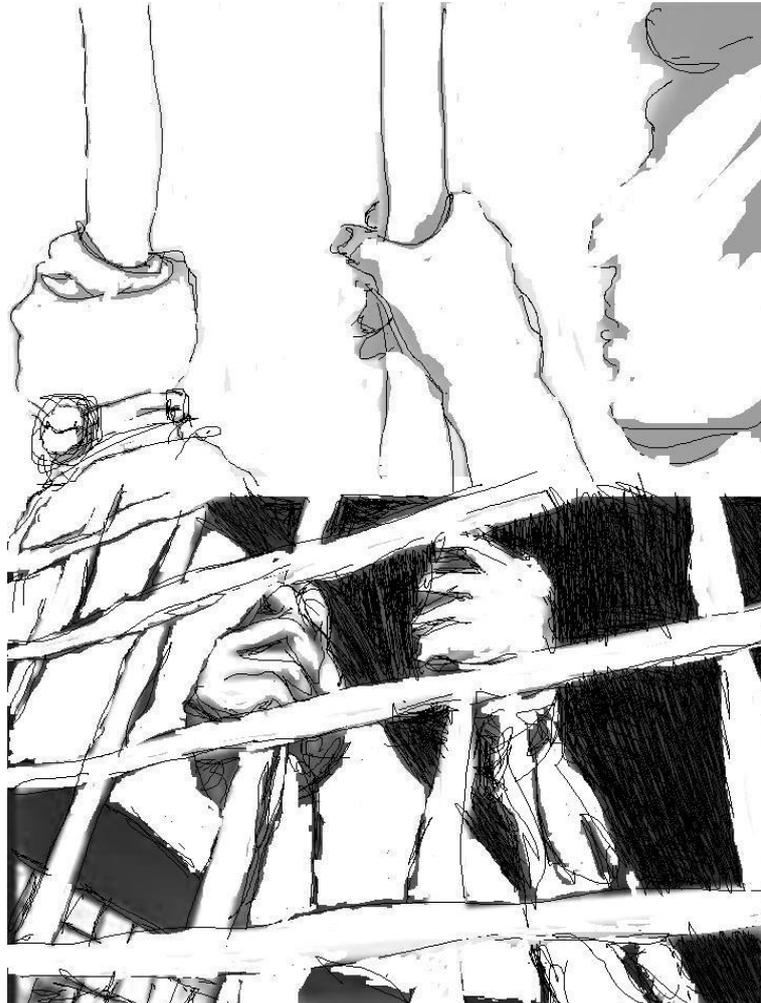


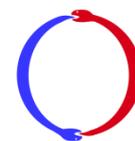
Debía de llevar un par de horas allí dentro cuando mi puerta se abrió. Era Hoogan, el *warden* escocés, que me traía una visita en forma de compañero de celda. Se llamaba Anthony, era mexicano y estaba borracho como una cuba. En un instante, se abalanzó sobre el banco y se echó a dormir encima, por lo que ya no pude sentarme más. Tenía los pies helados, pero ahora ni siquiera podía ponerlos sobre el banco para calentármelos con las manos. Entonces tuve un serio ataque de claustrofobia. Empecé a aporrear la puerta a base de puñetazos y patadas. Enseguida vinieron Hoogan y Justin, un agente malencarado con aspecto de *geyperman*. De repente y sin saber cómo, mis piernas dejaron de ejercer su función y me desplomé en el suelo con el cuerpo paralizado. Me habían soltado una descarga con una pistola Taser. Completamente aturdido, me llevaron a otra celda (la nº 4), situada al fondo de



la sala. La cuatro era la *nevera*. Allí iban los más revoltosos y era similar a la otra, pero con una temperatura interior endiabladamente más baja. Empecé a tiritar en contacto con el frío hormigón del suelo. Agarré dos bolsas de papel de la bandeja y me las puse en los pies para intentar atenuar mi tremenda tiritona. Me tomé un respiro. Con el papel que me habían dado a mi ingreso me entretuve recortando unas letras. Una vez acabadas, puse las letras en el suelo junto a la puerta de manera que mi frase se pudiera leer desde fuera: *SPANISH PRIDE*. Todos los agentes dirigieron sus miradas hacia mí y se empezaron a reír. A esas alturas, tenían la certeza de que yo estaba completamente loco.

El brazo del gato no cesaba de subir y bajar, los *wardens* seguían a lo suyo y la embarazada continuaba embelesada en su pantalla de ordenador. Pasó una hora más y, tras simular un infarto para intentar captar la atención de mis captores con nulo éxito, me devolvieron a la celda número cinco. Anthony había despertado y empezó a contarme que ya había estado en prisión doce veces antes, algunas por fumar en un lugar público y otras por caminar ebrio. Le pregunté cuál era la función del teléfono que había en las celdas. Me explicó que era para llamar a un *bailbond*, uno de esos fiadores profesionales que pagan tu fianza y te cobran una comisión por hacerlo. Son las únicas personas del exterior con las que te puedes comunicar durante tu estancia en esta cárcel.





—OK. ¿Y cómo puedo contactar con un *bailbond*?

—Aquí —Anthony señalaba una placa pegada en la pared— podrás encontrar los teléfonos de varios *bailbonds*.

La placa con los números estaba a tal distancia del teléfono que había que memorizar cada número para poder llamar, ya que el cable rígido antisuicidio del aparato no llegaba hasta la placa. Estuve intentándolo durante más de media hora, pero nadie cogía el teléfono. Además, me liaba con los números porque estaba terriblemente nervioso. Miraba hacia afuera y allí estaba el puñetero gato chino, al que comencé a ver con otros ojos, unos ojos de odio larvado. Mientras él continuaba afanado en su saludo marcial, metódico y hitleriano, yo no daba una a derechas entre aquellas cuatro paredes acompañado de un mexicano resacoso, sin saber nada del exterior ni de lo que iba a pasar conmigo. Al otro lado del cristal se cruzó un grupo de presos con las manos a la espalda y dos guardias custodiándoles. Uno de los presos, con melena leonada de mechchas amarillas, gritó divertido:

—*The Queen has come!*

Parece ser que mi forma de cruzar las piernas sentado en el banco no denotaba mucha hombría. Lo que me faltaba, ahora cogía fama de gay. En fin..., seguí a lo mío. Tras media hora de intentos, al otro lado del teléfono alguien descolgó el auricular. Era Steve Barstow, mi *bailbond*.

—Qué fianza te han puesto? — me preguntó Barstow.

—No tengo ni idea —le respondí.

—Es sencillo: solo tienes que revisar el papel que te entregaron cuando entraste en prisión. Ahí te lo especifica. ¡Vaya!, ese papel estaba formando parte del *SPANISH PRIDE* de la *nevera*.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. —Barstow comenzaba a negociar.

—Calculo que tu fianza será de unos 5 000 dólares. Yo te cobro 1 000 por sacarte de ahí.

Jamás me hubiera imaginado metido en una negociación así, pero puestos a ello, tiré para adelante:

—Te doy 1 500 dólares si me sacas en menos de 24 horas.

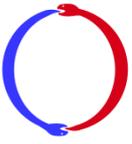
—OK.

—Pues anota el número de mi mujer en España y ella te enviará el dinero.

—¿Y cuánto me costará la llamada?

—¡Y yo qué coño sé! Llama a cobro revertido.

Al poco, Hoogan abrió la puerta de la celda y me hizo salir con las manos a la espalda. Me condujo a una esquina donde había un mostrador



delante de un enorme ropero lleno de prendas de vestir de color naranja. Tras el mostrador, el agente Justin —el *geyperman*— me preguntó por mi número de zapatos. Le dije que calzaba el 47 y puso tremenda cara de póker.

—Pruébate estas. —Me dio unas *crocs* como las de Wild Frank que me quedaban bastante cómodas.

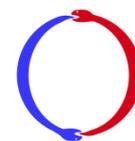
—Ahora desnúdate y mete tu ropa en esta bolsa. Ponte esto y cuando termines avísame.

Justin me entregó unos calzoncillos destensados, unos pantalones de color naranja y una camisa sin botones de cuello de pico y manga corta, todo ello en el mismo tono. La embarazada ya no estaba y en el cambio de turno había venido una agente de policía más joven que tecleaba su ordenador bajo la atenta mirada del gato nazi, que allí seguía como si nada, dominando la situación desde su atalaya, donde se sabía fuerte. Aunque tapaba mis vergüenzas con las manos, nadie parecía estar preocupado por escrutar mi físico. Una vez uniformado de naranja, avisé a Justin. Me ordenó que me pusiera una pulsera de plástico verde y que le siguiera con las manos a la espalda. Llegamos a una mesa junto a la que había un preso con la cabeza afeitada y tatuada y un bigote tipo minero polaco. Su pulsera era de color rojo. Mientras esperábamos, observé una puerta de cristal que comunicaba con una especie de pabellón en el que todos los presos lucían pulseras rojas. Entonces, me abrieron la puerta de otro pabellón de dos pisos y forma triangular en la que unos doscientos internos se dedicaban a actividades diversas. Unos jugaban a las cartas, otros realizaban paseos concéntricos y los menos descansaban tumbados en las literas. A la entrada me encontré con Anthony, que ya lucía su pijama naranja reglamentario. Éramos la novedad y por tanto el centro de todas las miradas. En la primera mesa de la zona común, un grupo de presos jugaban al póker. Para mi sorpresa, uno de ellos era el de la melena leonada, que después de mirarme unos segundos, me guiñó un ojo entre las risas de sus compañeros.

—Anthony, no te separes de mí porque no sé qué me puede hacer esta gente.

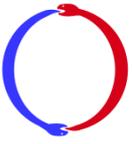
—Tranquilo, güey, que Anthony está aquí *pa* defenderle.

Mi litera era la número 30 y Anthony escogió la 29, que estaba sobre la mía. Cada litera tenía una colchoneta de aproximadamente 1,70 m de longitud y una tosca manta gris de mezclilla. Como no nos daban almohada, teníamos que enroscar un extremo de la colchoneta para tener más elevada la cabeza. El resultado era que los presos altos como yo (casi 1,90 m) debíamos dormir con las piernas apoyadas directamente sobre la chapa metálica de la litera. Al fondo había una puerta que daba al exterior. Era la yarda, una especie de patio con paredes altísimas donde los presos describían movimientos circulares para estirar las piernas que recordaban a los peregrinos de La Meca.



Los presos se organizaban en dos comunidades: los paisas o chicanos, y los americanos. Efraín era un mexicano de 42 años y tamaño descomunal que llevaba un año y medio esperando juicio. No tenía dinero para pagar la fianza que le impusieron por tráfico de drogas. Por su carisma, fue elegido *Big Paisa*. En la otra comunidad, Jamie era el *Big American*. Era un chico de unos treinta años que llevaba recluso más de dos por un delito de robo con violencia. Al tratarse de una cuestión meramente económica, había muchos más presos *paisas* que *americans*, ya que estos últimos solían pagar la fianza sin problemas. El resultado era que el idioma oficial de la cárcel de SLO es el español. O, mejor dicho, el *paisa*. Me costó un cierto tiempo entender la jerga que hablaba aquella gente hasta que confeccioné un pequeño diccionario español-*paisa* que me ayudaría a comunicarme con mis compañeros. Fue entonces cuando descubrí que un culero es un malo, que poner en la madre significa pegar una paliza o que un burrero es un traficante. Estas palabras me serían de escasa utilidad en mi plácida vida europea, pero allí resultaban esenciales para mi supervivencia.

Estábamos bien situados. Efraín ocupaba la litera nº 28 y Jamie, la 32. Mi padre siempre me dijo que convenía estar cerca del poder. Miré a mi alrededor y vi que era el único preso con pulsera verde. El resto tenía pulsera azul. Según Anthony, el color de la pulsera indicaba el nivel de



peligrosidad de su portador. Los reclusos con pulsera roja, que ocupaban el pabellón de al lado, estaban acusados de cometer delitos de sangre e incluso, algún asesinato. Sospeché que la pulsera verde nos la daban a los chiflados. Me senté sobre mi litera y me puse a revisar las “*Reglas para los preso (sic). Spanish Edition*”. Algunas eran delirantes “Usted no ascenderá sobre paredes, ventanas o puertas”, “Usted no participará en ningún intento de escapeo (sic)” o “Usted no tocará o ajustará la televisión”. Conviene recordar que la pantalla de plasma estaba a unos cuatro metros de altura. Absorto en mis reflexiones, no reparé en que el *Big Paisa* me estaba haciendo señales para que fuera hacia su litera. Una vez allí se formó un corrillo y con gran misterio alguien sacó una pequeña bolsa de plástico con una especie de pasta de color parduzco.

—*Paisa*, huele esto. —El *Big Paisa* era el único que me tuteaba, luciendo galones.

¡Olía bien! Estaban haciendo sidra a base de fermentar trozos de la manzana que nos daban de postre. Ya era uno de ellos y me habían aceptado en el club de los destiladores clandestinos, lo cual supuso un verdadero honor para mí. Estaba en la élite de la prisión. De repente, se escucharon ruidos de pelea, insultos y gritos en el piso de arriba. La puerta se abrió y tres *wardens* entraron como toros bravos y se dirigieron veloces hacia el foco del conflicto. Ración de Taser y problema solucionado. Los revoltosos eran *americans*, por lo que Jamie, el *Big American*, tuvo que negociar con los *wardens* el castigo por aplicarles. Deduzco que no debió negociar muy bien, porque a partir de ese momento las puertas de la yarda permanecieron cerradas para todos. Llegó la hora de dormir y los internos se dirigieron atropelladamente hacia el baño comunitario con sus cepillos de dientes y sus pastillas de jabón. El ser cinéfilo me hizo dejar para otro día el tema de mi higiene personal y me tumbé en la litera. Una vez estuvieron todos acostados, alguien gritó:

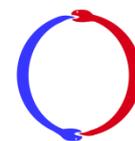
—¡Señores, buenas noches! —En español.

—¡Buenas noches! —contestaron todos, *paisas* y *americans*, también en español.

Para no ser menos, imbuido por el espíritu patriótico, me uní al coro:

—¡Viva España! —Nadie contestó, lo que hizo sentirme como un panoli.

Pasé la noche en duermevela, pero reconfortado por sentirme protegido por mis nuevos amigos. El concierto de viento y la sinfonía de olores nocturnos consiguieron distraerme de mis pensamientos negativos. A la mañana siguiente, después del desayuno, empecé a desplegar mis dotes interpretativas para hacerme pasar por un periodista español que estaba haciendo un reportaje para un periódico de España. Los internos comenzaron a arremolinarse a mi alrededor, ansiosos por contarme sus



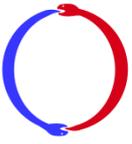
historias. Leandro era un verdadero artista con el lápiz. Mientras entrevistaba a sus compañeros, me hizo un retrato manejando con destreza el carboncillo. Era un hombre de unos 65 años que llevaba casi dos en prisión a la espera de juicio. Unos coyotes —pasadores de frontera— le habían engañado y le abandonaron a su suerte después de cobrarle 8 000 dólares por sus servicios. Carne de cañón para los *border patrols*.

—Yo ya soy abuelo. —Lucas tenía apenas 35 años y también me contaba orgulloso su historia.

—Sí, y mi nietecita de cinco meses luce así de linda. —Me mostró una fotografía arrugada—. Y esto es cuando la fiesta de quince años de mi segunda hija.

Inenarrable estética mexicana y retratos de personas absolutamente felices. Cada vez me interesaban más aquellas historias tan lejanas a mí en la distancia y en el tiempo: pequeños traficantes, incautos que creyeron en el gran sueño americano, víctimas desgraciadas de un sistema que castiga al que no es rico... Seguía tomando notas y rompiendo barreras culturales.





A última hora de la mañana llegó el *Big Paisa*. Venía del juzgado y en un momento todos comenzaron a vitorearle por la buena noticia de su puesta en libertad al día siguiente. Le abracé para felicitarle y me sonrió agradecido. Me dijo algo al oído que no alcancé a escuchar.

—Tú sales antes que yo.

—¿Qué dices?

—Traigo información de *la corte*. Han llegado tus 6 500 dólares de España y tú sales hoy mismo.

Justo en ese momento dijeron mi nombre por los altavoces. Me venía a recoger mi abogada porque era cierto, me iban a soltar. La prisión estalló en un aplauso y mis amigos también se abrazaron a mí. Lloré como un niño. Me habían robado el corazón y creo que yo también a ellos. Ya era un *paisa* para siempre.

Hoy hace un año de mi aventura californiana y aquí estoy, en España, tomando una hamburguesa con mi hija María. La verdad es que está rico el *Big Mac* que me estoy zampando. Pero... ¿qué es aquello del mostrador?

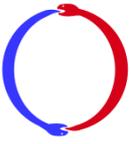
—Espera un momento, hija, que tengo que hacer una cosa...

—¿Se te olvidó el ketchup? Papá, ¿qué haces?, ¿te has vuelto loco?

“Un individuo de 50 años es trasladado a las dependencias policiales tras protagonizar un escándalo en una hamburguesería. Al parecer, la trifulca se originó cuando el detenido, que parecía tener perturbadas sus facultades mentales, saltó el mostrador del establecimiento y se abalanzó sobre una pequeña figura china de gato de la suerte, que arrojó contra el escaparate y pateó con inusitada violencia. El individuo, que no opuso resistencia en el momento de su detención, repetía insistentemente dos palabras en inglés: *SPANISH PRIDE* (orgullo español)”.

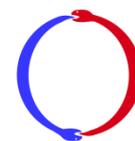
10 minutos en el infierno



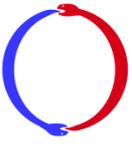


Gabriela Quintana

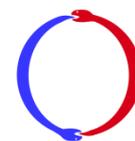
El apartamento estaba inmundo. El olor putrefacto que azuzaba su cuerpo parecía provenir del patio contiguo. Al acercarse a la ventana, percibió cómo emanaba, itinerante, desde el fondo de un corredor que unía a varios hogares del edificio, ese extraño hedor. Se asomó, y observó desde la planta baja hacia arriba del edificio cómo todas las ventanas estaban salpicadas de variopintas ropas, suspendidas en tendederos, recién lavadas. «Deben estar ahora malolientes», pensó. Una familia había dejado el apartamento dos días antes de que ella se mudara. Las huellas de un pasado espurio se reflejaban en cada rincón como una cicatriz sin sanar. Las arañas surgían a través de sus tejidos por debajo de las camas y en lo alto de las paredes. Al ver pasar a Almudena, caminaban hacia un posible escondrijo. Miró de refilón todo el apartamento y se percató de que estaba recién reformado a pesar de los destrozos de los últimos inquilinos. Su mudanza se había tornado en borrar todo resto de incuria y desaliño, así también en reparar las roturas de muebles y muros que lo habían hundido en un evidente deterioro. La chica decidió empezar por la cocina. Cuando abrió un armario, se encontró con la primera intrusa. Tenía el aspecto de haber muerto ese mismo día, era grande. Refunfuñó con el estómago revuelto. Pasaron los primeros cinco días, y estos parecían haber transcurrido sin cambios visibles de las circunstancias. Ella destilaba juventud, sin embargo, el trabajo de acondicionamiento del lugar le rebasaba. En varias ocasiones, mientras caminaba por la casa, salía una enemiga, aquellas que dicen que resisten a los



peores bombardeos nucleares. Es posible que se trate solo de una leyenda urbana nacida del caos y confusión de una guerra, pero para ella esta situación era todo un acto de beligerancia. Las largas antenas que bailaban a cierto ritmo mientras se escabullían entre los muebles, reparaban enseguida en Almudena cuando se acercaba con el desinfectante. Podían sentir su aprensión. En determinadas ocasiones, ninguna de las partes experimentaba miedo, se confrontaban en el campo de batalla, una frente a otra, en un éxtasis que lo rodeaba todo y no les permitía darse a la huida. Sigilosamente, todos encontraban su lugar, moviéndose en los distintos espacios. El apartamento contaba con una estancia donde comedor y sala estaban tan cerca que casi se rozaban, junto con dos pequeñas habitaciones, cocina y cuarto de baño. Tanto ella como los invertebrados intentaban no cruzarse en sus respectivos caminos. La joven no cesaba de retirar los recuerdos de otros tiempos. Removió capas de cochambre en la cocina, como costras de una herida amalgamada con el paso del tiempo. El apartamento madrileño de treinta metros cuadrados recibía la medrosa luz del sol que no siempre osaba escudriñar por las ventanas. A medida que pasaban los días, se arrepentía de haber alquilado ese agujero. Razvan, el portero, le ayudó a colocar mosquiteros en las ventanas para alejar a los insectos y a todo animal rastrero. Poco a poco se iba creando un búnker en la planta baja. Casualmente, durante esas reparaciones, el portero se tomaba el tiempo para contarle la historia de su vida. Era un hombre alto y rollizo que había llegado a Madrid desde Rumania. La portería de este edificio fue el segundo trabajo que consiguió al inmigrar. El primero era de reformador de casas. El rumano le comentó a Almudena que seguía en contacto con su esposa, quien le había enviado a la hija de ambos a los pocos meses de haberse instalado en un pequeño piso. La esposa no quería dejar su casa y su país, razón por la que no estaban juntos. Al principio, trabajó arduamente por poco dinero, no obstante, la suerte había querido que consiguiera contratos de lugares muy dañados y viejos. Uno de ellos había estado infestado de chinches, las cuales aprendió a combatir. Cuando le ofrecieron el trabajo de portero en el edificio donde vivía Almudena, le incluyeron como prestación en su contrato un apartamento en el sótano. Este era amplio y luminoso a pesar de su ubicación. Tan pronto como empezó a acomodarse, descubrió una plaga de cucarachas mucho mayor que aquella con la cual estaba lidiando Almudena. Le comentó, entre conversaciones espontáneas en el portal del edificio, que durante la adecuación que también realizó a su apartamento, había derrotado a más de trescientas cucarachas. Nunca faltaban las cobardes que preferían la retirada momentánea, pero permanecían escondidas por los rincones. ¡Cómo contarlas! Imposible, le dijo el portero con aire fatigado. Le contó a la chica que se trataba de una plaga como no había visto nunca, que duró meses, como las pestes bíblicas de langostas en Egipto. El portero le aseguraba que todo estaría bien, podía estar tranquila, ya que



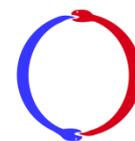
después de un mes no habría ninguna. Pasaron dos meses y ella no cesaba en la lucha. Por las noches, sentía un cosquilleo en las piernas, pensaba que era de tanto caminar por la ciudad debido a sus actividades y del trabajo de limpieza doméstica. Razvan había derribado todas las paredes de su casa, y no solo las mató con la escoba y a mazazos, también metió veneno. Utilizó todos los medios posibles para destruir ese ejército. Razvan terminó con su plaga, él solo, y después se acomodó a sus anchas, creyendo que nunca más volverían a ese edificio. Almudena no bajaba la guardia. En una ocasión, a media noche, despertó y encendió la lámpara de la mesita luego de sentir un movimiento extraño. Encontró ese bicho repugnante que la atisbaba, inmóvil, sobre el edredón, a la mitad de su cama. Cuando la chica escapó de su petrificación, salió de la cama de un brinco y se apresuró a buscar algo con que matarla. Ya comenzaba a soñar con ellas, sintiendo cómo se deslizaban por todo su cuerpo y recorrían su cara mientras dormía, pero no las detestaba hasta esa noche que se le apareció esa, gorda, grande y desafiante que parecía no tener miedo de nada. Volvió con una escoba y ahí, moviendo las antenas, esta se le enfrentaba. ¿Es que no pensaba fugarse?, ¿no sentía el movimiento humano que la obligaría a huir como a todas las de su especie? La noche era tibia, húmeda, el viento acariciaba las ventanas con ansiedad. De un solo golpe con el zapato que cogió a último momento, la mató. Se escuchó un crujido en el silencio de la madrugada. Le tomó mucho tiempo volver a conciliar el sueño. Esos animales, como se sabe, buscan el calor y la humedad de los lugares oscuros y, tal como los ratones o murciélagos, serpentean por las noches en busca de comida, le dijo Razvan al día siguiente. Mucho se ha hablado de su supervivencia, pocos saben que buena parte de ella se debe a que resisten a seguir con vida sin encontrar alimento porque se comen las unas a las otras. Algún código o gen debió cambiar al paso de los siglos, tanto así que de hambre no mueren: siempre habrá alguna por ahí que puedan comer, aquella que se sacrifique por la conservación de su especie. Razvan, en ocasiones, hablaba mucho con la chica y otras tantas, eran largos los momentos durante los que permanecía callado y solo observaba a la gente que entraba y salía del edificio. Toda la mañana, después de barrer la entrada, se la pasaba sentado detrás de un escritorio en el portal, saludando a los residentes. Una mañana, mientras la joven revisaba su apartado de correo, llegó una señora asiática a la que le pesaban los años. Saludó a Razvan y le obsequió unos churros para su desayuno, empero esto, no dejó su asiento para ayudarla a cargar sus bolsas del supermercado. No tenía atenciones con nadie. Aquel hombre de cabellos grises seguía colapsado a su silla viendo pasar a la gente. Razvan vivía solo desde que su hija se había mudado con el novio. A partir de entonces, se había vuelto muy reservado y raras veces salía de su casa. Un papel pegado en el muro de la portería anunciaba el día en que pasaría una empresa a fumigar. La anciana de la segunda planta solía charlar con Almudena mientras la chica paseaba a su perro frente al edificio.



La vieja celestina no hacía más que elogiar lo buen esposo que sería su hijo. La chica constantemente cambiaba de conversación, encaminándola a los desastres que encontraba en su pequeño apartamento. En una de esas charlas, la vecina le contó a la joven que el apartamento frente al suyo llevaba muchos años deshabitado y un día, mientras perseguía una cucaracha, esta se escabulló debajo de la puerta de esa casa. Luego de escuchar eso, la chica acompañó a la vieja mujer hasta allí y se dio cuenta de que estaba ubicado arriba del suyo, en línea recta en la segunda planta. Los bichos debían ocupar el desagüe para moverse de un apartamento a otro, se le ocurrió una tarde que revisaba todas las salidas de aire, agua y drenaje de su casa. La joven preguntó a Razvan si todavía, de vez en cuando, él encontraba alguna cucaracha en su casa o en el sótano. Siempre le negó ver alguna, en cambio, le contó lo que había sucedido con el apartamento vacío. Se sentó en la jardinera frente al portal y encendió un cigarrillo. Almudena observaba el humo mientras él hacía gestos de recordar la última vez que vio a alguien allí. Sí, dijo, ahora recuerdo..., un anciano vivía ahí antes de que yo llegara, falleció de vejez. Sus hijos viven en el extranjero, uno de ellos en Suiza. Después del entierro dejaron todo como estaba, muebles, ropa, todo, y no se ocuparon de nada. No le interesó a ninguno hacerse cargo del lugar, ni de reformarlo ni alquilarlo. No conozco el lugar por dentro, nunca lo he visitado. Llegué a vivir aquí una semana después del incidente y fue el administrador quien me puso al tanto. Almudena le preguntó si alguien había visitado el apartamento desde entonces. El portero le dijo que no, nunca había visto a nadie o preguntar por él. Está completamente abandonado y tampoco se ha fumigado. Almudena vio cómo encendió otro cigarro y cambió el tema de conversación. Las cucarachas grandes desaparecieron después de la fumigación realizada por orden del administrador. Y a las dos semanas Almudena encontró unas más, solo que ahora eran pequeñas y negras. Las grandes eran de la especie americana y estas, según aseguraba el portero, eran alemanas. ¿Cómo llegaron de lugares tan lejanos hasta Madrid?, se preguntaba la chica. Cansada de la pesadilla, decidió contactar al administrador para obtener detalles de cómo localizar a alguno de los nuevos propietarios del apartamento deshabitado. Estaba segura de que pronto acabaría con el problema. Pascual, un gallego al que habían elegido presidente de la comunidad por su rigor en cuanto a asuntos administrativos, representaba la tranquilidad de una vida ordenada para todos los vecinos a pesar de la displicencia con la que llevaba a cabo tal labor. Almudena tuvo dificultades en que le diera la información que necesitaba. Uno de los dueños había regresado a vivir a Madrid y con ello, pagado todas las deudas del apartamento. La chica no tardó en contactar a Simón, con quien fijó una cita para visitar la casa que había heredado. Cuando abrieron la puerta una araña cayó del techo y salió corriendo. No había señales de cucarachas ni vivas ni muertas. Revisaron el lugar, tenía manchas de humedades y una gruesa capa de polvo en todos los muebles. Al entrar



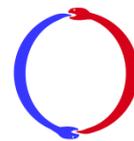
a la cocina, Almudena emitió un grito lleno de pavor. Encontró dos ratones que ya habían pasado por el estado de putrefacción. Simón acudió pronto a sus gritos y observó a la chica temblando presa de sus nervios. Con una voz resoluta le exigió a Simón fumigar cuanto antes el apartamento con todo y sus sistemas de drenaje, así como de calefacción. Le tiritaba el dedo que le señalaba el calamitoso estado y la ruina en la que se encontraba todo a su alrededor. Le ratificó que eso era la causa de su plaga de cucarachas. El propietario no tuvo más remedio que asentir y comprometerse, luego de que ella le amenazara con denunciar eso al Departamento de Control de Plagas del ayuntamiento. Almudena me contó que cuando se despidieron al pie del edificio, el portero le dijo después, en un tono sarcástico y con una sonrisa, que no podía afirmar quién de los dos parecía tener más miedo, si ella o Simón. Razvan también le hizo una observación: mientras ese lugar no esté alquilado, nunca desaparecerán las cucarachas, sean americanas o alemanas. Además de que se escondían junto a los contenedores de basura que normalmente están colocados frente a su apartamento, le dijo Razvan, en el sótano. No pasa una semana que no encuentre una muerta por allí. ¿Y en tu casa ya no hay?, preguntó Almudena. No, desde hace mucho, musitó Razvan. A los pocos días, la empresa más prestigiosa de fumigación llegó a nebulizar el hediondo apartamento de Simón. Almudena estaba muy contenta con la limpieza que se realizaba y conversaba muy confiada con el portero, quien se portaba cada vez más amable con ella. Nunca le había visto con una mujer, amiga o amigo, tampoco su hija se había parado por ahí a visitarlo. Y siempre que aparecía una cucaracha en casa de Almudena iba pronto a matarla. La amistad con el portero fue creciendo y ayudó a menguar la soledad que cada uno sentía en sus vidas. A pesar de las dos fumigaciones en el apartamento abandonado, las cucarachas siguieron apareciendo en el patio interno del edificio, cerca de la ventana de la casa del sótano. Almudena se preguntaba cómo era posible aquello. Ya se había hecho de todo, fumigar, poner veneno, placas para atrapar cucarachas y nada había dado resultado. Después de tanto cavilar, concluyó que la solución definitiva era mudarse. El edificio se encontraba en una zona muy bien ubicada, a dos calles de la plaza de toros y a una de la entrada del metro. La vida del barrio era muy amena, decorada con lindas cafeterías, supermercados y buenos bares. De verdad que era difícil tener que marcharse de un entorno acogedor con jardines y árboles de nísperos que Razvan cosechaba para ella. Cuando tenía necesidad de alguna cosa, la chica iba a tocar a la puerta del portero en el sótano, cuidando de no acercarse a los botes de basura. Razvan siempre salía y cerraba la puerta de su casa detrás de él, de un modo que a Almudena le parecía muy chocante. Su manera de atender a los inquilinos se volvía cada vez más singular y huraña. El tiempo pasaba y no conseguía un apartamento tan cerca de su trabajo como en el que vivía. Los vecinos nunca se quejaban de la plaga, parecía que ellos no encontraban ningún bicho en sus casas, salvo por Razvan, que



se los topaba cerca de la basura. Pronto terminaría el contrato de alquiler de Almudena. Ya había hecho amistad con varios vecinos. La situación marchaba mejor, pero aún tenía en mente la posibilidad de mudarse. Un día ocurrió un accidente. La tubería en el patio interior del edificio tuvo una rotura y comenzó a expulsar agua a presión que llegaba hasta la primera planta rociando algunas ventanas. Razvan fue avisado de inmediato y por la angustia dejó la puerta abierta de su apartamento. Coincidió en que Almudena necesitaba unas herramientas y fue a tocarle. La puerta se abrió completamente cuando su mano se apoyó allí mientras llamaba a Razvan. Le llamó varias veces y no dudó en asomarse. Nadie respondió. Dio un par de pasos y ya dentro alcanzó a ver algo que se movía al fondo de la sala. Era una pecera sin agua. Aguzó la vista y descubrió algo que le hizo caer de bruces sobre uno de los sofás. Se acercó a la gran pecera, que estaba ubicada cerca de la ventana que daba al patio interior, y dio un grito cuando vio un criadero de cucarachas. Había de todo tamaño, americanas y alemanas, también algunas de las que llamaban cucarachas del café. Razvan había escuchado el grito desde las escaleras que conducían al sótano. Entró a su casa y cubrió la pecera frente a la mirada de terror de Almudena. La chica ya había visto unas en la cocina, otras caminando hacia las habitaciones. Salió corriendo hacia su apartamento y se encerró. Dos días después dejó el sitio y la hospedé en mi casa mientras continuaba buscando otro apartamento. La investigación realizada por la denuncia de mi amiga había delatado a Razvan, un hombre afligido por la soledad, la inmigración y su adaptación a las nuevas costumbres, que no solo las criaba, jugaba con ellas y se las comía. Muchas veces, en sus conversaciones con mi amiga, el portero solía compararse con ella en la soledad y en la extravagancia de sus vidas. A veces no sé qué pensar sobre la historia. Escucho a mi amiga hablar y me entran las dudas sobre si Almudena exageró las cosas, si se las imaginaba o bien, Razvan solo era un tipo excéntrico que se acostumbró a esos bichos y los criaba como quienes crían iguanas, peces o hurones, pues yo, en Madrid, raras veces he visto cucarachas.

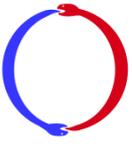


Tictac

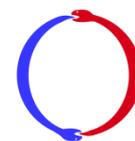


Miguel Quintana

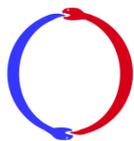
Puede al fin, Wolfgang, domeñar a este insolente Diario..., este atrevido y descarado cuaderno que me persigue, estos papeles en los que quisiera que tu música destilase palabras que arrastrasen a su vez ideas... En fin, sé que es imposible, digo que es imposible que tu música destile en mi cuaderno palabras, pues pobre, escaso es mi alambique, pero no por eso, porque sea imposible, habría de echarme atrás, ¿no es cierto? ¿Habría de echarme atrás un imposible? No me importa, Wolfgang, hacer el ridículo intentando algo en lo que de antemano sé que voy a fracasar, ¡no! No me importa... Oh, estoy encallado... Debe de ser este endiablado Diario que, como le he obligado a callar y me he puesto por la fuerza a garabatear sobre su piel estas palabras... Sí, tengo que confesarte que estoy varado... Creo que me persigue su maldición..., sí, debe de ser esta la que me impide decirte, Wolfgang, cómo estoy escuchando tus Tríos con piano, violín y violonchelo, pero que parece que mi barco ha tropezado con unos bajíos... Pero te prometo que tan pronto como este charlatán abra de nuevo la boca se la cierro de un bofetón, ¡no va a impedirme que te diga cómo me seducen los decididos hilos con que tejes tus Tríos! Aunque sea ridículo por mi parte, repito, intentar explicar... Oh, creo que ya sabes que no intento explicar, de todas formas, que no intento explicar nada, y mucho menos tu música, ¡líbreme Dios de ello! No sé explicar nada. Oigo tu Trío, sencillamente escucho tu Trío...,



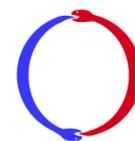
mira, ahora suena el que escribiste en si bemol, y ahí van al aire tus compases... Oh, tengo no obstante aún en mi cabeza revoloteando algunas cosas que este diablo que tengo por Diario me dijo, y no puedo concentrarme en el Trío, fíjate ya pasó el *Allegro assai* y casi no me he enterado del vigor de su..., espera, ahora viene el *Adagio*, aquí, Wolfgang, cantas, cantas en este *Adagio*, te gusta cantar, Wolfgang, te encuentras en tu elemento cantando, y tu canción produce ahí fuera pájaros, produce mariposas, produce trémulas brisas que arrancan a las hojas una caricia, produce tu canción amplia perspectiva por donde mis pies, por donde el auriga de mi imaginación se contagia de tu melodía, y alejas con tu canto, alejas la anarquía en que pudiera caer mi corazón, y nutres con tu voz, Wolfgang, con tu voz nutres la voz de mi propia fantasía... Espera, Wolfgang, sí, ahí el *Adagio* de tu trío crea pájaros, nubes, trémulas criaturas volátiles, brisas temblorosas..., mas percibo también en la comitiva una fragancia especial, no sé si sublime o inicua, que... Oh, este Diario..., me echó en la cara..., me escupió a la cara saliva del pasado, ¿sabes, Wolfgang?, y aún me está revolviendo las entrañas, no me deja concentrarme en tu *Adagio*, ese canto mitad amantista y mitad verso de salmista con el que cantas contra la envidia, con el que te opones a la mentira, con el que fustigas la codicia esgrimiendo en tus compases versos de belleza y de justicia... Espera, Wolfgang, que parece que acompaña a tu poema una jauría..., ¿no viene con él también un horrible rebaño de lobos hambrientos? Oh, me pareció así haberlo sentido... Oigamos de nuevo el *Adagio*, veamos cómo te alejas de la anterior galantería, no, no suena ya el *Allegro* galante anterior, oigamos dónde pueda llegar tu osadía, veamos cómo cruzas con decidido pie la raya indecisa... Pero ¿no oíste ahora, quizá, cómo se quebró una rama del roble? ¿No has oído cómo ladró también una urraca, beoda tal vez tanto de intranquilidad como de astucia, con horrísono graznido? ¿No lo oíste, Wolfgang? Si no lo has oído es que debe de ser que estoy equivocado... Veamos, sigamos con tu *Adagio*... ¡Pero es que este Diario! ¡Me echó a la cara algo así como *Amaste y te amaba!*, ¿sabes?, algo así me echó a la cara..., ¡*Allá, hace un tercio de siglo en una tierra lejana la amaste y te amaba...!*, algo así me dijo..., como si esto no fuera moneda corriente, moneda corriente y ordinaria y que del uso tal vez quede ajada y un no sé cuánto devaluada... Pero no sé por qué digo esto..., así que volvamos a tu *Adagio*. Aquí cantas, Wolfgang, te encanta cantar creando con tu canto aves libres, y tu canción encanta a la brisa que, corriendo, arranca de las hojas una sonora caricia. Se mete luego tu canto en alguna diatriba, le gusta discutir con lengua prolija, y corre a los campos después para recaudar en ellos un ramillete oloroso de espigas... ¡Wolfgang! ¿No viste ahora cómo planeó por ahí una sombra? ¿Por qué lanzó el perro un aullido lastimero? Mira, ese gato tiene erizado el pelo, mira..., mira sus ojos, sus ojos llenos de espanto... ¿Una sombra? ¿Era blanco? ¿Era negro su manto?... Mas..., mas tú, Wolfgang, sigues cantando, sigue fluyendo tu *Adagio*..., aunque no lo escuchen ni los perros ni los gatos..., sí, no lo escuchan estos, pero lo escuchan las mariposas y los pájaros. ¿No vieron estos la sombra que vino



del cielo, o del centro de la tierra? Y también sombra es... eso que me dijo el Diario, ese agujero metido a martillazos como si fuera un clavo en el madero del pasado... Cada día, sí, es un golpe de mazo que hincan el vacío en el alma. Y este impío, cruel, satánico Diario no cesa hasta pasarme bien por los morros... Mas tú, Wolfgang, sigues cantando, y no te acallan ni el presente ni el futuro, no te enmudecen ni las sombras ni los mantos que envuelven la ira, no te tapa la boca la rutina, y paso a paso, con zancada grande o andando palmo a palmo, caminas, tus compases se difuminan, impregnan el aire, fertilizan con sus átomos la luz, y esos átomos son semillas de risa interior, también de miedo y esperanza y amistad, y semillas de ternura que a veces siembras en surcos abiertos en las entrañas, semillas, Wolfgang, de victoria sobre la muerte... Pero ahora que pienso esto, me pareció sentir un lejano olor a crisantemo... Tal vez me confunda de fragancia y fuera leve vaho de albahaca... ¡Son tan débiles los perfiles y los rasgos de un perfume! Tal vez fuera incienso, como el incienso... Oh, no quiero pensar en ello, Wolfgang, porque estoy contigo, pasado ya el *Allegro* y escuchando ahora el *Adagio* de tu Trío, y aunque huelan a crisantemo, aunque huelan a albahaca o a incienso..., a incienso, como el incienso de hace un tercio de siglo..., sí, un tercio de siglo viviste tú, es verdad, un poco más, un tercio de siglo, toda tu vida no es más que un escuálido tercio de siglo, pero tu música..., sí, sí, claramente se percibe aquí como una emanación del espíritu del crisantemo, pero no digo que huelan el *Adagio* a eso, no, es de ahí fuera, ahí, donde están los perros, parece como si se hubiera abierto un tarro y derramado al aire bálsamo de crisantemo... ¿O será de incienso? ¿Del incienso de los muertos? ¡No, de sándalo, ahora lo veo!... Mas..., qué callado está ahora el Diario..., y eso que estoy esperando casi a que abra la boca y que me diga solo media palabra para ¡zas!, porque se la voy a cerrar de un bofetón, ¡vamos, hombre, quién se habrá creído ser!, quiero demostrarle de una vez por todas..., ¡venir ahora a arrojarme a la cara arrugas del pasado!, como si tu Diario, Wolfgang, fuese un cajón de chismes, ¡venir ahora a decirme cómo llamó a mi puerta el amor, cómo le abrí mi corazón! No sé por qué tiene la osadía de ponerse delante de mí y arrojarme el peso inútil de su cabeza, como si disfrutara yo encendiendo incienso en los altares para dar culto a los etéreos fantasmas de los sueños... Oh, si le dejara hablar y escupir. En nada quedarían el Etna o el Vesubio... Decía, Wolfgang, que ese Trío tuyo sale al aire cargado de dardos tiernos... Sí, pero esas palabras muerden mi corazón. Quiera o no quiera, esas palabras me muerden el alma, no me cabe duda. Pero tengo fácil el remedio, pues ¿quién me obliga a escucharlas? Escuchar unas simples palabras de un cuaderno... Son infinitamente más atrayentes esas palabras tuyas, Wolfgang, que, como nuevo Orfeo, me arrastran tras sí, esos compases..., esos compases... ¿Sabes? Me está también pinchando una especie de sueño que tuve esta noche, y odio esto de los sueños porque se me borran los perfiles, los matices, y es como decir y no decir. Cuando está funcionando el sueño, todo va bien, cada cosa encaja en su sitio, dentro de su orden y su lógica propia, y el líquido del sueño fluye bien y como tiene que ser.



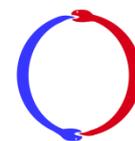
Pero una vez que despierto, la mañana tiene la execrable manía de soplar encima del polvo de mis sueños, con lo que se agita y vuela y me entra por los ojos y me impide ver..., ver los perfiles y matices del propio sueño. Y así fue también en esta ocasión, Wolfgang, y eso que es un sueño que me hubiera gustado mucho poder recordar perfectamente con todos los pelos y señales posibles que se iban desarrollando en su momento, mientras dormía. Por lo que me da una horrible rabia que al polvo del sueño lo haya aventado la impía mañana, y por eso debe de ser que me está ahora dando vueltas en el magín constantemente, fastidiándome tus Tríos con cada asalto que un detalle u otro me dan. El caso es como sigue. Resulta que no sé bien por qué compré un reloj de pared. En el sueño me decía a mí mismo: claro, para comprar un reloj hay que ir al país de los relojes. Y en efecto, es posible que fuera a ese país, sin especificar el país, y allí lo comprara. El caso es que lo llevé a casa y lo instalé. Hay variados pormenores sobre este acto de llevarlo a casa e instalarlo, pero no quiero entrar en detalles accesorios para evitar ser prolijo, circunstancias, por otra parte que, aunque sean posibles, no estoy seguro de haber sido soñadas por mí realmente. El hermoso reloj, ahí colgado, funcionaba bien, tenía un ligeramente marcial tictac con el que marcaba el paso a los soldados innumerables del ejército del tiempo, cada cuarto de hora daba una hermosa campanada con que inundaba con ecos de bronce mi estancia, cada media hora eran dos las campanadas, y cuando faltaba un cuarto de hora para una hora cualquiera, tres, tres apacibles campanadas que no sé si doblaban por la lejana hora que había muerto o eran los heraldos que anunciaban la hora nueva que estaba a punto de dar a luz la máquina. Bien, andaba bien el reloj, y la pared donde lo había instalado poco a poco iba cobrando vida y se sentía cada día más orgullosa de poder sujetar en su piel lo que ella consideraba el corazón del tiempo, viendo además cómo las otras paredes eran mucho menos importantes, porque de ellas pendía algún vulgar cuadro de solo dos dimensiones, otros apliques y objetos, o porque a ellas estaban adosados muebles, sillas, mesas, lámparas..., en fin, paredes mucho menos trascendentales, principales, valiosas, fundamentales, soberanas que ella, que todo esto lo pensaba ella, porque tenía en sus entrañas un corazón palpitante cuyo latido juzgaba inextinguible... Al cabo de unos cuantos días pude percibir que el reloj adelantaba. Tuve que regularlo. Esperé tres o cuatro días más para comprobar los efectos de la regulación. Ahora, después de una o dos semanas, la máquina parecía hecha por el Gran Relojero. Utilizaba yo generalmente un día señalado a la semana para darle cuerda, operación esta a medio camino entre rito sagrado y acto de profesión de esperanza... Oh, pero me estoy dando cuenta, Wolfgang, que me aparto tanto de tu Trío... De todas formas, y si no te molesta demasiado, voy a dejar un poco de lado los Tríos para reescuchar tus sonatas para piano. ¿Sabes? Hubo una época, no del todo lejana, en la que estaba obsesionado con esas sonatas y las escuchaba una y otra vez y me acompañaban por doquier, encontraba en ellas, ¿sabes?, encontraba en ellas amor, solo amor, casi solo amor, amor de una forma y de otra, amor por esto, amor



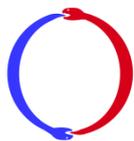
por aquello y amor por este y por aquel, solo encontraba en ellas, Wolfgang, el amor que tú le habías puesto, el inmenso amor que tú habías volcado en ellas, y las escuchaba una y otra vez con ese presupuesto, pareciéndome cada compás un acto tuyo de amor a este o a ese o a aquel, y por eso cuando las oía también me sentía yo amado por ti y por tus compases y me parecía la forma de amor más perfecta, sí, me parecía que cada compás de cada sonata había sido escrito para mí, aunque sentía que también lo era para cualquiera, y me regalaba los oídos, y me regalabas los oídos día tras día y en cada día varias veces en los que estaba colgado del amoroso hilo del sonido de tu piano amoroso. Tus sonatas... Por eso, me parece que voy ahora a reescucharlas... ¡Ah, el reloj! Te estaba diciendo que darle cuerda era igual que insuflarle aliento, que este debería ser continuo, como si temiese que habría de eclosionar no sé qué catástrofe si su péndulo parara. ¡Así de caprichosos son los sueños! El caso es que la cuerda le duraba ampliamente una semana, tal vez diez u once días, tal vez más... La verdad es que no sabía dónde tenía el límite, pues, aunque generalmente le daba cuerda, como dije, un día concreto cada semana, no siempre era así, y ocurrió a veces que me adelanté a ese día y otras veces me retrasé. El caso es que, superado cierto plazo, la cuerda del reloj se acababa y si no se había tenido la precaución de darle más, el reloj se paraba. Como todos los relojes. Sí, el reloj de mi sueño, Wolfgang, era como todos los relojes de pared. Pero poco a poco pude ir dándome cuenta de que el plazo de diez o doce días que tenía fijado para que anduviese se iba haciendo cada vez más largo... Primeramente, fue un alargamiento imperceptible, unos minutos, unas horas, qué más daba, aunque cómo se podría saber que había tenido cuerda durante tres horas más, por ejemplo, que hace dos meses. Pero también paulatinamente me fue entrando con mayor claridad la idea de que la cuerda del reloj se expandía. Digo *expandía* porque así era como razonaba en sueños, aunque ignoro, en estado de vigilia, si se puede decir así o qué pueda significar si es que sí se pudiera así decir. El caso es que la cuerda duraba cada vez más... Hubo temporadas en las que estuve expresamente apostado dos o tres meses viendo cómo el reloj andaba, tocaba, marcaba horas incansable, inexorable, exactamente. Su sonoro tictac marcaba mi respiración, sus campanadas, bien fueran cuartos, medias, tres cuartos, horas enteras, herían mis oídos, que ansiaban vivamente oír en un momento dado nada, y mis ojos seguían el monótono baile del péndulo con el ardiente deseo de verle una vez vacilar para luego derrumbarse en la quietud. No le daba expresamente cuerda, y el reloj duraba meses y meses..., después me arrepentía y corría hasta él y me agarraba con ansiedad a la llave para tensar las cuerdas, y me sentía mal, pues me consideraba como un torturador que sometía al pobre reloj a realizar una prueba cruel, pero me asaltaban dudas..., si no le diera cuerda nunca, ¿qué pasaría? ¡Pero cualquier reloj cuando se le acaba la cuerda se para! ¿Cómo es posible que este reloj, al que antes solo le duraba la cuerda quince días, ahora esté andando más de quince meses sin darle cuerda? ¿Qué ha pasado? Porque..., ¿quién lo alimenta? ¡La cuerda se tiene que acabar, y quién lo alimenta



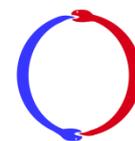
entonces! ¿Será..., será el propio Tiempo...? ¿Será el propio Tiempo quien expanda, prolongue la cuerda? ¡Tengo que ver cuánto aguanta! ¡Tengo obligatoriamente que saber cuánto tiempo resiste la cuerda que le doy! Y entonces, Wolfgang, le daba con la manivela cuerda, despacio, conscientemente, vuelta a vuelta, contando cada vuelta de manivela, dieciocho, diecinueve..., veintitrés vueltas de manivela... ¿Cuánto tiempo andaría con toda la cuerda dada, con sus veintitrés vueltas de manivela? Veamos, hoy es día... Y anotaba mentalmente la fecha y la hora, para apuntarla más tarde y comprobar cuánta vida tenía la cuerda de aquel reloj... Me senté en una silla cercana. No podría asegurarlo con rotundidad, pero juraría casi que dos milésimas de segundo antes de quitar mi vista de su esfera, esta se convirtió débilmente en una cara humana y me guiñó un ojo... Por cierto, Wolfgang, las que sí me guiñan amorosamente son tus sonatas, pero, de todas formas, como quiero acabar pronto con el reloj, interrúmpeme si me ves que me desvío del camino del sueño. Pues bien, sí, juraría que me guiñó un ojo tan pronto como quité mi vista de él. Entonces otra vez rápidamente volví mis ojos a su esfera, a su péndulo, pero allí estaban en su lugar las agujas y los números más tiesos que unos palos e indiferentes a mi presencia, como si fuera un reloj inocente al que jamás se le hubiera ocurrido romper ni un plato. Anoté, de todas formas, el día y la hora de autos, digo, después de darle toda la cuerda, para comprobar de una vez por todas cuánto tiempo le duraba. Pasaron horas, días y semanas, y perdí la cuenta de los meses, y el reloj andaba, respiraba su tictac con suavidad y uniformemente como si tuviera el mejor pulmón del mundo, y cada quince minutos el bronce de la campana cacareaba en mi estancia que el tiempo pasaba... No lo sé con exactitud, pero sospecho, Wolfgang, que debía de estar yo agitado en mi cama comprobando cómo el reloj sin que nadie lo cuidara seguía respirando, estoy casi seguro de que me debía de rodear la angustia de ver aquel efecto sin causa... Porque, ¿quién lo alimentaba? ¿Serían unas manos invisibles que asaltaban mi casa para darle cuerda? ¿Con qué finalidad habría de arriesgarse nadie a asaltar nada para evitar que un reloj muriera? ¿Me deseaba alguien mal, y quería que enloqueciera no pudiendo explicarme lo inexplicable? ¿O sería por otra parte el propio, el mismísimo Tiempo? ¿Era posible que el Tiempo alimentase la cuerda de mi reloj para hacerme creer que el tiempo no se detiene ni cuando uno quiera? Pero..., pero si es el Tiempo el que mueve el reloj, entonces determina los pasos de este, y este se ha de comportar como quiera aquel, es decir, puede ser que no sea fiable porque acaso no le interese al Tiempo que se mida su altura, por razones que se nos escapen, y aunque se pueda comprobar la hora en otro reloj distinto, también este segundo reloj pudiera estar determinado a su vez por el mismo Tiempo y también pudiera dar una hora falsa, porque cómo sé yo si una hora es falsa o no, ¿mirando al sol? Sí, el Tiempo era en mi sueño, Wolfgang, el que alimentaba a este corazón infatigable que cada cierta cantidad de minutos cantaba con su garganta de bronce su propia esencia, tiempo, sí, su esencia



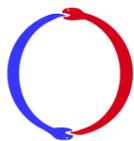
daba aliento a mi péndulo, empujaba segundo a segundo las ruedas invisibles que interiormente rumiaban con su tictac rítmico el forraje interminable de los dioses, el tiempo era en mi sueño el que empujaba las agujas también de forma oculta, también de forma invisible, pero también de forma cierta las empujaba y las empujaba hacia adelante, hacia adelante sin descanso, como una noria, como una noria por cuyas venas corre la sangre teñida de locura..., tal vez como tus sonatas, Wolfgang..., mas tus sonatas no están alimentadas de tiempo, sino de amor, el amor las mueve, bien es cierto que se mueven en la caja del tiempo, pero se alimentan de amor y dan amor, no tiempo. Y el reloj de pared no cacarea sino tiempo, come tiempo y pone tiempo... Y bien es cierto que este es necesario para tu sonata, imposible de ser sin el cascarón del tiempo, y es necesario también para el amor, pues sin el huevo del tiempo no hay amor... Sin embargo, Dios, que todo y solo es amor, no es nada tiempo... Y por eso dicen sin principio y sin fin. ¿O es que dicen principio y fin? Por la misma razón, Wolfgang..., por la misma razón que tu sonata naciendo de amor y dando amor es hermosa, por esa misma razón está fuera del tiempo y los dardos de este no la alcanzan..., y si nace de amor es hermosa, y si es hermosa es eterna, y lo eterno no tiene tiempo. También parecía eterno el aliento del reloj de pared. En el sueño llegó un momento que tuve la obligación de considerarlo eterno, ajeno a las contingencias del tiempo, marchando inexorablemente hacia adelante de forma ciega, sin mirar jamás atrás, como si tuviese la aterradora sospecha de que alguna fuerza maléfica lo aniquilaría tan pronto como osara volver un poco, aunque fuera tan solo un poco la cabeza atrás... Y por ello, en el sueño también llegó otro momento en el que hube de compadecerme del perfecto reloj que no necesitaba para andar sino solo el aliento del propio Tiempo, precisamente por eso, porque mi pobre reloj había caído en las horrendas, punzantes, atrocemente sangrientas garras del depredador tirano del Tiempo, mientras que..., oh, Wolfgang, mientras que tu sonata fluye en el tiempo, pero fuera de sus garras, porque tu sonata tiene vida viva, no solo vida mecánica como la de él, sino vida de amor, en la que pasan sin hacer mella un huracán o una granizada; una vida de flor, pero no de esas flores a las que les sobra un solo día para ser tronchadas, sino una flor imperecedera y fragante más allá del último día. Tu sonata, tus sonatas, que comen y beben en la mesa del Tiempo, no son sin embargo juguetes de sus manos porque dentro de sus vísceras anida una entraña incorruptible: un corazón, un corazón que late..., ¡como late el corazón de tus sonatas en el pecho de mi estancia! Es adecuada, es ese corazón de tu sonata adecuado para latir todo el amor necesario a mi estancia y para que mi estancia lata con tu latido, y le sigo con el oído, le sigo con el tacto, oigo su tictac sonoro, pequeños, ligeros martillazos, suaves, sobre cuerdas metálicas, martillazos etéreos para dar unción y movimiento a la sangre de mi estancia. Porque tu sonata, Wolfgang, perfecto corazón del cuerpo de mi casa, mueve mi sangre... Oh, Dios, pero se me ha dio el santo al cielo, digo, me he ido por los cerros de Úbeda y te he dejado el sueño a medias... Sí, llegó un momento del sueño



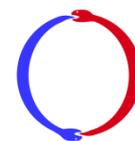
en el que vi claro que el reloj había sido conquistado por una fuerza infernal, por el tirano Tiempo que lo usaba inmisericorde para demostrarse a sí mismo que seguía latiendo realmente segundo a segundo y que no era por tanto una mera y solitaria y fría idea de filósofos. Era el Tiempo una sustancia con todos sus atributos que se había encarnado en mi máquina, y por ello llegó un momento en el que sentí miedo. Miraba ansiosamente su esfera, miraba sus agujas, su péndulo, buscando algún signo que me ratificase lo que ya creía a pies juntillas, y aunque había momentos en que me parecía sorprenderle haciendo gestos grotescos con sus números, sacándome la lengua con sus agujas o haciéndome inmerecida burla con su péndulo bailón, sospechaba que hubiera de sobrevenirme de su angustiante tictac eterno alguna desgracia. No podría encarecerte ahora, Wolfgang, lo que sufría tratando de intuir qué pudieran significar sus burlas, y en el interior de mi sueño seguramente me debatía revolviéndome en la cama tratando de imaginar qué mal pudiera hacerme un desagradecido reloj al que había yo rescatado de un lugar común, lleno de relojes similares, para convertirlo casi en el príncipe único de mi casa. Todo lo cual me daba rabia, y creo recordar que hasta comencé a planear una guerra contra el reloj, por no decir contra el Tiempo. Pero como mis fuerzas para habérmelas contra tamaño enemigo son exiguas, el mismo sueño recomendó variar los planes, y en vez de seguir aumentando la rabia contra él, comenzar a sentir pena de él, como te he dicho, y poco a poco cambié de aquel sentimiento para este, y comenzó mi mente a generar pena por el reloj, pena porque, pensaba, habiéndose convertido en siervo sumiso del tirano tendría que vivir encadenado a sus caprichos, viendo pasar por delante de su hermosa y profusamente adornada esfera la vida, pero sintiéndose incapaz de no ser nada más que una mera forma de los cambios de esa vida, sin jamás poder ser él ni el más mínimo de los cambios, sin poder ser jamás él ni la más ínfima traza de vida, y pena sobre todo me iba dando el reloj ciego porque no dejaba de ser su esencia viajar tras un fantasma moviéndose rutinariamente en el vacío buscando de forma febril e inútil agarrar y envolver en su tictac la sombra del futuro. Pena, Wolfgang, pena iba dando a mi sueño el reloj porque el tirano le había condenado a ser una gota cayendo infinitas veces sobre la piedra hasta horadarla y convertirlo todo en gigantesco agujero y, cuando esta porfiada gota lo hubiese todo convertido en nada, aquel tirano le encomendaría y exigiría acarrear un grano tras otro de arena para formar montañas... Y tal vez por esta profunda pena que me daba la máquina, ya ni me acordaba de cuándo le había dado por última vez cuerda. Recordaba, empero, lo feliz que me sintiera cuando tenía el control de la máquina en mis manos, cuando le daba cuerda y vida para que viviese una semana, y volver a dárselas antes de que muriera para alentarle la semana siguiente. Sentía entonces, cuando su campana sonaba, que era yo el que repicaba para anunciar la hora de levantarse o la hora de cenar o la hora de acostarse. Pero había pasado de aquello tanto tiempo... Ya no recordaba siquiera cuándo había ido al país de los relojes para comprarme uno que midiese mi tiempo. Prefiero medir mi tiempo con tus sonatas. No andan ellas como



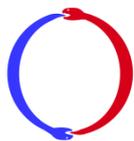
aquel con una venda en los ojos hacia adelante inexorablemente, sino que estas, campana continua de bronce dulce que invita a la calma o la pasión o la danza, campean cuando tú, Orfeo, las animas para que me animen, y me inviten a introducir aire, luz, sangre, fuego en mi alma, a introducir en ella el rocío y el frescor saturado del fragante aroma de una mañana de primavera, o la brumosa tarde bañada en amarillos de un anaranjado otoño, o el ventoso o lluvioso vuelo invernal de una noche fría de febrero enfrecido y sudoroso, y estas tus sonatas, Orfeo, con sus múltiples lenguas exhalan vaho humeante preñado de profundidad e incienso... Oh, incienso..., incienso, incienso era también aquello, ahora lo veo, incienso, sí, ahora mismo lo huelo, y en medio mismo de este incienso, brotando de él, el recuerdo... ¡Este Diario me abre tanto el pasado! Incienso, incienso quemado en el aire convertido en el humeante y oloroso perfume pasado... ¿Será también tu sonata, Wolfgang, la olorosa mañana untada de incienso de mi vida dentro de ese piano quemada? ¿Humo, será humo, tu sonata será humo, como humo es mi mañana? No, es aire, en donde reptan el humo, es aire, donde despliega el humo su fantasía y su acrobacia, es aire lleno de candor y magia, aire violento, huracanado, aire donde el primor exhibe su arrogancia, aire impregnado de belleza amarga, aire de ríos esmeralda, es aire tu sonata, Wolfgang, como es aire el cantar de la cigarra, como es aire por donde vuelan las flechas de Diana, aire brusco de borrasca, aire acaso de ilusiones fatuas, aire donde suspende precavida la araña el deseo cruel con el que trenza sus trampas, y es aire también de amor que canta con suavidad al oído una canción mansa de la que sin querer quedan la vista y el habla y el alma toda cautivas y esclavas... El aire que respiro, y agua, el agua que bebo, y luz, la luz que acaricia mis ojos, no solo es humo tu sonata fragante, sino también el rocío que dejan las estrellas como prenda por toda una noche de amor con la tierra, rocío generoso y brillante, leche para amamantar almas, masa de amor donde uno se baña de la tarde a la mañana, incienso que transforma mi estancia en estancia del cielo, amor en una habitación, sí, Wolfgang, tus sonatas para piano son actos de amor desde una habitación, como esta en do mayor que escribiste en París cuando tenías veintidós años. ¿Sabes? Veintidós años..., en una habitación pequeña de París, oh, qué estrofas escribiste en tono menor en el *Andante cantabile*..., veintidós años eran los que debía tener..., magia en tono menor, y sencillez e inocencia cristalina, allí, en aquel hosco y brutal París, donde también escribiste la siguiente, en la mayor..., pero no puedo escribir si me pongo a escucharla, me absorbe tanto el seso que me impide escribir. Quisiera coger ahora también tu *Sonata en do mayor*, cogerla con mis manos y llevármela dentro. Quisiera que todo ese abanico de ideas que nos regalas acariciaran mi corazón, quisiera sentarme, echarme en medio de esa vasta floresta de tu *Allegro moderato*, y quisiera que pasado este me acariciase el *Andante cantabile*, esa pieza de cristal que me gustaría que tuviese mi ventana para así a través de él escuchar las flores, olerlas, escuchar gorriones, oler la delicada lluvia que cae emanada del cielo, bañarme



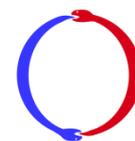
en el color de las mariposas que revolotean entre sus notas. Y quisiera también, Wolfgang, no ser yo para poder entender de otra forma del *Allegretto* final, sí, me gustaría por un momento ser tú para saber lo que hay. Lo que se siente, lo que está arriba de ese iceberg que solo deja ver este *Allegro*, y sobre todo ver lo que está debajo. Ya sabemos, era un año malo, lejos de casa, París era odiosa, más odiosos aún sus habitantes, todo era odioso y miserable, oh, Dios, o será que soy yo el que no valgo para nada, mi piano, dónde está mi piano, quién soy, para qué valgo, oh, sí, sé tocar el piano, el piano dónde está, qué voy a hacer ahora, ahora que estos franceses no tienen ni idea de lo que es música, mi música, tengo que huir de aquí, otra vez a casa, a casa y con el rabo entre las piernas, el piano, tú sí, piano, tú..., todos los planes que construí concienzudamente para la conquista de París se vienen al suelo por la imbecilidad de los parisienses, estos..., estos parisienses que tuvieron la horrible idea de matar a mi madre aquí de frío y hambre y miseria y soledad, oh, madre mía, muerta en este frío país hostil y vacío que no es más que un cementerio de soberbia y estupidez... Oh, sí, Wolfgang, en esos meses del verano poco antes de volver a casa con el rabo entre las piernas y tu maleta llena de amargura tuviste que verla, sentirla, como la vio tu madre, como la sintió tu madre, como conquistó finalmente a tu madre a primeros de julio en que se la llevó a la tierra, extraña, lejana, hostil, miserable tierra de París, sí, tuviste que sentirla, olerla, palparla, pero no te dejaste abatir, todavía te esperaba Aloysia..., Aloysia te esperaba a la vuelta..., y no te digo más de ella, Wolfgang, no te digo más de ella porque bien sabes tú lo que pasó después, y seguramente si me oyeras te revolverías en la tumba al volver a mencionártelo yo ahora... Pero no tiene, de todas formas, demasiada importancia. Es una mujer..., una, no todas, y allá se las vea ella como quiera, qué importancia tiene que una cantorcilla esté ciega, ninguna, es una, una mujer, y además, ahí tiene cerca a la hermana... ¿No? *Un clavo saca a otro clavo* me parece que se dice en estos casos, aunque vete a saber. Paso ahora a la sonata en Do menor, que escribiste en Viena, varios años después, y ya habían pasado tantas cosas... Qué gran sonata... ¿Ves, Wolfgang? Abandonamos a Aloysia y encontramos a Thérèse. Y perdóneseme el traerlo así, porque es una estupidez bien gruesa por mi parte mezclar cosas o insinuar bobadas. Pero así somos. Y la sonata... Qué soberbia sonata, pero qué amenazadores son los *Allegros*, el inicial y el final, qué preñados de misterio... No sé por qué me recuerdan el reloj de pared del que te hablé antes, como si esos *Allegros* estuviesen escritos en vez de con tinta con fuego, o como si en vez de sonido cuando los oigo pareciera que me metes en los oídos vitriolo, o como si vertieras plomo fundido en el corazón... Menos mal que pusiste en medio del doble filo de tu espada un *Adagio* en mi bemol... Pero, vuelvo a decirlo, dedicaste la sonata a Thérèse, tu bella alumna... Porque filo, doble filo, sí que tienen tus *Allegros*, mira, ahora suena el final, filo cortante, ¿filo?, ¿no será una maza?, o más bien pluma, pluma de amor, ¡Wolfgang!, de amor, clarísimo, ¡es amor!, está bien claro, amor por Thérèse, ¿no? Es una página de amor,



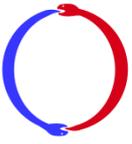
breve, concisa, incisiva, para tu alumna bella, para la alumna que admirabas, ¿no se va a admirar la belleza?, y qué es admirar sino amar, o amar sino admirar, ¿y no se va a admirar esa fortísima, concentradísima vaharada de amor que con el piano le lanzas a la cara a tu bella Thérèse? Ya te lo decía yo..., ¡adiós, Aloysia...! Aunque ella era también bella, como un ángel, bella, y cantaba tan bellamente como los ángeles. Pero eso ya es historia. Ahora tenemos en las manos a Thérèse, y vamos a escribirle a la nueva bella una sonata, ¿pero para declarar nuestro amor por ella?, ¿o para lamentar que es un amor imposible? ¿Amor imposible? ¡No, Wolfgang, no hay amores imposibles! ¡Habrà cualquier otra cosa imposible, pero jamás será imposible el amor! Aunque vete a saber... Porque, ¿dónde está Thérèse? Oh, Wolfgang, dónde está Thérèse, porque de tu sonata sí se decir que está ahí al lado, escucha, escúchala, ¿la recuerdas?, es tu sonata, ¿la ejecuta bien este pianista? ¿no va un poco deprisa en todo ella?, ahí suena esa criatura tuya, pero Thérèse dónde está... Vete a saber, Wolfgang, vete a saber si resulta que también hay amores imposibles, porque si depositas tu amor en algo así como Thérèse, resulta que viene la guadaña de aquel reloj..., de aquel reloj que te dije..., ¿no había guadañas? ¡qué raro!, porque qué hace un reloj sino solo segar la mies del tiempo..., y adiós..., adiós Thérèse igual que adiós Aloysia, si depositas tu amor en algo tan contingente y frágil como el pentagrama de una mujer..., es posible, es posible que sea imposible ese amor, imposible a fuer de breve, fugaz, a fuer de visto y no visto, imposible a fuer de miramientos y del qué dirán y qué pensarán y qué harán los otros, es decir, tu marido y mi esposa... Impercedero empero es el amor de tus compases si lo depositas encima de las teclas del piano, porque, aunque cada nota que se ejecuta nace y muere prácticamente al mismo tiempo, está ahí fija, permanece, atraviesa los tiempos incólume y presta para renacer constantemente, sí, aunque muere al nacer está naciendo siempre, y..., ¿dónde está Thérèse? Oh, pero cuando vivías en su casa... Ahí, a la mano la tenías... Seguramente hubieras escrito para ella todo, ¿por qué una sola sonata? Casi no me importa ya esa sonata, Wolfgang, porque lo que me gustaría oír era lo que a ella le tocaste, a ella, para ella sola, y ver su cara, su cara iluminada, iluminada por el rubor que tus notas, tus teclas, tus ojos le causaban cuando se daba cuenta de que la amabas y de que te encantaban sus ojos, su rubor, su sonrisa tal vez revuelta con lágrimas dulcemente derramadas encima de tus notas y a causa de tu audacia. A la mano la tenías... Y estoy seguro de que le susurraste al rostro mil sonatas abriéndote el corazón de parte a parte sobre el piano y haciendo caso ninguno al destino que la había puesto en las manos de..., de este Johan Edler von Trattner, o que a ti te había empujado aquel a los brazos de Constanza..., sí, mil sonatas iguales y aún mejores con que le regalaste casi un año entero de amor. Y parece que oigo alguna al escuchar esta en do menor. Amor y lucha, lucha contra el destino, al que no le cedés en esta sonata ni una pulgada, amor y lucha contra el tirano, ¡tienes a la mano tan cerca y tan fáciles para ti las flechas con que lancear, con que derribar, con que aniquilar al tirano! ¡Oh, Dios, Wolfgang, qué soberbio



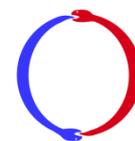
Allegro assai! ¿Qué importancia tiene que el tirano ate, sujete, dirija, lleve a los mortales, nos arrastre a los mortales como quiera y según su antojo, si apareces tú, tú con tu sonata rezumando pasión por todos los poros y desbordada de bravura para romper las ataduras y llenarnos por un momento, aunque sea solo por un momento, del fuego que te consume y a la vez incombustible e inconsumible con el que podemos trastornar y desbaratar todos los planes de aquel tirano, siendo al propio tiempo no digo ya tiranos, sino emperadores de nosotros mismos cuando te escuchamos? Sí, oigo el resto de sonatas que tocaste solo para Thérèse cuando escucho este *Allegro*, cuando escucho el primer *Allegro* de la sonata, cuando escucho la Fantasía que escribiste luego para servir de introducción general a la sonata, cuando escucho el movimiento central, el *Adagio* en mi bemol, oigo otras sonatas que pudiste tocar directamente sobre el piano y de las que no queda otro rastro sino el deseo, y mi estancia cuando las oigo ya no es mi estancia, sino la estancia donde sonaba tu sonata, tu estancia, o la estancia de Thérèse... Antes te preguntaba dónde estaba Thérèse. Ahora te respondo, aquí, cuando suena tu sonata. Porque..., Wolfgang, la sonata la escribiste tú, es cierto, pero ella te dictó más de un compás, ¿no?, por eso cuando suena otra vez tu sonata, bastante más de trescientos años después de haberla tú tocado, aún vuelve Thérèse a mi estancia a escucharla conmigo y a decirme con voz pálida cómo le escribiste al menos una sonata porque era tu alumna bella y la amabas, porque solo se escribe con amor y por amor, y si no lo hay, no se escribe, y poco a poco, Wolfgang..., poco a poco mi estancia donde suena tu sonata y donde resuenan también las posibles sonatas que esta me sugiere se me convierte en una extraña estancia con cosas más, pero también con ajenas..., y encima de mi piano te veo tocando..., mi viejo e inútil piano desafinado al que solo un milagro puede arrancarle un sonido grato..., mi doloroso piano abandonado y lleno solo de polvo y de silencio..., en este, pues, mi piano te veo tocando mientras también poco a poco y sin hacer ruido entra la Parca caminando... Pude observar cómo al pasar junto al piano hubo en este como un compás desmayado, y también tú miraste entonces al teclado, apartando la vista de... ¡Thérèse!, que estaba allí contigo, pero fue tan fugaz el traspie que no le diste importancia y seguiste andando por la sonata que le estabas enseñando a ella. La Parca, por su parte, se sentó junto a vosotros y estuvo una buena pieza escuchando. Thérèse también toca de vez en cuando algún pasaje, tú la escuchas, le indicas después lo que tiene que corregir y le indicas cómo hay que ejecutar ciertos pasos, ella corrige y sigue después interpretando desde atrás. La Parca entre ambos escuchaba, meditaba, escrutaba con sus negros ojos profundos la estancia. Se levanta, se acerca a la ventana y echa fuera durante un instante la vista. Vuelve al piano. Una tecla suena entonces falsa. Te das cuenta, Wolfgang, pero no paras la sonata que en ese momento ataca un pasaje oscuro y de bravura grave. Largo rato te oye después la Parca explicar a Thérèse cómo ha de ligar varias notas. Vuelve a levantarse y os abandona en el piano cuando el reloj da once campanadas. Casi un minuto más tarde vuelve a dar la máquina de



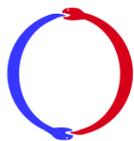
nuevo once. Se ha acercado en medio de las campanadas la Parca a mi ventana otra vez y toma en sus manos una cortina, sopesa la textura, se interroga por las escenas que observa. Parece ajena a tu piano, lo que me resulta imposible de ser, el estar donde tocas y no estar escuchando. Ella, en cambio, está ahora más interesada en mi biblioteca. Toma al azar un libro. Séneca. Lee el título. *Tratados morales*. Lo abre y lee una página. Coloca después el libro en su sitio. Cambia de estante. Coge ahora los *Ensayos* de Montaigne, lee por un rato en el libro y comienza a reírse. Al principio es una suave sonrisilla imperceptible, pero poco a poco su boca hace una mueca horrible no tanto por lo amenazadora como por lo muda que es su contorsión. Thérèse y tú seguís repitiendo pasajes de la sonata, de forma vacilante a veces ella, tú de forma precisa y renovada, ampliando, por momentos a veces interminables, tus propios compases. La Parca sostiene el libro de los *Ensayos* abierto en sus manos y se ríe sin hacer ruido. Aunque lee una página, no mira con sus ojos negros y profundos el texto, y sé que lee porque solo a la Parca puede darle risa el ensayo que lee sin mirarlo... Abandona después el libro y hojea varios más. Abre uno y lee. Recita en voz muy baja, difícilmente audible, pero la oyes, Wolfgang, y, buscándola, quitas la vista de Thérèse y del piano, aunque dejas sobre sus teclas tus manos, y tus dedos comienzan a desgranar unos compases que en ese mismo momento estás improvisando, mientras con la vista buscas a la que recita. Pero solo ves moverse una cortina y piensas que es el aire de la calle que al estar abierta la ventana juega con la tela delicada de las cortinas de Thérèse. Vuelves entonces la vista al teclado pensando que te has equivocado al pensar que había alguien más en la estancia hablando, y continúas desarrollando esa idea que casi sin querer te ha salido de los dedos. Es brillante. La ensayas dos o tres veces. Te sientas mejor al piano, Thérèse te deja más espacio, y desarrollas y desarrollas tu idea, exploras modulaciones, investigas nuevas variaciones sobre el tema. La Parca, entre tanto, cambia otra vez de libro. Coge ahora el *Fedón*. Me revuelve las entrañas contemplar cómo ultraja con sus manos mi libro sagrado. Lo abre y lee. Lee con voz clara y baja, pero veo que sus ojos negros y tan brillantes como profundos los tiene clavados en mí. Dos campanadas entonces el reloj derrama sobre el velo de la noche. Las once y media. Sostengo la mirada a pesar de las campanadas, a pesar de la nueva sonata que tú, Wolfgang, ensayas para Thérèse, le sostengo la mirada al desafío oscuro de sus negros ojos y le oigo recitar pasajes de Platón con voz un tanto desmayada. Deja de sonar en mi oído durante un rato tu sonata, aunque siento que estás concentrado en ella desarrollando sus compases por uno y otro camino, y en su lugar solo oigo el recitado desvaído de las palabras de Platón, y veo cómo sus negros ojos inmóviles y soldados a los míos intentan conquistar mi miedo, pero lo que me da cierto miedo es dejar de oír esa nueva sonata llena de vigor y de pasión que ahora mismo creas, pues se convierte la música del piano en la voz mustia de la Parca que lee sin mirar el *Fedón*, dándome terror la idea de que sus manos puedan quemar mi libro sagrado. Comete, en efecto, el sacrilegio imperdonable de



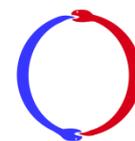
arrojar el libro lejos. El claro golpe contra el suelo hace que Thérèse abandone momentáneamente tu sonata y vuelva la cabeza. Me encuentro su mirada. Sí, Wolfgang, es bella tu alumna. Qué soberbios ojos asustados. No sabe si oyó o no oyó el ligero aunque evidente impacto de un objeto cayendo al suelo. Qué bella es tu alumna. ¡Cómo no escribir para ella una sonata! Como no encuentra la causa del posible ruido vuelve hacia ti sus ojos. Tú la miras mientras tus dedos cantan. La Parca, a su vez, da unos pasos hacia otro lugar de la librería. Lee varios títulos de obras de los lomos de los libros, pasa sus dedos por ellos, y se detiene finalmente en un tomo de Shakespeare. Lo abre. Medita. Después de un rato inmóvil, gesticula con su boca ruidos que no puedo entender. Temo mucho también por otro de mis libros sagrados. Una fuerza inmensa me invita, me impele a correr hasta sus manos y arrebatarle de los dedos mi joya. Esa fuerza me inyecta en la mente una dosis ingente de ira hacia esa odiosa Parca que ha cometido ya antes el horrible sacrilegio de burlarse de Platón y arrojarle al suelo con desprecio su *Fedón*. Pienso que puede repetir otra vez, con el tomo de Shakespeare, ese inaudito sacrilegio por el que merecería mil muertes la misma Muerte, y no soportaría de ninguna de las maneras, y lucharía con ella a brazo partido y con todas mis uñas y dientes si osase arrojar con desprecio a... ¡*Hamlet!* al suelo... Y la ira que la fuerza desconocida me inyecta en la sangre se multiplica por diez al correr por mis venas, pero cambiándose en asombro, cuando tú, Wolfgang..., cuando tú, Wolfgang, estrechas en tus brazos a Thérèse..., y entonces se me pierde la vista entre vosotros dos y abandono a pesar de la ira a la Parca sacrílega que se ríe de Platón y pretende seguramente reírse asimismo de Shakespeare... La fuerza me grita que no quite el ojo a la sacrílega, pero desobedece su orden, y se me quedan los ojos pegados en vosotros dos, que sois uno. Suena entonces fuerte un *Allegro* de tu sonata, y en medio de él, el reloj lanza al aire tres flechas de bronce con cada una de sus campanadas. Las doce menos cuarto, me digo. Y me pregunto, ¿no es tarde ya para una clase de piano?, ¿qué pensará Constanza, qué pensará Johan? Y me atrevo a deciros en voz alta *Qué pensarán Johan y Constanza de una clase de piano, la noche ya tan avanzada*. Entre tanto, a pesar de estar con la vista dentro de vuestro abrazo, veo cómo la Parca lee en el tomo del Poeta. Por esta vez, pone en efecto sus ojos encima de las palabras del texto y recita, recita textos conocidos con voz clara, con voz lenta, con voz llena de vacío y pausa, y poco a poco su voz se apaga, se sustituye en mi oído por la sonata que el propio piano interpreta para envolver el abrazo de Thérèse y tuyo, Wolfgang, para envolveros como en un envoltorio de plata, y mi pobre piano abandonado arrecia compases y pasajes de amor vertiginoso y audacia..., oh, Wolfgang, como si quisiera arrojarme su odio a la cara... Sigue la Parca leyendo y recitando al Poeta, pero sin palabras, y sus gestos me vuelven a repetir con claridad textos tan conocidos. Pero me acucia la idea de que aparezcan por ahí Johan o Constanza. Temo las doce, las doce campanadas que pronto el tirano Tiempo obligará a dar al pobre reloj, que



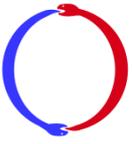
quisiera irse a dormir, una tras otra, doce brillantes golpes del bronce contra el bronce para anunciar la falsa idea de que un día ha acabado para comenzar otro, temo que esas doce campanadas llamen a Constanza y venga como un fantasma a vagar en las redes de la clemencia, y temo sobre todo que el anciano Johan desenvaine su viejo sable herrumbroso y lleno de orín y quiera calentarlo en tu pecho, Wolfgang, o en el vientre juvenil y núbil de Thérèse. Y el reloj anunció sutilmente que estaba preparado para el cambio de día, porque en sus tripas de metal hubo signos sonoros que así anunciaban cómo en cuestión de minutos vendrían las doce, y no aparecieron ni Constanza ni Johan, tal vez porque ella no necesitara clemencia ni él encontrara herrumbroso y lleno de orín su sable con que pudiera traspasarte, Wolfgang, o con que quisiera llenar el suelo de mi estancia con sangre de Thérèse, y en su lugar la Parca, que acaba de poner voz inaudible a un enloquecidamente sublime *Hamlet*, arrojó con brusquedad al suelo mi tesoro dejando que el polvo vil de este abrazase y contaminase con su nauseabundo abrazo al libro... Sonó entonces la voz doce veces repetida del Tirano, que no tenía empacho en engañar a todo el mundo diciendo que un día había muerto y otro día nacido. La cólera, la ira, la rabia ardía contra la Parca desdeñosa y sacrílega en mi pecho que no podía sospechar que semejante felonía pudiera cometerse contra el libro sagrado, revuelto ahora, a medianoche, con el vil polvo, alimento habitual del suelo. Inicé, arrastrado por el rencor, la locura de intentar castigar a la malvada y, raudo, corrí hacia ella alzando a su rostro mis uñas. Tres veces intentaron estas desgarrar su cara y sus sienes y sus ojos negros y profundos, y otras tres veces ella se convirtió entre mis garras en vana sombra, y mis uñas pudieron arañar solo el aire y el sonido odioso de su horrible risa. Recogí después confuso el libro abierto caído en el polvo y cuidadosamente lo limpié y volví a su sitio. Al pasar junto a vosotros, Wolfgang, vi que el abrazo era aún más estrecho que al principio, y que efectivamente junto al piano había solo un cuerpo que se abrazaba aparentemente a sí mismo. Y entonces vuelvo a atreverme a deciros *Qué pensará Constanza, qué pensará Johan*, pero de tu boca, Wolfgang, solo sale otra boca que no habla y de la que solo sale otra boca que no habla, y en lugar de ello habla el piano el *Allegro assai* de tu sonata en do menor que estás en estos momentos pensando y que escribirás para Thérèse porque es la alumna bella, y Thérèse tiene dentro la belleza que tú, Wolfgang, buscas para tu sonata, pero jamás sabrá ella si se la escribes para declararle tu amor, o contrariado porque Thérèse es un amor imposible... ¿Amor imposible? No, Wolfgang, ¡no hay amor imposible! Cualquier otra cosa en la que uno piense o pueda pensar es posible que sea imposible, pero el amor, no, ¡no hay amor imposible! Aunque vete tú a saber... ¿Pero qué hace ahora la Parca? Zascandilea por ahí, haciendo que germine dentro de mí y crezca la rabia de verla impunemente entre mis libros burlándose de forma cruel e injusta de mí, pues mis libros, unos más que otros, son parte de mi cuerpo y casi toda mi alma. Ha estado largo tiempo revisando estanterías, sacando unos libros, leyendo en otros, riéndose tal vez de aquellos, ignorando estos que toma displicente y hace



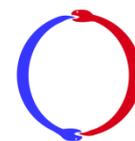
actuar a sus gestos como si se tratara de libros infantiles, mientras que Wolfgang y Thérèse siguen más o menos al piano ejercitando ella pasajes varios que le propone él, cambiando con frecuencia este de temas y desarrollos, como si ignorase a veces que ella, una alumna no excesivamente avezada a las infinitas posibilidades del instrumento, aunque se trate de mi pobre piano desafinado lleno de polvo y olvido, momentos en que Wolfgang entonces remonta el vuelo y se pierde entre las nubes del contrapunto y explora con fluidez regiones abisales e ignotas de la armonía, pero volviendo a la postre a ver que a su lado tiene una hermosa alumna no excesivamente curtida en el arte de su magia, y entonces viene de nuevo a los ejercicios estudiantiles, entre los cuales, por cierto, mi pobre piano, abandonado entre el silencio y el polvo a su gris condición de metal desafinado, se mueve con mejor holgura y da de mejor gana al aire la voz de sus entrañas silenciosas y polvorientas. La Parca a veces parece que toma un cierto interés por alguno de mis libros, y entonces se acerca al piano y se sienta entre ellos, lee con fingido detenimiento asintiendo con su cabeza a cierta idea que encuentra en el libro, o, negándola, da vigorosas cabezadas de izquierda a derecha, sembrando con ello en la estancia, entre los bellos surcos de espigas preñadas de la melodía de Wolfgang, la cizaña y el cornezuelo de sus dudas negras. Hace ella como que se cansa, como si se aburriera de leer en mis libros y, aunque sigue leyendo en alguno, viaja con la vista por la estancia buscando nuevos espectáculos donde divertirse. Sus ojos buscan nuevos objetos, los encuentra, los manosea minuciosamente, los arroja, los abandona con muecas llenas de desprecio. Llega con su incesante viajar a tus discos, Wolfgang, en el sanctasanctorum de la estancia, donde reposan libres de los enemigos dardos solares, libres de la abrasiva lima de la incuria, y alguno toma en sus sacrílegas manos, alguno, ¡nada menos que tu *Misa en do menor!* Una vez más un resorte me levanta y me arrastra hacia ella para arrebatársela, pero cuando llego a ella se convierte de nuevo en bruma, o en humo, o tal vez tú, Wolfgang, empiezas a ejecutar en ese instante algo brillante al piano, con energía, con fuerza, o con infinita ternura, tal, que mi pobre piano, alimentado desde la infancia de solo polvo y olvido y abandonado a vagar desafinado su carrera, apenas puede seguirte, haciendo ímprobos esfuerzos para que sus entrañas respondan lo más certeramente a tu fuerza o a tu ternura, y entonces tengo que dejarla a ella, o ella se me escabulle entre los dedos, cuando ya tenía prestas y dispuestas mis uñas para aniquilarla por haber osado la mayor y más nefanda herejía de haber ultrajado con sus manos alguno de los discos que te albergan, Wolfgang, que albergan tus obras, ¡y nada menos que la *Gran Misa!* Sí, son brillantes esas ideas que se te ocurren ahora y que ejecutas de inmediato. No son de ninguna sonata que hayas escrito ya, ni lo serán de ninguna otra que escribas y publiques más tarde, sino que son ideas de sonatas para ti, para tu consumo, si puedo decir tamaña estupidez, y para el de Thérèse. Y tengo la suerte de que también sean para mí. Y mi piano por una primera vez no parece desafinado, y el si suena si y el fa suena fa, y no parece sino que..., ¡oh, Wolfgang!, me parece una yegua fecundada



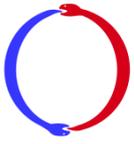
por el viento que vuela sin el más mínimo impedimento surcando a su placer los caminos que abre con su vuelo en el cielo, sí, por una primera vez mi piano desafinado afina hasta lo imposible con tus manos esas ideas brillantes que le confieres, y esto, en efecto, me aparta la atención de la Parca y la llevo a Thérèse, que escucha absorta viendo con qué prodigiosa facilidad le arrancas al piano humilde la insospechada poesía sonora que guardaba dentro y se la regalas a ella, y se deja seducir ella por la alada yegua que surca incansable los mismos caminos que abre a través de tus dedos, Wolfgang, entre los nubarrones musicales de los cielos. Seguramente la Parca zascandilea al mismo tiempo ominosamente entre tus obras y, aunque débil, me asalta el deseo de esperar que después que ella se marche, aún los discos sirvan para escucharte y no sean meras cosas muertas, muertas por contacto y contagio de la Muerte. Pero atraído por el imán, giro, como hacia el sol gira el girasol, mi cabeza hacia la alada yegua que cabalga por el cielo del teclado de mi asustado piano, que no estuvo nunca para trotes semejantes, porque puedo aprehender mejor la undosa seda sonora que tejes con tus dedos que la vacilante y fugaz sombra que se revuelve entre los objetos de mi estancia, hacia la cual llevé muchas veces mis uñas con ánimo de arruinarla, asfixiarla, deshacerla, pero otras tantas veces hurtó ella mi intento y solo pude arañar y desgarrar el oscuro éter que estaba en su lugar, y también yo soy seducido durante un rato, que no sabría decir cuánto durara, por esa sonata que está ahora mismo naciendo en tus dedos, y me baño en ella, me alimento de ella, subo y bajo con ella, sufro con ella, y con ella disfruto, durante un tiempo que no podría precisar cuánto durara, porque sonó en el reloj una campanada, sonaron dos, sonaron tres y aún más campanadas en el reloj que no necesitaba cuerda para andar... Y durante todo este tiempo de sonata, la Parca probablemente ha estado revolviéndome todo, por lo que casi no quiero abrir los ojos, pues estoy seguro de que podría distinguir por el suelo cualquier disco de Wolfgang, cualquier libro..., y se me ocurre la punzante e insoportable idea de que pudiera haberse atrevido con... ¡Don Quijote!..., y haberlo arrojado también al polvo..., mas pienso después que no es posible que ni la misma Muerte haya osado hacer morder el polvo al Caballero, y entonces le digo en voz alta *¡No, no habrás osado mancillar a Alonso el Bueno!*, y ella me responde *¿No te has dado aún cuenta que lo abarco todo?*, y continúa con una exclamación que no le entiendo, *¡Parece como si tu reloj fuera tu corazón!*, mientras se acerca al piano y saca de dentro de su cuerpo unas manos sarmentosas que coloca encima del teclado con que pulsa trémulamente las teclas... *Sí*, continúa ella diciéndome a través del sonido del piano, *ese reloj ya lleva más de un tercio de siglo andando sin que le des cuerda...* Te das cuenta entonces, Wolfgang, que el piano no responde bien a tus dedos en la sonata que estás en esos momentos pariendo para Thérèse, y detienes bruscamente el pasaje mediante un doloroso calderón..., prosigues la idea durante cortos compases después y vuelves a suspender el aliento con otro calderón..., con otro más tarde..., y otro..., y mientras, la Parca con el registro grave del instrumento vuelve a decirme *¡Parece como*



si fuera el reloj tu corazón! Sí, me llevas, le contesto, no lo niego..., no lo niego... Pero ¿qué es esto de llevarme? ¿Qué es esto de llevarme, dime, qué es esto? Pues he visto tantas veces cómo vienes, cómo tomas a este, a ese, cómo le llevas..., lo he visto tantas veces, pero casi no lo creo, casi no puedo creer cómo todos los caminos, los caminos de todos, van hacia ti como si fueras el imán universal que mueve la brújula de todos indicando la dirección de tu reino... Y, sin embargo, a pesar de haberlo tantas veces visto, no solo no me lo creo, sino que no lo entiendo. Y no te entiendo. Ya sé que eres un ser vestido de capricho, ya sé que gustas también vestir túnica no de seda, sino de gusanos, y no de gusanos que produzcan seda, sino gusanos que se ponen ellos gordos comiendo para alimentarte a ti con su gordura, ya sé, oh, Parca, que eres eso..., pero no quiero creerlo porque no lo entiendo. Y no lo entiendo siendo tan fácil de entender. Oh, sí, es verdad, no lo entiendo y porque no lo entiendo no deseo creerlo. Porque, ¿qué es eso de llevarnos? ¿Llevarnos a dormir? ¿Llevarnos tal vez a soñar, como dijo el poeta? Y, ¿qué es eso de soñar? ¿Tan repugnante puede parecerme que me arrastres a soñar? ¿Tan miserable, tan repulsivo puede ser ese camino oscuro que horada, como topos, la sombra? ¿Hacia dónde camina ese camino excavado en lo profundo, alejado de la luz, alejado de las brisas, qué confines toca ese camino, como dijo el poeta, o por qué horribles parajes discurre arrastrándome tú por él, que prefiera respirar mil veces, aunque sean nauseabundas, estas apestosas brisas o sufrir esta odiosa luz que ahora dora nuestra tristeza? Y, ¿qué es eso de soñar? ¿Soñar después de una dosis excesiva de veneno? ¿Soñar después que el puñal haya viajado a mi vientre o a mi pecho? ¿No es mejor sudar aquí a causa de la intensa y feroz fiebre de esta enfermedad que hemos convenido en llamar vida, que surcar, aunque sea a caballo del sueño, el polvo de esas regiones del Hades oscuras, frías y escabrosas en las que posiblemente no haya ni escabrosidad ni frío ni oscuridad? Oh, sí, me llevas..., pero ¿qué es esto de llevarme? ¿Acaso tengo yo una sombra que alienta el ruin deseo de soldarse a tu gran sombra y quedar en ella subsumido hasta nunca en ese reino donde tampoco hay relojes? ¿Qué es esto de llevarme? ¿Y a dónde? ¿Está incluso bien formulada la pregunta, y no es impertinente preguntar a dónde me llevas o puedes llevarme? ¿O, por el contrario, ocurre que no hay lugar ni para la misma pregunta? ¿Tal vez huelga cualquier pregunta? Y si resulta que sobran las preguntas, ¿por qué cada alma no es más que una copiosa fuente de donde brotan sobre todo dudas y preguntas? ¿No es cada hombre sino una fuente de preguntas, o, mejor dicho, un estanque hediondo de dudas y preguntas podridas? Preguntas podridas entre las que se apaga y ahoga la luz de su candela sin casi darse cuenta. Y tú, oh, Parca, eres quien sopla encima de la vela, y esta sin arder se derrite con tu aliento frío y cae al suelo, y en un exiguo pedazo de este queda toda nuestra risa, toda nuestra gloria, todo nuestro valor, toda nuestra mentira manchando con su cera derretida el polvo, y en este queda clavada nuestra esperanza, y en este exiguo montón primero de polvo y después de nada es donde está nuestra eternidad cifrada, en este y en esto, oh, Parca... ¿No es así? ¿O será

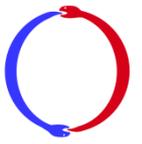


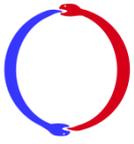
que todo es un sueño, antes y después de la vida? ¿Y no pudiera ser que también tú, oh, Parca, que parece que quieres llevarnos al sueño, eres solamente la vaga y fugitiva sombra de un sueño incapaz de transportar a nadie a sitio alguno, o que estás condenada por otro juez superior a ser quizás pálida ceniza de un fuego inextinguible? Así pues, tú, de quien con razón se podría dudar fueras algo más que la savia de una piedra, tú, con cuyo imán parece que atraes inexorablemente a tu luz mortífera a cualquier errante mariposilla, tú, aunque me lleves, jamás podrás hacerme que crea en ti, jamás en ti creeré porque jamás podré entenderte. Y bien cierto sé, y de ello estoy seguro, que no necesito tu caballo para cabalgar por el sueño, que no quiero respirar tu hedor pestilente ni bañarme en tu podredumbre, que no pretendo acudir al lecho de noche eterna, como dice el poeta, porque no tengo sueño alguno ni necesito dormir entre esas sábanas de gusanos, y prefiero seguir sudoroso con mi fiebre de vida que cobijado bajo tus amargas alas. Y, aunque sé que eres sorda, sé también que oyes mi pensamiento. Sabes tú que no tengo en la mano cetro, ni corona alguna rodea mi frente, sabes que desprecio púrpuras y purpurados, togas y togados, si quienes están revestidos por ellas tienen alma mezquina, pero no te rogaré ni intentaré atajar tus pasos recurriendo a lo que no tengo o recurriendo a lo que desprecio, sino que lo haré, e intentaré alejarme de tu yugo, recurriendo solo a mi voluntad, y aunque te rías, será esta mi único recurso y el hierro que te venza... ¿O será que todo es un sueño, ¡tanto los poetas lo dijeron!, en el que unas veces somos conscientes de que soñamos y otras en que soñamos que vivimos, será tal vez verdad que escuchar a Wolfgang no deja de ser también un sueño, sueño el recordar un antiguo olor a incienso, sueño el polen de una flor nadando en viento, sueño la abeja, el azahar, la mañana o un beso, no será que no ha empezado aún el comienzo y nos hallamos todavía tras los velos, antes de que comience la comedia y corra su curso el proceso, mucho antes de llegar a ser pasto de aves o presa de perros? ¡Tantas veces lo dijo el poeta en la noche de los tiempos! Porque ahora, ahora mismo que creo que esto pienso, te veo tocando el piano junto a Thérèse, ¿y todo va a ser un sueño? ¿Va a ser ficción también esto? ¿Acaso no oigo vuestros dedos, acaso no oigo vuestras almas sonar al son de las cuerdas del piano, acaso, Wolfgang, no es tu música, esa misma que ahora piensas y escribes y ejecutas y enseñas a Thérèse, no es esa música una robusta áncora que sujeta mi nao a la roca, evitando que al tiempo de la tormenta y tempestad zozobre? ¿Cómo habría de ser emanación del sueño esa sonata si mediante ella me habla Dios? ¿Cómo podría ser ficción todo si unos simples compases de esta sonata, solo unos compases..., son como una camelia que, bajo tu impulso, Wolfgang, abre las puertas de marfil de sus labios para darnos al oído un beso lleno de aroma leve de tiempo arcaico o una fragancia recia de tiempo infinito? ¿Qué es la Fantasía inicial de la sonata que escribiste unos meses más tarde, pero que ahora, en mi estancia, pruebas a sacar de tus dedos sino una bocanada del aliento de los siglos? Déjame escucharla de nuevo... ¡Pero cómo se puede escribir



al mismo tiempo que se escucha la Fantasía! ¿Cómo habría de ser una quimera esta Fantasía? ¿Cómo habría de ser una fantasmagoría el *Allegro*, o una patraña el *Adagio*, o una ilusión el *Allegro* final? ¿No ves, oh, Parca, cómo la sonata es una sola sustancia en la que confluyen el alma de la tragedia, el alma de la pasión y el alma de la ternura? ¿Habría de ser esto doblez, burla, fingimiento? Mas si todo fuera sueño, si todo fuera engaño, hipocresía o deseo, también lo serías tú, oh, Parca, y tal vez estuvieras ahora, ahora mismo que te veo hojear mis libros, durmiendo, acostada en tu acostumbrado lecho y abrazada al dulce dios del sueño, en vez de estar, como sospecho, echando lazos a diestro y a siniestro, llevando tinieblas a los ojos del guerrero o cargando de angustia la mente del poeta y sus versos. Pero todo no puede ser sueño... No puede serlo que mi reloj ande sin darle cuerda desde hace más de un tercio de siglo. No puede serlo, porque de las notas de una sonata o de un cuarteto nace la voz del cielo, Wolfgang, cuando quieres, y cuando quieres suena en tus compases el infierno..., ¿y habría de ser Dios, como artífice de ambos, mero simulacro, apariencia, idea sola sin cuerpo? ¿Habría de ser un desvaído espectro el que dirige tu mano y pone en tus compases su sello? Y si no lo es, entonces tampoco tú, oh, Parca, eres un espectro, y entonces por eso puedo verte, como ahora te veo, mientras el reloj despide al aire el estruendo de sus campanadas y el aleteo de su infatigable tictac propicio para el desvelo. Sí, no debe de ser todo un sueño, y no sueño cuando te oigo tocar el registro grave del piano mientras casi molestas un poco a Wolfgang y Thérèse que están ahora estudiando, y tampoco es sueño oír lo que me dices con las teclas del instrumento, pero has de saber que poco me interesan tus ideas, si es que las tienes, y tal vez te hiciera caso si al menos te quejaras de tu suerte y me dijeras que también tú quisieras morir, morir como cualquiera, pero que no puedes, que es imposible, y que tú, la Muerte, eres la única que está condenada a estar siempre viva, porque lo demás que me dices es y será inútil, y por mucho tiempo y energía que gastes en intentar seducirme, por mucho que traigas a colación lo más rebuscado, que lo ordenes, que lo corrijas, que lo pulas, ¿habré de pensar que no estás sino rodeada de una caterva de siervos entre los que destacan el Llanto y los vengadores Remordimientos, como dice el poeta, la pálida Enfermedad y la Vejez triste, y el aterrador Miedo, y la desconsoladora Hambre, y la atroz Pobreza? ¿Habré de pensar acaso que no corre por tus venas la misma sangre de tus hermanas la Guerra, la Discordia, la Destrucción? Porque tuvieras tal vez falsamente mansas palabras, ¿habría de considerar fértil, nutricio tu pecho? No, no..., no como lo es el de Orfeo... Mírale, escúchale, empápate de su robusto verbo, asómbrate de cómo siembra por mi estancia la belleza con su magisterio... Pues tú, Wolfgang, sigues acariciando mi piano desvalido, que con harta dificultad puede acompañarte haciendo que las cuerdas del si bemol den efectivamente el si bemol que esperas... Sin embargo, algunos de los posibles defectos que encuentras en el piano no son debidos a su pobreza y orfandad, sino que, aunque no la veas, de vez en cuando la Parca se sienta junto a ti y toca cantilenas toscas con las que tal vez quiera despertarme, y

aunque ya le he dicho que me interesan poco incluso sus sutilezas, porfía
ella ocultándose en el péndulo del reloj fabricando a cada instante un tictac
con que quiere envenenar mi corazón...





Créditos de fotografía

Portada y contraportada de Daria Bakteeva

5 Georges Seguin

8 Biblioteca del Congreso de Chile

11 Editorial Torre de Lis

13 María Casal

15 Bravo Teatro

16 Bravo Teatro

38 Josef Wörle

39 Silas Baisch

51 Adoratio

51 Elsa Dorfman

52 Susan Osburn

57 Doodoo Koka

69 Joaquim Alves Gaspar

76 Shawn

Con el agradecimiento de OCEANUM



Oceanum 2605-4094